UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993562 8

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO SÉPTIMO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO SÉPTIMO

La Vestal de Occidente. — Una señora.
Una pobre mujer.

205704
15:9:26

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1920

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

LA VESTAL DE OCCIDENTE

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa, de Madrid,
en la noche del 29 de marzo de 1919.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL, reina de Inglaterra....	SRA. GUERRERO.
CONDESA DE NOTTINGHAM.	» TORRES.
MARQUESA DE WINCHESTER.	» BOFILL.
CONDESA DE WARWICK....	» MILLANES.
LADY ARABELLA STUART...	SRTA. HERMOSA.
LADY SCROOP.....	SRA. SALVADOR.
MISTRESS BRIDGES.....	SRTA. LADRÓN DE GUEVARA.
MISTRESS RUSSELL.....	» VIDAL.
ROBERTO, conde de Essex....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.).
SIR WALTER RALEIGH.....	» JUSTE.
SIR ROBERTO CECIL.....	» VALENTÍ.
LORD BURLEIGH.....	» CARSÍ.
SIR FULKE GREVILLE.....	» SANTIAGO.
CONDE DE NOTTINGHAM...	» CIRERA.
SIR CRISTÓBAL BLOUNT....	» SANTANDER.
CONDE DE SOUTHAMPTON.	» DÍAZ DE MENDOZA (C.).
MOUNTJOIE.....	» VARGAS.
UN CAPITÁN.....	» N. N.

DAMAS, SEÑORES, GUARDIAS, PAJES, ETC.

LA VESTAL DE OCCIDENTE

ACTO PRIMERO

Un salón en el palacio de Whitehall, en Londres.

ESCENA I

LADY SCROOP, MISTRESS BRIDGES, MISTRESS RUSSELL. Después la CONDESA DE NOTTINGHAM.

MISTRESS BRIDGES

No lo dudéis; la camarilla de Lord Burleigh quiere a toda costa desgraciar al de Essex con la Reina...

LADY SCROOP

No es Lord Burleigh; es su hijo, es Sir Roberto; ése es su mayor enemigo... Pero no lograrán lo que se proponen. El de Essex tiene pruebas sobradas para confundir a sus enemigos... Si el ataque a las costas de España no ha sido el triunfo que todos deseábamos, la culpa ha sido de los Cecil, de sus intrigas para deslucir el valor del Conde, su lealtad a la Reina... Y con los Cecil, Raleigh..., ese aventurero que un día soñó con ser rey..., como tantos otros...

MISTRESS BRIDGES

Sir Walter Raleigh es despreciable... Aborrece a los Cecil y se une a ellos sólo porque son enemigos del de Essex... ¿Y será verdad que el Conde se ha negado a comparecer una vez más ante el Consejo secreto y afrontará a sus enemigos decidido?

LADY SCROOP

Si llegaran las noticias que espera...

MISTRESS BRIDGES

¿Qué noticias? Sabéis cuánto es mi interés por vuestro primo.

LADY SCROOP

Aunque por ahora está en desgracia con la Reina, yo os aconsejo que no os intereséis por él demasiado... Recordad la suerte de la pobre María Howerd...

MISTRESS BRIDGES

El Conde la amaba...; yo no soy tan dichosa...

LADY SCROOP

Para caer en desgracia basta con amarle...

MISTRESS BRIDGES

En mi amor no puede haber ofensa... Es como una devoción... Sé cuánto me debo a mí misma. El Conde es casado...

LADY SCROOP

Y aún no le perdonaron su casamiento... Ya sabéis que es lo único que la Reina no perdona...

MISTRESS BRIDGES

Por haberse casado cayó también en desgracia Raleigh...

LADY SCROOP

Como antes el de Leicester...

MISTRESS RUSSELL

Emperatriz de los mares llaman a nuestra Reina; también quiere ser emperatriz de los corazones...

MISTRESS BRIDGES

Pero los corazones son más turbulentos que los mares de su Imperio...

MISTRESS RUSSELL

Y el de nuestra Reina el más tempestuoso.

LADY SCROOP

Mistress Russell, prudencia; si las paredes oyen..., los tapices de los palacios adivinan... Saben que somos amigas del de Essex..., y nuestras palabras, hasta nuestros pensamientos..., inspiran recelo... Murió Lord Walsingham..., el que de todo tenía noticia...; pero era un fiel servidor de la Reina, y sólo por ser leal espiaba...; ahora queda Sir Roberto Cecil..., que nos espía a todos

por codicia de su medro personal..., sin importarle de los demás ni de la grandeza de Inglaterra... Por deshacerse de un enemigo, negociará con España o con el turco..., con Sixto V o con el bearnés... Todos saben cómo vende al mejor postor la probable sucesión a dos coronas, la de Escocia y la de Inglaterra...

MISTRESS BRIDGES

Que hasta soñó con hacer suyas..., pretendiente al amor de Lady Arabella.

MISTRESS RUSSELL

Lindo chasco cuando Lady Arabella se enamoró de su primo, Beauchamp. El jorobado debió llorar de rabia aquel día...

LADY SCROOP

No lo creáis... Si perdió la novia..., ganó que Lady Arabella, al enamorarse de Beauchamp, perdiera el favor de la Reina, y con él la esperanza de una corona..., de las dos acaso... Lady Arabella ya no será reina de Escocia ni de Inglaterra... Eso es todo lo que deseaba Sir Roberto, que sólo piensa en asentar a Jacobo de Escocia en los dos tronos..., sin perjuicio de entenderse también con los papistas en favor de la infanta de España, cuyo derecho ilusorio quiere hacer valer su padre el rey Felipe..., que a estas horas debiera haber recibido más certero golpe que el de su famosa Invencible, si no hubiera sido por los traidores enemigos del de Essex, que impi-

dieron con sus intrigas la destrucción de la flota española, abarrotada de oro...

MISTRESS BRIDGES

Entonces, ¿es verdad lo que se asegura, que la flota destruída no era la que se esperaba?

LADY SCROOP

La codicia de capitanes y soldados, alentada por los consejeros vendidos a los Cecil, apresuró la vuelta de nuestra flota apenas conquistado un botín miserable. El almirante español hundió unos cuantos barcos, haciéndoles creer que había hundido toda la flota antes de verla capturada... Sólo el de Essex sabía que la flota llegaría unos días después, como ha llegado a salvo, a las costas de España. Él pensó seguir ocupando la plaza de Cádiz; se comprometía a defenderla con cuatrocientos hombres y los moriscos andaluces que se hubieran unido a nuestras tropas, ansiosos de venganza...

MISTRESS BRIDGES

¿Y sabe la Reina...?

LADY SCROOP

Lo sabrá apenas el Conde esté seguro de que la flota española llegó a salvo a las costas de España...

MISTRESS BRIDGES

Y entonces confundirá a sus enemigos: a los Cecil, a Raleigh, al nuevo conde de Nottingham,

el que ha pretendido llevarse toda la gloria de triunfo tan dichoso...

LADY SCROOP

Silencio. La nueva Condesa llega, no menos orgullosa que su marido.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Lady Scroop, ¿está la Reina todavía en Consejo?

LADY SCROOP

No puedo decíroslo, Lady Nottingham; perdonad, Condesa. Aún no he podido acostumbrarme a llamaros de ese modo. Es tan reciente el título...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Si no fuera ganado por mi esposo como premio a su valor y a su lealtad, en poco lo estimaría...

LADY SCROOP

Vuestro esposo, Condesa, es muy afortunado... Cuando la Reina estaba más disgustada con cuantos fueron al encuentro de la flota española, sólo vuestro esposo ha logrado contentar a la Reina y obtener el galardón de un condado. Sin duda sus valedores con la Reina han sabido ser muy elocuentes, o quizás no se trataba tanto de recompensar méritos de vuestro esposo como de mortificar al de Essex, que aún no ha conseguido ver a la Reina desde su regreso, y en cambio se ha visto obligado a comparecer ante

el Consejo secreto, como reo de traición o de cobardía. Y el Consejo y cuantos estuvieron a su lado, vuestro esposo el primero, y la Reina misma, saben que no hay razón para acusarle, que él fué el único que supo cumplir con su deber.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Para que nadie pueda dudarlo, le ofrecen ocasión de justificarse ante el Consejo. Si sólo ante la Reina se hubiera disculpado, los maliciosos podrían dudar siempre. La Reina quiere tanto al Conde como a un hijo. Del valor del Conde no puede dudar nadie...

LADY SCROOP

De su lealtad tampoco.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Según dicen, Felipe de España ha quedado muy agradecido a la caballerosidad del de Essex. Aseguran que ha dicho ante su corte: «¡Lástima que tan noble caballero sea un hereje!» Para que el rey Felipe estime la caballerosidad en un hereje, como él nos llama, es preciso que el hereje no sea muy temible.

LADY SCROOP

Ya sé que los enemigos del Conde han querido hacer valer en contra suya esas palabras del de España. El rey Felipe será mortal enemigo de nuestra Reina y de Inglaterra, pero es un noble enemigo, señor y caballero, y ha sabido estimar

el trato generoso del Conde con la ciudad de Cádiz rendida. ¿Quieren afearle su generosidad?... El de Essex podrá decir siempre que si en la pelea se conoce al soldado, sólo en la victoria se conoce al caballero.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Estáis apasionada por vuestro primo... ¡Es natural!... También yo le tengo en mucho...; basta que sea amigo de la Reina...

LADY SCROOP

Amigo de la Reina... Sí; esa es la única razón para que muchos finjan quererle y algunos le teman... Por eso hay tantos interesados en que deje de ser amigo de la Reina, para odiarle entonces libremente..., no por odio al Conde, sino por lealtad a la Reina. ¿No es eso? Como debemos odiar a sus enemigos... Pero yo puedo aseguraros que la Reina no será enemiga del Conde, y antes pudiera serlo de los que hoy se creen más seguros de su privanza, de los que ya juzgan perdido al de Essex para siempre.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Teniéndoos al lado de la Reina, siempre estará el de Essex bien defendido.

LADY SCROOP

Entre las damas de la Reina soy sola a quererle.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Por fortuna para él... y para las damas; que es peligroso querer al Conde... ¿No es cierto, mistress Bridges?

MISTRESS BRIDGES

Condesa, nunca se padece tanto cuando se ama como cuando se odia. Podemos morir por quien se ama, y ya es la gloria; podemos dar la muerte a quien odiamos, y todavía es el infierno...

ESCENA II

DICHAS, SIR FULKE GREVILLE, LADY ARABELLA STUART, MARQUESA DE WINCHESTER y CONDESA DE WARWICK.

LADY ARABELLA

Lo sabéis; lo sabóis, y vais a decírnoslo todo. Vamos, Sir Fulke...

SIR FULKE GREVILLE

No diré una palabra...

MARQUESA DE WINCHESTER

Si dais en ser discreto no os haremos ningún caso...

CONDESA DE WARWICK

¿Qué encanto creéis que os queda, si perdéis el encanto de nuestra charla?

SIR FULKE GREVILLE

No, no; sirenas, lindas sirenas, nada de pérfidos halagos. Mis indiscreciones me han costado muchos disgustos. No sé nada; no diré nada. Vuestra es la culpa; yo hablaría si vosotras no fuerais habladoras...

LADY ARABELLA

¿Pero no sabéis que el encanto de un secreto no está en saberlo, sino en contarlo?... Saberlo y callarlo es un tormento que no deseo a mi mayor enemigo.

SIR FULKE GREVILLE

¿A Sir Roberto?...

LADY ARABELLA

¿Creéis que es ése mi mayor enemigo?... ¡Ojalá! Ya temo que esté más alto mi mayor enemigo.

SIR FULKE GREVILLE

¿La Reina?

LADY ARABELLA

Ésa... Pronto partiré de la Corte, en donde he sido tan dichosa...; su niña mimada, cuando la Reina me prefería a todos; cuando todos yo no sé si esperaban o temían que yo pudiera sucederla en el trono...

SIR FULKE GREVILLE

¡Pobre mariposilla!... ¡Menos mal si librasteis las alas!

LADY ARABELLA

Eso sí...; y el corazón, que es dichoso, porque amo y soy amada...

SIR FULKE GREVILLE

Y lograsteis escapar de Sir Roberto, que ése sí os amaba con locura...; y ved: la Reina, que lleva tan a mal cualquier boda, en esa estaba muy interesada. Sir Roberto Cecil hubiera preferido que la Reina también hubiera llevado a mal su casamiento... ¿Veis si es ambicioso? Pues cuando fuera dueño y señor del mundo, lo daría todo por una figura agradable... ¿Qué digo? Por verse sin la pesada carga de su joroba, se cambiaría por el último peláfustán de Inglaterra.

CONDESA DE WARWICK

Creo que no conocéis a Sir Roberto. Hoy no se cambiaría por nadie; ni por la Reina; porque él espera sobrevivirla y ser un día más que rey; y rey de dos coronas, cuando Jacobo Stuardo en el nombre y Sir Roberto en autoridad sean reyes de Escocia y de Inglaterra...

LADY ARABELLA

Hubo un tiempo en que para ver airada a la Reina bastaba con nombrar a Jacobo como posible heredero de su corona...

SIR FULKE GREVILLE

Sir Roberto, que sabe soportar furias y desvíos con ejemplar mansedumbre, ha logrado acos-

tumbrarla a ese nombre... ¡Las dos coronas unidas, la grandeza de Inglaterra!... Él sabe que ante el amor a Inglaterra ceden todos los odios de la Reina y aun todos los amores..., porque Inglaterra ha sido, es siempre, todo su amor..., el único amor de su vida...

CONDESA DE NOTTINGHAM

El Consejo debe haber terminado...

LADY ARABELLA

¿Y no queréis decirnos si el de Essex ha visto por fin a la Reina?..

SIR FULKE GREVILLE

No diré nada; no diré nada... Y de hoy en adelante huiré como del diablo de damas y doncellas nobles... No me veréis más por la pajarera, como llaman todos a vuestros aposentos...

CONDESA DE WARWICK

¿Por los pájaros, que son encanto de la Reina..., o por nosotras?

SIR FULKE GREVILLE

No sé nada; no sé nada.

LADY ARABELLA

Os haréis odioso, Fulke. Sabéis que la Reina os perdona vuestras murmuraciones... ¡Son tan graciosas y tan insubstanciales!...

SIR FULKE GREVILLE

¿Insubstanciales?... ¿Picáis mi amor propio para que os diga algo más substancioso?... No diré nada; no diré nada.

LADY ARABELLA

¿Qué medias se ha puesto hoy la Reina?

MARQUESA DE WINCHESTER

¡Oh!, Lady Arabella..., esa pregunta es indecente...

LADY ARABELLA

Perdonad... En los días solemnes de su vida dicen que acostumbra a ponerse unas medias de seda, regalo del rey Felipe cuando al enviudar de la reina María pretendió casarse con la reina Isabel. Dicen que ella las tiene en mucha estima. Fueron las primeras medias de seda que llegaron a Londres...

LADY SCROOP

La Reina tiene muchos pares de medias; todas de punto y algunas de seda...

LADY ARABELLA

El guardarropa de la Reina es envidiable, y sus joyas, más ricas que las de la corona de Escocia.

SIR FULKE GREVILLE

Y de todas sus joyas, la más preciada, como dijo el poeta, es la esmeralda de su corona.

LADY ARABELLA

¿Una esmeralda?

SIR FULKE GREVILLE

Sí... Un poeta lo dijo: que nuestra Reina supo hacer con los mares del mundo una esmeralda que engarzó a la corona de su Imperio.

LADY ARABELLA

Y en medio de sus mares una isla inconquistable...

SIR FULKE GREVILLE

Inglaterra.

LADY ARABELLA

No..., más inconquistable: el corazón de la Reina..., la Reina virgen.

SIR FULKE GREVILLE

La Vestal de Occidente, como dijo otro poeta en aquella graciosa máscara que representaron en Windsor los comediantes del teatro del Globo.

LADY SCROOP

¿Quién era el poeta?

SIR FULKE GREVILLE

No recuerdo el nombre...; creo que es muy amigo del conde de Southampton y también del conde de Essex...; él es autor y comediante en el teatro del Globo; allí representan historias y tragedias terribles..., muy del gusto del popula-

cho... No es lugar para nobles señoras... No obstante, alguna vez, entre mil disparates, este diablo de poeta, como tantos otros malogrados por el mal gusto del vulgo, dejan vislumbrar algún destello de buena poesía, alguna imitación de la buena poesía clásica... Este diablo de hombre..., ¿cómo se llama?... Algo así como...

LADY SCROOP

¿Habláis del amigo del de Southampton?... Creo que se llama Guillermo... Eso es, Guillermo Shakespeare... El que nos divirtió tanto con aquel Falstaff, aquel aventurero barrigudo, que también vimos en una fiesta de Windsor.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Nunca he visto reír a la Reina como aquel día...

SIR FULKE GREVILLE

Pero desde que se casó el conde de Southampton..., él y sus comediantes cayeron en desgracia...

ESCENA III

DICHOS, LORD BURLEIGH, SIR ROBERTO CECIL y el CONDE DE NOTTINGHAM

SIR FULKE GREVILLE

(Todos saludan.)
Lord Burleigh...

LORD BURLEIGH

Señoras, la Reina os espera...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Vamos, señoras... Lady Scroop...

LADY SCROOP

No, vos primero; sois condesa...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Para vos una amiga siempre... *(Entran todas las damas.)*

ESCENA IV

LORD BURLEIGH, SIR ROBERTO CECIL, el CONDE DE NOTTINGHAM y SIR FULKE GREVILLE

LORD BURLEIGH

Ya veis, Conde, que el de Essex siempre tiene razón...

CONDE DE NOTTINGHAM

Yo dije siempre que nada había que reprocharle... Hizo cuanto pudo...

SIR ROBERTO

Es cierto. No podía hacer más... Si la expedición no ha sido más gloriosa, más productiva sobre todo, la culpa ha sido de Raleigh, que desobedeció las órdenes del de Essex... Las vuestras también, Conde, arrojándose a pelear por cuenta suya.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Sir Walter siempre será el mismo... Un aventurero... Por fortuna, desde su matrimonio ha caído en completa desgracia con la Reina...

SIR ROBERTO

También parecía haber caído el de Essex, y apaciguado el ímpetu del primer enojo, su privanza ha sido después mayor que nunca. Ahora creímos también que podía perderla y ya veis... Si la flota española se ha salvado... Él solo tendrá razón contra todos...

LORD BURLEIGH

Contra todos... Es peligroso tener razón contra todos... Yo he preferido siempre dejar a todos la gloria de tener razón y equivocarme yo solo... En el orgullo que ponen los que aciertan, al podernos decir: ¿Veis cómo estabais equivocado?..., ya va implícito nuestro perdón y aun algo de agradecimiento... Una humillación es lo que nadie perdona..., y el que tiene siempre razón humilla a los que no la tienen... Yo prefiero equivocarme siempre...

SIR FULKE GREVILLE

Sabia lección de política, que nosotros procuraremos aprender y que vuestro hijo, Sir Roberto, tiene bien aprendida.

SIR ROBERTO

Sir Fulke, vos creéis, como todos, que yo soy hombre de aviesas intenciones.

SIR FULKE GREVILLE

¿Como todos, decís? Ya habéis oído a vuestro padre... Es preferible equivocarse con todos, a tener razón uno solo.

SIR ROBERTO

Pues en este caso son todos, y vos con ellos, los que se equivocan al juzgarme. Creen que soy enemigo del de Essex... No tiene mejores ni más leales amigos el Conde que nosotros.

LORD BURLEIGH

Así es..., aunque sus ciegos partidarios lo nieguen... Ahora mismo he debido resignarme a escuchar de labios de la Reina palabras de reprensión, por haber defendido el derecho del de Essex a percibir y retener como de su pertenencia la suma que la ciudad de Cádiz le pagó por rescate de la plaza y de sus habitantes.

SIR FULKE GREVILLE

¿Eso os habéis atrevido a proponer a la Reina? Entonces es seguro que la flota española se ha salvado.

LORD BURLEIGH

¿Por qué lo decís?... ¿Sabéis...?

SIR FULKE GREVILLE

Sé que cuantos ayer acusaban al Conde ante la Reina, hoy procuran congraciarse de nuevo con

él..., aun exponiéndose al aparente enojo de la Reina.

SIR ROBERTO

Yo no le acusé nunca.

LORD BURLEIGH

Yo tampoco... Inglaterra esperaba, tenía razón para esperar otro triunfo como el de la Invencible, y aunque en parte podemos decirnos victoriosos..., Inglaterra sabe que España también celebra por igual la victoria... Cuando las dos partes contrarias celebran por igual una victoria..., bien puede asegurarse que las dos no habrán salido victoriosas...; pero es más cierto que las dos estuvieron muy cerca de salir derrotadas... La Reina culpó por igual a todos sus generales y capitanes... A Raleigh el primero, por haber desobedecido órdenes; al de Essex, por no haber castigado a Raleigh...; a vos mismo, Lord Howard, hoy conde de Nottingham..., que de este modo ha querido compensaros la Reina de la acusación injusta que sobre vos también pesaba... Yo he querido también que el de Essex quedara limpio de toda acusación; por eso quise que compareciera ante el Consejo; mejor dicho, lo quiso la Reina... Yo no tengo más voluntad que la suya... Pero si hay quien se atreva a juzgar que hubo error en la Reina..., entonces yo diré que el error fué mío...

SIR FULKE GREVILLE

Ya lo oís, Sir Roberto. Ved si, como heredas-

teis el talento de vuestro padre, podéis heredar su lealtad...

SIR ROBERTO

Sir Fulke..., mi lealtad a la Reina está bien probada... con acciones de más empeño que cuidar de los pájaros y monos de Palacio, y divertir a las damas y doncellas de honor con cuentos de la Corte...

SIR FULKE GREVILLE

¡Ah Sir Roberto!, más vale alegrar con un cuento que entristecer con una historia... Para decir verdades ya no quedamos más que dos bufones en la Corte: yo y el tiempo...

SIR ROBERTO

No os queda mucho de vida...; procurad aprovecharlo mejor...

SIR FULKE GREVILLE

Soy tan fiel servidor de la Reina, que no quisiera sobrevivirla... Ni aun con ver unidas las dos coronas de Escocia y de Inglaterra para grandeza de Inglaterra, podría resignarme a servir a otro Rey que no fuera mi Reina... ¿Me habéis entendido?...

SIR ROBERTO

Decidlo claro..., ya que si vos no lo decís ha de decirlo el tiempo.

SIR FULKE GREVILLE

El tiempo, con el que hay que contar en la vida

y en la muerte... Por eso hay algunos tan previsores que ya sirven con más celo al rey Jacobo que a la reina Isabel... ¿Pero qué es esto? Las damas vuelven a la desbandada... Señales ciertas de huracán en la cámara regia. Pronto sabremos.

ESCENA V

DICHOS, LADY SCROOP, CONDESA DE NOTTINGHAM, MARQUESA DE WINCHESTER, CONDESA DE WARWICK, LADY ARABELLA, MISTRESS RUSSELL y MISTRESS BRIDGES, que vienen llorando.

LADY SCROOP

Vamos, Mistress Bridges..., no lloréis de ese modo...

SIR FULKE GREVILLE

¿Qué os ocurre, encantadora Mistress Bridges?

MISTRESS BRIDGES

Nada, nada..., dejadme... La Reina... ¡Pobre de mí!...

SIR FULKE GREVILLE

¿Qué ha sido ello?

LADY ARABELLA

Ya podéis figuraros... La Reina está hoy en uno de esos días terribles... Le ha faltado poco para golpear a Mistress Bridges...; sabe que ha escrito una carta al conde de Essex...

MISTRESS BRIDGES

No es verdad. Yo no he escrito al Conde...; yo no he hablado con él desde su regreso... Lady Scroop lo sabe... Alguien me ha calumniado con la Reina...; alguien que quiere deshacerse de mí...

CONDESA DE NOTTINGHAM

No miréis a nadie o miradnos a todas... No sé por qué habéis de mirarme a mí con preferencia, al suponer que alguien ha hablado a la Reina de vuestros devaneos..., bien sabidos de todos...

MISTRESS BRIDGES

Condesa... ¿Oís, señora...?

LADY SCROOP

¡Silencio!... Retiraos ahora de Palacio; yo hablaré a la Reina. Ya conocéis sus prontos... Hoy son tantas sus preocupaciones... Su espíritu no estaba bien dispuesto.

LADY ARABELLA

Ya habéis oído lo que me ha dicho a mí también... Que si creo asegurar mi sucesión al trono al casarme con Beauchamp..., que mi prometido y yo estamos en inteligencia con Roma y los papistas... y con España... ¡Oh, es horrible!...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Lord Burleigh, con la algarabía de estas señoras se me olvidó deciros que la Reina solicita

vuestra presencia. El conde de Essex está en Palacio.

LORD BURLEIGH

¿El Conde?

CONDESA DE NOTTINGHAM

El de Essex...

SIR ROBERTO

No hagáis esperar a la Reina, padre mío... *(Sale Lord Burleigh.)* Señoras mías... Sir Fulke, vos, que tenéis autoridad con ellas..., la autoridad que da el no tener ninguna..., aconsejad a estas señoras y nobles doncellas que se retraigan a sus aposentos y guarden compostura todo el día...; temo que hoy la Reina no esté de humor para soportarlas...

SIR FULKE GREVILLE

Ya oís a Sir Roberto..., al heredero de Lord Burleigh... Gracias a los Cecil, el cargo de lord tesorero de Inglaterra es ya hereditario, como su corona... Cecil primero, Cecil segundo...; pero, ¡ay!, que el segundo no es el primero... Vamos, señoras...

MISTRESS BRIDGES

La Reina está celosa de mí...

LADY SCROOP

La Reina está celosa siempre..., y nunca más inquieta que cuando sus celos no tienen causa... *(Salen todas las damas y Sir Fulke.)*

ESCENA VI

SIR ROBERTO CECIL, el CONDE DE NOTTINGHAM, y después SIR WALTER RALEIGH

SIR ROBERTO

¡Plaga de los palacios!... Estas damas y doncellas de honor y estos cortesanos, que más parecen bufones...

CONDE DE NOTTINGHAM

Éstos son como cínifes y moscas.. Hay otra plaga más temible...

SIR ROBERTO

Sí..., los favoritos... No habrá modo de acabar con ellos...

CONDE DE NOTTINGHAM

Si ellos mismos no se destruyeran...

SIR ROBERTO

¡Qué importa!... Acaba uno, otro empieza... Ved... Aquí llega Raleigh, el que tuvo también sus días de privanza...

CONDE DE NOTTINGHAM

Era preferible al de Essex. El de Essex es ambicioso; éste no es más que fanfarrón... *(Entra Sir Walter Raleigh fumando en su gran pipa.)*

SIR ROBERTO

Sir Walter...

SIR WALTER RALEIGH

Señores...

SIR ROBERTO

Siempre solo y envuelto en humo... Esa hierba que nos trajisteis de las Indias, y que amenaza infestar Inglaterra y el mundo entero...

SIR WALTER RALEIGH

Es deliciosa..... Y el humo se acomoda tan bien a nuestro espíritu..., que estamos satisfechos..., orgullosos de nosotros mismos... El humo es como incienso... Envueltos en su nube, podemos creernos reyes o dioses..., señores del mundo... Que estamos tristes, melancólicos; que quisiéramos perdernos y dejar de ser..., el humo es como una disipación de nuestro espíritu, y con él nos perdemos y se pierde nuestro pensamiento en vaguedades, en quimeras, que son humo..., nube..., nada...

SIR ROBERTO

¿Habéis dado en filósofo, Sir Walter?... Aún no habéis caído en tanta desgracia; y si, como otros en hacerse amigos, vos no pusierais todo vuestro empeño en haceros enemigos...

SIR WALTER RALEIGH

Los enemigos son más seguros; puede uno tener más confianza en ellos que en los amigos...

SIR ROBERTO

¿No creéis en mi amistad, en la de mi padre?... Sabéis cómo os hemos defendido ante la Reina, a quien habían hecho creer que por culpa vuestra se había malogrado el ataque a la flota española...

SIR WALTER RALEIGH

¿Por culpa mía? Puede ser. Yo no he nacido para la obediencia, y menos para obedecer órdenes que no me convencen. Porque no me dejan, como a Sir Drake, combatir siempre por mi cuenta y riesgo. Porque me retienen en la corte... ¡Ah!, por eso, por retenerme...; porque mis ocios son más temibles que mi actividad... Si me hubieran dejado..., Inglaterra sería ya señora y dueña de todas las Indias... Yo he nacido para conquistador..., no para pirata, como otros más gratos en la Corte y a la Reina.

SIR ROBERTO

¿Lo decís por Sir Drake? Sabéis que ni mi padre ni yo fuimos nunca muy afectos a Sir Drake... Él tuvo la culpa de nuestro rompimiento con España, que si por lo pronto no ha podido perjudicarnos, más tarde... ¿quién sabe?...; bien está que España no sea más poderosa que Inglaterra...; pero por empequeñecer a España hemos engrandecido a Francia... Y ya no reina en ella un Valois afeminado; ahora es rey el de Navarra..., ¡un hombre!... Por favorecerla y perjudicar a España hemos protegido a los rebeldes flamen-

cos, que están muy cerca de proclamarse independientes... Y más peligrosa que la dominación española, que con sostenerse ya tiene en qué malgastar sus fuerzas, juzgo yo que será para nosotros la independencia de esos hombres, que son tenaces, industriosos, y están más cerca de nosotros que España. Sin contar con que los reyes nunca deben alentar rebeldías ni contra su mayor enemigo...; las rebeldías son contagiosas...

SIR WALTER RALEIGH

Ved lo que yo no entiendo, ni podré entender nunca: esa política de cálculo... Enemigos hasta cierto punto..., pero desde ahí amigos. Hasta aquí a tu favor, pero desde aquí en contra tuya.... ¡Oh, el mar, el mar! ¡Dejadme el mar..., más seguro que la Corte y menos traidor que sus hombres y sus mujeres!...

SIR ROBERTO

Si quisierais ser nuestro amigo...

SIR WALTER RALEIGH

Amigo hasta derribar al de Essex; no tan amigo que por derribar al de Essex pudiera yo encumbrarme... No, Sir Roberto. Sabéis que nadie como yo pudo lisonjearse un día de ser dueño absoluto del favor de la Reina... Pero yo no vi en sus favores, como otros ambiciosos, la promesa de un trono... Yo no dejé creer, como otros fatuos, que la Reina fuera mi amante.

SIR ROBERTO

Sir Walter...

SIR WALTER RALEIGH

Yo no sé disfrazar mi pensamiento... Me casé por que nadie creyese que yo esperaba casarme con la Reina; la Reina se enojó conmigo...; no me ha perdonado todavía... Pero yo no daría muerte a mi esposa ni por la corona de Inglaterra, como Leicester..., el padrastro de este conde de Essex..., más ambicioso que su padrastro, porque aquél se hubiese contentado con compartir el trono y éste aspira a ser rey por sí solo...

SIR ROBERTO

¿Le creéis capaz?...

SIR WALTER RALEIGH

Ved cómo busca siempre sus partidarios entre los descontentos, entre los díscolos... Basta que una persona haya caído en desgracia con la Reina, para que la atraiga a su lado... Ahí tenéis a Sir Francisco Bacon, el que se atrevió a oponerse en el Parlamento a la voluntad de la Reina... Y el de Southampton, y tantos otros... ¿Y puede llamarse amigo nuestro el que es amigo de nuestros enemigos? ¿Puede llamarse leal servidor de la Reina el que se concierta con todos los rebeldes del reino?...

SIR ROBERTO

¿Y no es mejor que así sea?... ¿Creéis que al

ofreceros mi amistad sólo pensaba servirme de vos en contra del Conde? El Conde tiene en sí mismo su mayor enemigo; él se basta para derribarse... Llegará un día, y no lejano, en que a los mismos que no le queremos bien, por amor a la Reina, ha de espantarnos su castigo.

ESCENA VII

DICHOS, ISABEL y LORD BURLEIGH

ISABEL

(Dentro.) No repliquéis, Burleigh... Condenación mil veces. Que los diablos se lleven tu prudencia... Harta estoy de prudentes y de cobardes... ¡Por vida del infierno, que de hoy más seré yo sola a mandar en mi reino!... No más consejeros, que sólo aconsejan prudencia.

SIR ROBERTO

¿Oís?... Es la Reina.

CONDE DE NOTTINGHAM

La Reina...

SIR WALTER RALEIGH

No necesita anunciarse...

LORD BURLEIGH

La Reina... Señora...

ISABEL

Yo, sí... Ya sabéis las nuevas. A salvo la flota española... Estáis satisfechos... Bien se reirá el rey Felipe... Y vosotros aquí a salvo también con vuestra presa; la miserable presa que os habéis guardado... Bien estaría que fuerais vosotros los que pagarais ahora lo que costó tan lucida empresa, ya que vuestro fué todo el provecho.

CONDE DE NOTTINGHAM

Señora...

ISABEL

Ya lo veis, Almirante... Habéis acusado al de Essex, y ahora no es él..., soy yo quien os acusa a todos y os llama cobardes y traidores.

SIR WALTER RALEIGH

Reportaos, señora.

ISABEL

Menos mal que no has pronunciado tu palabra: «¡Prudencia!» Siempre has de ser tú el prudente. Por tu prudencia, a estas horas seríamos esclavos y tributarios de España.. Por tu prudencia, Roma nos avasallaría. Siempre lo mismo. No podemos, no debemos... Inglaterra es pobre, España es rica... No tenemos barcos... La flota de España es invencible... Por ti nunca hubiéramos vencido a esa Invencible... Por ti nuestras banderas y las espadas de nuestros soldados, y acaso mi corona, ya estarían colgadas como exvotos en el palacio

panteón de mi amado hermano..., el buen Felipe..., al que también llaman el Prudente... Habéis nacido para entenderos.

LORD BURLEIGH

Señora..., me insultáis...

ISABEL

El oro de la flota... Perdido para siempre, perdido. Con ese oro bien podrá el rey Felipe armar otra Invencible y conquistar Inglaterra... Y ese día, ¡por vida!..., que las costas de mi reino estarán erizadas de lanzas y en sus picos clavadas las cabezas de todos los traidores. Llamad al de Essex. ¿No está en Palacio? Quiero verle... Y tú, Raleigh, tú que desobedeciste sus órdenes y a quien él ha tenido la nobleza de no acusar..., por lo mismo que no eres su amigo... Nunca te creí tan codicioso; apenas lograste tu parte de botín, sólo pensaste en ponerlo a salvo. No eras así cuando tendías a los pies de tu Reina, para que no enlodase sus chapines, tu ferreruelo de brocado..., que entonces tal vez era todo tu patrimonio.

SIR WALTER RALEIGH

Como mi ferreruelo aquel día en que por primera vez saludé a mi Reina, he puesto después muchas veces mi vida a sus plantas...

SIR ROBERTO

Señora... El conde de Essex llega.

ISABEL

Dejadme con él..., y esperadme en la sala del Consejo.

ESCENA VIII

ISABEL y el CONDE DE ESSEX

ISABEL

Roberto...

CONDE DE ESSEX

Señora... Reina mía... Yo no sé si el llamarme a vuestra presencia será volver a vuestra gracia... Privarme de veros ya había sido mi castigo...

ISABEL

Y para mí no verte, ¿no es tormento?... Si tú no fueras ambicioso de gloria...; si siempre estuvieras aquí a mi lado... Por complacerte soy débil, y te envié a Francia en socorro del de Navarra, y te envío ahora a España...; y, ya lo ves, la codicia y la intriga pretenden siempre desgraciarte conmigo.

CONDE DE ESSEX

Pero no lo consiguen, y esa es mi gloria.

ISABEL

Tú eres el único leal, el único en quien puedo fiarme. Por eso te quiero a mi lado.

CONDE DE ESSEX

Mi carácter no se acomoda a la quietud de la Corte, y si no arriesgase la vida y hasta el honor por mi Reina, ¿cómo podría mostrarle mi gratitud?...

ISABEL

Si ha de ser a riesgo de tu vida, mejor te quiero ingrato que agradecido... No volveré a confiarte empresas de guerra... Te quiero a mi lado, Roberto, a mi lado. Siempre debí tratarte como a un niño travieso...; como cuando te embarcaste para Portugal y te hice volver a pesar tuyo...

CONDE DE ESSEX

Y bien se burlaron de mí en la Corte. No me acomoda ser galán faldero.

ISABEL

Cuando se trata de tu Reina...; que de otras damas y doncellitas de la Corte, bien te acomodas... Mistress Bridges te ha escrito una carta apenas llegaste...; un saludo amoroso...

CONDE DE ESSEX

No es cierto... La carta era de mi prima, de Lady Scroop.

ISABEL

Es lo mismo; son muy amigas. Si aún no te he perdonado tu casamiento, figúrate si puedo perdonarte estas liviandades... Ya no es por mí, es

por tu esposa... ¿Qué diría tu mujer si supiera que yo consiento en la Corte que los maridos galanteen a mis doncellas? Roberto..., tú no puedes tener otro amor que tu Reina. ¿Verdad que tu Reina está para ti sobre todo? Te quiero mucho, Roberto, te quiero mucho..., y tengo miedo de quererte tanto... A nadie he perdonado yo lo que a ti he tenido que perdonarte.

CONDE DE ESSEX

Porque estáis bien segura de mi lealtad, de mi amor.

ISABEL

No, no estoy segura...; ese es mi miedo...; no estoy segura..., y lo perdono todo.

CONDE DE ESSEX

¿Pero qué tenéis que perdonarme?

ISABEL

Lo que no he perdonado nunca. Desde el día en que fuí Reina, desde el día en que esperé serlo, y bien sabe Dios entre cuántas zozobras..., más que a mi cabeza prendí a mi corazón la corona; por eso no ha temblado nunca sobre mi frente. Sólo por ti mi corazón ha temblado, y con él mi corona... Son los años, Roberto, los años..., que yo no cuento nunca, pero se cuentan ellos. Envejezco. Y no me asusta la muerte...; pero envejecer sí me asusta...

CONDE DE ESSEX

Estáis en lo mejor de vuestra vida..., y si dijera de vuestra hermosura...

ISABEL

Hermosura, no...; la hermosura es la juventud... ¡Juventud! Mi espíritu sí es joven; esa es mi tristeza: que sintiéndome joven, más joven que nunca, no me resigno a llevar mis años como carga que no me pertenece. Yo sé cuánto se ha murmurado de mí... Atribuyen a liviandad el que sólo me rodeo de gente joven, que me siento atraída por la corporal hermosura y la buena gracia de un semblante... Es que la vejez me entristece y la fealdad me deprime... Es que rodearse de juventud y de hermosura conforta como acercarse a una llamarada de hoguera... La juventud es pasión..., ímpetu, violencia...; sin esfuerzo nos comunica el ardor de vida que hay en ella... Sólo a Lord Burleigh, mi leal tesorero, sí, leal..., aunque algunas veces le recrimino por su parsimonia...; pero me es tan necesario... Él contrapesa mis arrebatos... y como no los contraría..., y mis arrebatos siempre tienen razón..., pues sólo a él le consiento ser viejo..., y cuando le agobia el mal de gota, ya sabe que no ha de presentarse ante mí. Entonces, abatido por el dolor, su presencia me es intolerable. Yo creo que las personas somos como espejos y que en nosotros se refleja cuanto nos rodea... Por eso yo quiero siempre a mi alrededor juventud y hermosura... Pero cuántas veces hubo de empa-

ñarse el espejo porque la ambición o la codicia habían envejecido con horrible máscara la gracia juvenil en que el espejo, al ser mirado, se miraba. Cuántos creyeron ver en mis sonrisas, que eran reflejos de las suyas, la esperanza de una corona...; y la sonrisa ya era mueca, en él, de engaño; en mí, de desprecio. Dicen que con haber querido tanto, no he querido a nadie. Sí, he querido... con toda mi alma, he querido querer...; creer en el amor es lo que no he podido... Y soy la Reina virgen y mi corona no tiene un heredero... Uno tiene: el hijo de la Stuardo... ¡Maldición para mí! No... Mi heredero no será él... Mi heredero es mi reino; ese es mi hijo, en él está mi espíritu, mi espíritu por siempre. La grandeza de Inglaterra... Inglaterra..., mi amor..., mi único amor... Hasta ahora, Roberto, hasta ahora que mi corazón tiembla de frío y de miedo cuando temo perderte... Ya ves, son los años... ¿Quién hubiera arrancado a mi juventud esta confesión?... Te quiero, te quiero y temo por ti...; te odian..., te envidian... y tú das ocasión a que puedan perderte...

CONDE DE ESSEX

¿Yo, señora?...

ISABEL

Sí, sí; te complaces en disgustarme... Estás tan seguro de mi cariño..., tienes orgullo en ponerlo a prueba...; pero no sabes que los reyes somos muchas veces esclavos, que algún día yo misma no podré salvarte de tus enemigos. Tus partida-

rios son los que me odian y me calumnian... Los puritanos, esos hombres hoscos que en sus predicaciones lanzan sobre mí anatemas más terribles que los de Roma..., no hay improperio ni palabra de abominación en la Biblia con que no me hayan infamado..., y ésos son tus amigos... Y basta que una persona haya caído en desgracia para que tú la lleves a tu lado... Sir Francisco Bacon es tu hombre de confianza, el que en el Parlamento osó alzar su voz contra mí... Y todo te lo he perdonado...: pero si algún día... Esos puritanos hablan siempre en sus predicaciones de una república de Cristo. ¡Una república!... ¿No son los reyes imágenes de Dios sobre la tierra? Son los reyes los que decretan la religión de sus súbditos... Por eso nunca vi yo con buenos ojos a esos rebeldes de Flandes, aunque tengan en jaque al rey Felipe... ¡Ah!..., el rey Felipe... Ése sí me quería... como él puede querer... Cuántas veces, cuando mi hermana María pudo creer que yo conspiraba contra ella, mi cariñoso cuñado apartó de mí el hacha del verdugo que amenazaba mi cabeza; me guardaba para reina de Inglaterra y para esposa suya y señora del mundo, porque los dos unidos, el mundo hubiera sido nuestro. Pero él hubiera sido mi señor y ya no era ser señora del mundo... Bien está como ha estado... Pero no quiero mal al rey Felipe...

CONDE DE ESSEX

No sabrá él que siempre está en vuestro aposento su retrato...

ISABEL

Él lo sabe todo. Quizás pensará que si guardo su imagen es para practicar en ella hechicerías...

CONDE DE ESSEX

No; pensará que no habéis podido olvidarle...

ISABEL

¿Son celos?... Así lo fueran... ¡Celos!... ¿Qué sabes tú lo que son celos?... No juegues con mis celos, Roberto; ésos sí que son malos enemigos. Para guardarte de ellos y de todos; para guardarte de ti mismo, por si todos juntos pueden contra ti más que yo algún día, toma este anillo.

CONDE DE ESSEX

¡Señora!...

ISABEL

No es un anillo real...; es un pobre anillo... Lo llevé de prisionera a la torre... Si alguna vez te ves en peligro... vuélveme ese anillo y todo te será perdonado.

CONDE DE ESSEX

Entonces... es una amenaza.

ISABEL

El amor siempre piensa en la muerte; porque nunca como cuando se ama se quisiera no mo-

rir nunca..., ni pensar que puede morir lo que se ama... Guarda el anillo... y jura que si alguna vez...

CONDE DE ESSEX

¿Necesitáis mi vida?...

ISABEL

Tu vida, sí..., la necesito siempre, y si me pidieran tu muerte; si a pesar mío, como otras veces, a pesar mío...; porque yo no he querido nunca que nadie muera; no, no lo he querido... ¡Ah!

CONDE DE ESSEX

¿Qué os ocurre, señora?

ISABEL

¿Los ves? ¡Envejezco! Es la sombra de la Stuardo... Y su hijo..., su hijo también... ¡El heredero, el heredero!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un salón en Palacio, de las habitaciones particulares de la Reina, en el palacio de Nonsuch. Jaulas de pájaros, instrumentos de música, libros y papeles.

ESCENA I

SIR FULKE, CONDESA DE NOTTINGHAM, MARQUESA DE WINCHESTER y MISTRESS RUSSELL.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Vamos, Sir Fulke, confesad que hoy estáis desesperado; hoy sois vos el que nada sabe y por saber lo que ocurre daríais...

MARQUESA DE WINCHESTER

Ocurre que la Reina está enferma... y Sir Roberto mejor que nunca.

MISTRESS RUSSELL

No; la Reina no está enferma...; está triste.

SIR FULKE GREVILLE

Mala señal. Antes la Reina nunca estaba triste...; estaba contenta o furiosa... Pero triste, nun-

ca...; la tristeza en su genio es señal de decaimiento físico; los años que se dejan sentir. Yo también me siento inclinado a la tristeza de poco tiempo a esta parte... Cierto que cuanto ocurre en la Corte no es para estar alegre; pero antes yo me indignaba por menos y no me entristecía por tan poco. Los años, los años...

CONDESA DE NOTTINGHAM

La Reina está muy fuerte. No es decaimiento físico. Son los cuidados, los temores...

MISTRESS RUSSELL

La ausencia del de Essex.

SIR FULKE GREVILLE

Acaso su repentina vuelta.

CONDESA DE NOTTINGHAM

¿Cómo?... ¿Sabéis...?

SIR FULKE GREVILLE

¿Pues creíais que yo no lo sabía?...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Callad..., que no sepan; la Reina...

SIR FULKE GREVILLE

¿Creéis que aunque ella nada sepa... no espera al Conde de un día a otro? A la carta que le escribió no podía ser otra la respuesta.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Su deber debía retenerle en Irlanda; los rebeldes se enseñorean de ello; los papistas amotinan a los campesinos. Jacobo de Escocia y el nuevo rey de España, que heredó de su padre el odio a Inglaterra, alientan a los rebeldes, y hasta Enrique de Francia, el renegado, simpatiza con ellos. Y el de Essex, enviado para reducirlos a la obediencia o para exterminarlos, pacta con sus jefes y ellos son sus mejores amigos en Irlanda...

SIR FULKE GREVILLE

Lo aseguran aquí sus enemigos; así se lo han hecho creer a la Reina.

CONDESA DE NOTTINGHAM

¿Lo dudáis?...

SIR FULKE GREVILLE

No es que yo crea a ciegas en la lealtad del Conde; es que no puedo creer en la lealtad de Sir Roberto. Enviaron al Conde a Irlanda porque sabían que Irlanda sería su perdición.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Nadie le obligó a ir. Él fué quien solicitó de la Reina el ser enviado. Sólo a ese precio consintió en volver a la Corte, en reconciliarse con la Reina, de quien se consideraba ofendido, como si los reyes pudieran ofender nunca a un vasallo leal.

SIR FULKE GREVILLE

La Reina llegó a golpearle delante de sus consejeros...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Lo mereció por su insolencia...

SIR FULKE GREVILLE

Pero la humillación...

CONDESA DE NOTTINGHAM

El Conde llegó a poner la mano en su espada contra la Reina... Confesad que si hubiera sido otro...

SIR FULKE GREVILLE

Si hubiera sido otro, ni la Reina hubiera llegado a golpearle, ni él hubiera puesto mano en su espada...

CONDESA DE NOTTINGHAM

No pensaréis que el Conde tiene derecho alguno sobre la Reina...

SIR FULKE GREVILLE

Ni él ni hombre alguno nacido de mujer...; lo sabemos.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Es que el Conde, con sus palabras y acciones descompuestas, dejó a todos presumir lo contrario.

SIR FULKE GREVLLE

¡Infeliz Conde!... ¡Si sólo le odiaran!... El odio es todavía arma leal...; pero la envidia..., la envidia es odio envenenado, y sus heridas son mortales...

ESCENA II

DICHOS y LADY SCROOP

CONDESA DE NOTTINGHAM

¿Cómo se halla la Reina?

LADY SCROOP

No está hoy bien dispuesta... No quiere ver a nadie. Con deciros que aún no hizo su tocado...; ni peinarse ha consentido... Me encargó que os excusara de saludarla.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Pero su salud...

LADY SCROOP

Su mal es pasión de ánimo. Las noticias de Irlanda..., las intrigas de tantos enemigos, amparados de los que debían ser leales servidores... y no lo son...

CONDESA DE NOTTINGHAM

Es verdad...; muchos que deben ser leales son traidores..., y el más traidor el que deserta ante

el enemigo... por asegurar con su presencia el favor de la Reina.

LADY SCROOP

¿Quién es ése?

CONDESA DE NOTTINGHAM

Vuestro primo el de Essex, que, según se asegura, ha vuelto de Irlanda... ¿Qué decís ahora?

LADY SCROOP

¿Que el Conde ha vuelto?... Poderosas razones tendrá para ello.

CONDESA DE NOTTINGHAM

Veremos si ahora puede más que todos..., como siempre...

LADY SCROOP

No, no podrá... Son todos contra él... Ya temo que la Reina misma...

CONDESA DE NOTTINGHAM

En su amor fía mucho el Conde, y en vuestros buenos oficios.

LADY SCROOP

¿Pero estáis segura de que el de Essex dejó Irlanda? ¿Y sabe Sir Roberto...?

CONDESA DE NOTTINGHAM

Lo sabe..., como sabe sus tratos con los rebel-

des, sus pactos con Jacobo de Escocia y con el nuevo rey de España.

LADY SCROOP

¡Oh, mentís, mentís!... ¡El de Essex no es un traidor, no puede serlo!... ¿Él traidor a su Reina, traidor a Inglaterra?... ¡Miserable Sir Roberto Cecil!... ¡Miserables cuantos con él se han conjurado!...

CONDESA DE NOTTINGHAM

No os alteréis. Puede oír la Reina.

LADY SCROOP

Tenéis razón... ¡Ah Sir Roberto y Sir Walter!...

ESCENA III

DICHOS, SIR ROBERTO CECIL
y SIR WALTER RALEIGH

SIR ROBERTO

¿Podemos saludar a la Reina?...

LADY SCROOP

Sus órdenes son que no quiere ver a nadie en todo el día... Estos señores ya se han despedido... A vos, Sir Roberto, no me atrevo a impediros la entrada. *(Salen la Condesa, Mistress Russell y Sir Fulke.)* Sólo os diré que la Reina aún no hizo su tocado.

SIR ROBERTO

He sido siempre el primero en obedecer las órdenes..., los deseos de la Reina... Pero su salud...

LADY SCROOP

No os inquietéis por su salud.

SIR ROBERTO

Nada me inquieta entonces...

LADY SCROOP

¿Tenéis alguna noticia importante que comunicarla?

SIR ROBERTO

Noticia..., no... El deseo de saber cómo le prueba su estancia en Nonsuch.

LADY SCROOP

¿Estáis seguro de que nada ocurre..., de que ningún peligro amenaza a la Reina?... ¿Sabéis algo de Irlanda?...

SIR ROBERTO

Mientras esté allí el de Essex... nada hay que temer.

LADY SCROOP

Mientras esté allí...; pero si al recibir la carta de la Reina; la carta en que le acusaba de traidor, de desleal...; la carta que la Reina sólo pudo escribir porque otros la dictaron...

SIR ROBERTO

Sabéis que nadie dicta a la Reina sus cartas... particulares...; mucho menos sus cartas al Conde...

LADY SCROOP

De modo que nada ocurre...; nada sabéis vos, que lo sabéis todo...

SIR ROBERTO

¡Pobre de mí! Desde que murió mi padre, sólo deseo que la Reina me permita retirarme de la Corte y de los negocios de Estado, que pesan sobre mí como carga insufrible... Gracias a Sir Walter, que comparte conmigo afanes y cuidados...

SIR WALTER RALEIGH

Sir Roberto... Yo no he nacido para fingir... La Reina debe saber...

SIR ROBERTO

No seáis imprudente... Dejad que todo suceda como ha de suceder...

LADY SCROOP

Sir Walter desea hablar con la Reina; lo conozco. Sir Walter no sabe disimular como vos...

SIR WALTER RALEIGH

No..., a la Reina... Si decís que no hizo su toca-

do..., sería incurrir en grave falta presentarse ante ella..., sorprenderla en su desaliño.

LADY SCROOP

Siempre galante caballero, Sir Walter...

SIR WALTER RALEIGH

Siempre... La poesía y el amor son mis dos amores...

LADY SCROOP

Pues deben estar muy quejosos vuestros amores..., porque la Corte y sus intrigas os seducen demasiado...

SIR WALTER RALEIGH

Las intrigas... de los demás, querréis decir..., sí me interesan... Yo, por mi parte, no supe intrigar nunca; la prueba es que sólo tengo enemigos...

SIR ROBERTO

No lo diréis por mí...

SIR WALTER RALEIGH

No, Sir Roberto; estoy bien seguro de vuestra amistad; tiene su fundamento en un odio...

SIR ROBERTO

Diréis a la Reina que sólo deseábamos saludarla.

LADY SCROOP

Que sólo deseabais saludarla... Está bien... Y si algo extraordinario ocurriera, diré que nada sabíais...

SIR ROBERTO

Que yo nada sabía...

LADY SCROOP

Que vos nada habíais dicho, por lo menos...

SIR ROBERTO

Parece que sois vos la que sabéis algo... Entonces también sabrá la Reina...

LADY SCROOP

Por mí nada sabe... y nada sabrá, porque nada temo por ella... Yo estoy segura de la lealtad del de Essex, y sé que su presencia no puede ser nunca una amenaza contra la Reina...

SIR ROBERTO

Si lo creyera no me veríais tan tranquilo. No es por la Reina, es por el de Essex por quien temo... Nunca debió volver de Irlanda sin orden de la Reina. Irlanda está insurreccionada... ¡Él, que fué allí como lord diputado con plenos poderes para pacificar o reprimir..., no puede desertar de su puesto sin exponerse a ser juzgado como reo de alta traición!...

LADY SCROOP

Juzgado y condenado. ¿No es eso? Quieren su vida...

SIR ROBERTO

La justicia de Inglaterra es igual para todos... Si la Reina quisiera salvarle...

LADY SCROOP

¿También os atreveríais a juzgar y a condenar a la Reina?...

SIR ROBERTO

A los reyes sólo puede juzgarlos Dios. Son los amigos del de Essex los que creen que puede juzgarlos el Parlamento. Es el de Essex el que llega como vasallo ofendido a pedir cuentas a su Reina...

LADY SCROOP

A su Reina, no...; a los que le calumnian y le infaman, a sus enemigos..., a vos, Sir Roberto; a vos también, Sir Walter...

SIR ROBERTO

Si fuéramos sus enemigos, como decís..., el de Essex no hubiera llegado a Inglaterra...

LADY SCROOP

Porque no os habéis atrevido a impedir que llegara; porque queréis que sea la Reina, la Reina misma, quien le entregue a vuestra venganza..., que vosotros llamáis justicia.

SIR ROBERTO

Ya veis que no estamos tan sedientos de venganza ni aun de justicia, cuando nada hemos hecho por estorbar que el Conde llegue hasta la Reina, en quien sólo ha de hallar perdón, como siempre... No temáis por vuestro primo el de Essex, Lady Scroop... Soy su mejor amigo... y ni le odio ni le temo... Él es su mayor enemigo..., él y sus partidarios...; de ellos, que le aconsejan mal, debe guardarse, no de nosotros... Vamos, Sir Walter... *(Salen Sir Walter y Sir Roberto.)*

ESCENA IV

LADY SCROOP. Después ISABEL.

LADY SCROOP

Señora...

ISABEL

¿Despediste a todos? No quiero ver a nadie... Las dos solas. Contigo estoy tranquila..., nada temo... Los demás me inquietan... ¿Qué crees que hice ahora?... Encararme con el espejo. No dirás que no soy valerosa. Quise afrontar la verdad... Hoy que, sin artificios ni tocados, el espejo no puede ser adulador... Me dió espanto... al principio; el mismo espanto me mostró más horrible la imagen... No era yo..., no quería conocerme... Después... mi rostro se fué serenando... y ya me conocí..., acaso por vez primera...

Era como si pasara toda mi vida... Mi vida, de la que yo nada sé...; mi vida, que es historia, sucesos famosos... Para cada uno he debido componer la continencia de mi rostro y mi espíritu. Siempre la razón de Estado. Esa ha sido mi vida... Mi corona, argolla del corazón... Pero aquí tienes mi verdadera vida...; en estas canas que hoy no se ocultan con dorados rizos..., en estos surcos que hoy no borran afeites ni colores... Alcánzame algún libro... Marco Aurelio o el Tratado de Boecio. ¿Apartaste ya aquel enfadoso libro que en mala hora me presentaron?

LADY SCROOP

¿La crónica de Enrique IV?

ISABEL

¿Quién dió licencia para imprimir tal libro..., un libro que es espejo de vasallos rebeldes y traidores?... Obra será de algún puritano y dedicado al de Essex. Y he sabido también que en Londres... los histriones del Globo representan ahora una historia de Ricardo II, en que aparece la majestad humillada, el Rey escarnecido por el vulgacho, y Bolingbroke, el vasallo rebelde y desleal, triunfador... Mucha licencia se permiten esos autores y comediantes... Habrá que atajarles con un buen escarmiento. Respiramos aires de rebeldía... Si sólo fuera en los tablados de los teatros... No quiero hablar contigo de lo que todos hablan...; sé que es entristecerte...; sé que tú eres la única que no me hablas para acusarle...;

pero mira: cartas de Irlanda, avisos, acusaciones, todo... Si fuera verdad... Si, como dicen, intentara proclamarse allí rey..., o si hubiera pactado con Jacobo para desposeerme..., o con el nuevo rey de España..., el nuevo rey Felipe... Su favorito el de Lerma es hechura de Roma, y España ya es un feudo pontificio. ¡Ah!..., no era así el otro rey Felipe...; aquél, como su padre el Emperador, sabía alzarse contra Roma, cuando Roma quería imponerle su autoridad... ¡Si el mundo supiera que por combatir contra el rey Felipe... por la grandeza de Inglaterra... he tenido que defender muchas causas que yo juzgaba detestables!... Irlanda es ahora para mí lo que Flandes para el rey de España. También estos rebeldes, en nombre de su religión, piden libertades... que no les concederé nunca...; y si el de Essex no consiguiera reducirlos..., si fuera verdad que ha pactado con ellos...

LADY SCROOP

¿Y si no hubiese otro modo de que Irlanda no se declarara en completa rebeldía?... ¿Creéis que es tan fácil reducir a gente que defiende su religión y sus hogares?... Confiad en el de Essex, señora..., y no dudéis de su lealtad...

ISABEL

¿Qué voces son ésas? ¿Quién se atreve...? ¡Ah, Roberto!

LADY SCROOP

¡Dios le valga!

ESCENA V

DICHAS y el CONDE DE ESSEX

CONDE DE ESSEX

Reina y señora... A vuestros pies está el traidor. Juzgadle...

LADY SCROOP

¿Qué has hecho, desgraciado? ¡Estás perdido!...

ISABEL

¿Cómo viniste?... ¿Cómo no me advirtió nadie de tu llegada? ¿Cómo pudiste entrar hasta aquí de este modo?... Nadie se opuso...; nadie fué para avisarme...

CONDE DE ESSEX

Temblaban todos... Ya lo veis... Su lealtad es más cobarde que la traición. Yo, el traidor, el desleal..., no tiemblo al entregarme a vuestra justicia...; a la vuestra, no a la de vuestros consejeros..., que, ya lo veis, ni siquiera están aquí para defender a su Reina contra mí...

ISABEL

¡Roberto, Roberto, mi Roberto! Nada importa. Bien hiciste en venir... Suceda lo que suceda en Irlanda...; allí peligraba tu vida entre los rebeldes, que odian el nombre de Inglaterra... Bien hiciste en volver. ¡Qué importa todo!

CONDE DE ESSEX

Mi vida no ha peligrado allí nunca... Irlanda ya estaría pacificada y sus rebeldes reducidos, si vuestros consejeros no atizaran la discordia..., no hicieran odioso vuestro nombre y el de Inglaterra... Nunca debieron enviarme si necesitaban allí un verdugo... Yo fuí allí para persuadir amor a Inglaterra y a su Reina, no para encender odios inextinguibles con persecuciones crueles... Para mí no había allí hombres de otra religión y de otra casta...; eran seres humanos que defendían su conciencia y las libertades a que tienen derecho y que les son negadas... Otra es su lengua, otra su religión, otras sus costumbres... ¿Por qué hemos de imponerles las nuestras con insoportable tiranía?... Con lenguas distintas, el amor se entiende, si con amor se habla. Y Dios, que es el amor infinito, no puede distinguir de religiones... Vos, Reina y gran señora, ¿podríais ofenderos si alguien que a vos llegase, por desconocer el ceremonial de vuestra Corte, os saludara al uso de su tierra?... Pues menos Dios, que ve los corazones, distinguirá de rituales... Dejemos su libertad a Irlanda y ella nos amará libremente. Esta fué mi política...; si por ella merezco ser llamado traidor..., traidor mil veces... Para que me juzguéis he venido...

ISABEL

¿Por qué no avisarme de tu llegada?... ¿Por qué atropellar por todo?... Ahora tendrán razón para

acusarte... ¿Lo ves, Roberto? Quieres servir a tu Reina, arriesgas tu vida por mostrarte digno de tu grandeza..., y no sé qué fatalidad desluce siempre tus acciones... Si mi amor no lo perdonara todo, no perdonara siempre... ¿Qué sería de ti, Roberto, qué sería de ti sin el amor de tu Reina?

CONDE DE ESSEX

No, no... No vengo a ampararme de vuestro favor... Demando justicia..., la exijo... En vuestra carta me llamabais traidor y desleal..., me emplazabais para responder de mi conducta en Irlanda... Aquí me tenéis..., aquí me tienen... Acusen, juzguen..., y si se atreven a condenarme...

ISABEL

¿Si se atreven, dices?... ¡Siempre orgulloso!... Sólo pides justicia. Justicia dices, justicia quieres... ¿Y tú sabes lo que sería de ti, en justicia, si en justicia fueras juzgado?... Desertaste de Irlanda en guerra...; por ti puede perderse..., quizá ya esté perdida... ¿Y aun hablas de justicia?... Yo creí que venías a suplicarme..., a pedir tu perdón...

CONDE DE ESSEX

¿A humillarme, queréis decir?... Eso es lo que quieren de mí... Que todo lo deba a vuestro amor... el favorito, el galán cortesano a quien se desprecia y se humilla...

ISABEL

¡Ah!, ¿tú quieres ser el señor, el amo?... No pensé nunca que hubiera otro rey en Inglaterra... Tendré que soportarlo..., yo, que no consentí en ser madre de reyes... por que no hubiera reyes a mi lado... Trajiste tus tropas de Irlanda... para imponer tu soberanía... Sólo pides justicia... ¡Justicia, cuando todo mi amor aún no podrá salvarte sin hacerme traición a mí misma, sin hacer traición a Inglaterra..., como tú la hiciste!... ¡Pues por todos los santos de Irlanda, de que eres tan devoto, que esta vez se ha de hacer justicia..., ya que justicia quieres!...

LADY SCROOP

¡Señora!...

ISABEL

Llamad a Sir Roberto..., a Sir Walter... Reúnase el Consejo... ¡Aquí mi guardia!...

LADY SCROOP

Pensad...

ISABEL

Quiere justicia... ¿No lo oíste?... Su ambición y su orgullo son indomables... Sólo debía implorar de mí..., y su altivez exige todavía. Soy yo quien debe solicitar su perdón..., humillarme ante el vasallo orgulloso y rebelde.

CONDE DE ESSEX

Siempre pudo más con vos la lisonja que la verdad...

ISABEL

Debe ser cierto... cuando un traidor ha podido encumbrarse... Pero nunca fueron tuyas las lisonjas..., que ni mentir supiste. Fué mi corazón el lisonjero..., que sabía hacer verdades de tus mentiras..., lealtad de tus traiciones... Mi corazón, que tendré que arrancarme del pecho... para que no haya un traidor más en mi reino...

ESCENA VI

DICHOS, SIR ROBERTO CECIL, SIR WALTER RALEIGH, el CONDE DE NOTTINGHAM, MOUNTJOIE, NOBLES y GUARDIAS.

ISABEL

Sir Roberto... El conde de Essex dará cuenta estrecha ante el Consejo, de su conducta en Irlanda... Entretanto, quede recluído en su casa con guardas a la vista, y que nadie, aun de sus más allegados, pueda comunicar con él... ¿Habéis entendido?

SIR ROBERTO

Conde de Essex..., en nombre de la Reina...

CONDE DE ESSEX

¿Soy vuestro prisionero? ¿Y es la Reina quien

me entrega a vosotros? Ya sé que vuestra justicia..., vuestra justicia me entregaría al verdugo. Y que sólo la Reina puede salvarme... No quiero mi perdón... ni de vosotros ni de la Reina... Cuando todos me hayáis condenado, aun ha de haber justicia... Sobre la Reina está Inglaterra... y sobre Inglaterra... está Dios... *(Salen todos, menos la Reina y Lady Scroop.)*

LADY SCROOP

¡Señora!...

ISABEL

Ya lo oíste... Yo lo olvidaba todo como mujer enamorada..., y él ni una palabra de cariño: razones políticas, como si yo fuera el Consejo que ha de juzgarle. ¿Su conducta en Irlanda? ¡Qué me importaba a mí su conducta en Irlanda!... Yo, que sólo temblaba por él, por su vida... No quiere mi perdón..., porque le humillaría. Sólo quiere justicia..., y sobre su Reina está Inglaterra y sobre Inglaterra la justicia de Dios... Ya lo oíste... cómo amenaza, cómo fía en sus partidarios más que en mí para salvarse. Y en su orgullo será capaz de afrontar la muerte..., porque me pedirán su muerte... ¡Es la justicia..., la justicia de Inglaterra, que es igual para todos! ¡Su muerte!... Veremos si entonces consiente en humillarse..., en pedirme la vida..., su vida... ¡Si él supiera lo que es para mí su vida!...

LADY SCROOP

Ya veis entonces cómo habéis de salvarle.

ISABEL

¿Y si yo quisiera también castigarme por haberle querido? ¿Y si yo quisiera tener una razón para morir..., y esa razón fuera su muerte?...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en la casa que sirve de prisión al conde de Essex.

ESCENA ÚNICA

El CONDE DE ESSEX, SIR CRISTÓBAL BLOUNT y El CONDE DE SOUTHAMPTON

CONDE DE ESSEX

¿No faltará nadie?...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Respondo de todos...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

Mucho aventuráis, que nunca falta algún traidor... Y la excesiva confianza de nuestros guardianes en estos días me hace temer que más proceda de alguna orden mal intencionada para que nosotros a nuestra vez nos confiemos, que de seguridad o descuido por su parte...

CONDE DE SOUTHAMPTON

No hay que temer; la guardia es nuestra. Nadie se opondrá a nuestro paso... Y una vez en

las calles de Londres, sus ciudadanos se unirán a nosotros, y con nosotros llegarán hasta la Reina, y con nosotros pedirán la destitución y el castigo de sus secretarios y consejeros. De Sir Roberto, el Iscariote de la Reina y de Inglaterra..., y del Lord Almirante, nuestro mortal enemigo siempre..., y de todos los que os humillaron en el Consejo, obligándoos a permanecer de rodillas ante ellos, a soportar sus insidiosas suavidades. Confesad, Roberto, que si no hubierais esperado este día no hubierais podido soportar tanto agravio. Pero una hora de cumplida venganza, bien vale la pena de guardar la vida, aun a costa de humillaciones y afrentas.

CONDE DE ESSEX

Eso sí; una hora, una hora nada más, un instante, sólo un instante, para verlos palidecer y temblar ante mí..., y después... soy capaz de perdonarles..., ¿qué digo?..., sería capaz de volver a entregarme a ellos...

CONDE DE SOUTHAMPTON

No, eso no... No hay que ser generosos con quien no sabe de nobleza... Ellos se han ensañado con vos..., no digo con nosotros, porque a mí me han despreciado siempre...; si me han perseguido no ha sido por mí, sino por ser amigo vuestro, porque saben que nada ha podido quebrantar nuestra firme amistad..., ni el odio que la Reina dió en profesarme desde que me casé... ¡Ah, su implacable odio al matrimonio..., que a nadie ha

perdonado!... Creedlo, Roberto: aunque volviera a daros pruebas de su amor, no debisteis confiar en ella desde el día en que tuvo noticia de vuestra boda... Y por si no bastaba..., vuestra imprudente presentación a la vuelta de Irlanda... ¡Sorprenderla en el más lastimoso desaliño de toda su persona! ¿Creísteis que podía perdonaros? Ninguna mujer os hubiera perdonado...; ella menos..., ella que cree haber vencido al tiempo y tener a los años por vasallos rendidos y aduladores... Aquel día fuisteis condenado, Roberto...; los ojos que vieron tal estrago debían cegar para siempre... Por eso... vos que conocéis bien a la sierpe arrulladora no debéis deteneros ante ella. Inglaterra y sus nobles no pueden estar al arbitrio de una decrepitud, que ya ni acierta, como antes, a encubrir la maldad con sus astucias.

CONDE DE ESSEX

Con razón podéis quejaros de la Reina, que fué siempre vuestra enemiga, y por ser yo tan amigo vuestro, cuántas veces no hube de escuchar sus recriminaciones... Yo también podría quejarme...; pero no sé qué veneración, qué respeto al sagrado de la majestad se impone a mis palabras y a mis pensamientos, que ni a pensar mal de ella me atrevo. Es que no es todo maldad en su corazón... ¡Si vierais lo que yo he padecido por ella!... Que no parece sino que se complace en atormentar, y cuando más halaga y favorece, más pronto se muestra enemiga, sin permitir sosiego ni confianza; que aun besáis su mano, agradecido al favor otorgado, y ya en sus ojos relampaguea

la ira..., porque el acatamiento del beso pareció ofensa o porque el beso recordó otro beso a otra dama y encendió celos y furores... Pues con haber padecido tanto..., aún la compadecí siempre, porque ella padece más que todos. Sí; padece la triste condición de su grandeza, que es desconfiar siempre, no creer nunca... Porque, ¿dónde hallará prueba de amor suficiente la que por su poder y su grandeza está sobre todos? Y si acaso quiere poner a prueba la verdad del amor, ¿qué puede convencerla?... Si pretende humillarnos y a la humillación respondemos con dignidad..., la dignidad le parece insolencia, por falta de costumbre de que la dignidad responda a la humillación...; y aun piensa: ¿Qué amor es éste que no consiente humillaciones y ante ellas se rebela?... Y si soportamos la humillación que nos impone..., es peor todavía, que entonces en verdad somos indignos, y si las soportamos es por interesada conveniencia o por bajeza cortesana... Yo no soporté nunca humillaciones y preferí pecar de altivo...; y mi altivez pareció deslealtad y traición... Temieron que pudieran proclamarme rey en Irlanda, y aun hoy temen que pudieran proclamarme rey en Inglaterra...; o concertado con el rey Jacobo, ser tanto como rey...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Y si os detenéis por respeto a la Reina... se perderá todo... La Reina no nos perdonará nunca la acción desesperada que hoy intentamos..., aunque finja perdonarnos... Creedme: al llegar hasta ella no son sólo sus consejeros los que deben caer...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

Silencio, Conde. No os permito que penséis siquiera que la Reina pueda recibir ofensas de los que no dudamos en seguir al de Essex para devolverle su libertad y su honor... Como esposo que soy de su madre, sabe el Conde que he sido siempre su mejor amigo, su más leal consejero..., si como a padre no quisiera mirarme... Con él estuve siempre, como estaré hoy a riesgo de mi vida... A su madre y a su esposa he jurado guardarle hasta morir con él... Pero la persona de la Reina es sagrada... Ni la Reina puede oponerse a destituir y castigar a sus consejeros..., ni la Reina puede firmar la sentencia del Consejo, que condena por traidor al conde de Essex.

CONDE DE SOUTHAMPTON

Sir Cristóbal, no conocéis bien a la Reina, y quiera Dios no tengáis que arrepentiros algún día... Porque a vos tampoco os perdonará... De mí nada me importa... Os seguiré hasta la muerte. Y silencio, que ya debemos estar prevenidos.

CONDE DE ESSEX

¿Trajeron las armas?

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

Nada falta... A la señal convenida...

CONDE DE ESSEX

¡Cuánto tarda! ¿Por qué no convinimos en salir antes?... Si la traición se anticipara...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

¿No estáis seguro de todos?...

CONDE DE ESSEX

Nunca falta un traidor. Desde que Sir Francisco Bacon, el que todo me lo debía, fué el primero en culparme ante la Reina y ante el Consejo, y él escribió mi acusación, y mi mayor enemigo no hubiera acumulado sobre mí tantos cargos...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

Sir Francisco es un filósofo. Su filosofía le permite acomodar a su interés su conciencia... La gratitud es una debilidad del espíritu que no florece en los campos de la Filosofía...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Callad... Prevenid vuestras armas... Nuestros amigos no pueden tardar...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

Y la guardia...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Será arrollada sin luchar... Por esta puerta que da a la escalera del patio saldremos más pronto Y una vez en las calles, el pueblo entero ha de seguirnos; el pueblo, que odia a Sir Roberto y ama al conde de Essex... ¿No oís?... ¡Las armas; pronto!

(Voces dentro): ¡Por Inglaterra y por la Reina!

¡Justicia!... ¡Por Inglaterra y por la Reina! ¡Justicia!... ¡Justicia!... *(Entran caballeros, amigos y partidarios del conde de Essex, con armas.)*

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

No hay que dudar; salgamos...

CONDE DE ESSEX

Amigos: ¡Por Inglaterra y por la Reina!

CONDE DE SOUTHAMPTON

¡Por el conde de Essex!... ¡Justicia!... ¡A muerte los traidores!... ¡A muerte!... ¡A muerte!...

(Salen todos. Se oyen voces fuera. A poco una campana toca a rebato. Otra más lejos. Se oye ruido de espadas; algún disparo. Después un gran silencio, y sólo la campana a lo lejos. Van entrando unos pocos con desaliento; alguno sin armas. Después el Conde, el de Southampton y Sir Cristóbal.)

CONDE DE ESSEX

¡Todos traidores!...

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

¡Estamos perdidos!...

CONDE DE SOUTHAMPTON

¡No debemos rendirnos!...

CONDE DE ESSEX

Los ciudadanos de Londres, en vez de seguir-

nos huían a nuestro paso. Y de mis partidarios, ¿cuántos quedaron?... Ya lo veis...; no los contemos... No quiero saber los que quedaron, por no saber de los que huyeron...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Estamos los bastantes para morir a vuestro lado.

CONDE DE ESSEX

No. Dejad la resistencia inútil.

SIR CRISTÓBAL BLOUNT

De todas partes llegan soldados...; rodean la casa... Ved desde aquí. Y ahora el pueblo se reune y se acerca... Tal vez... ¡Ah, si se atreviesen!...

CONDE DE ESSEX

No esperéis nada del pueblo... ¿Oís?... ¡A muerte los traidores!, gritan... ¡A muerte el de Essex!... ¡Ese es el pueblo en quien confiábamos!... Ahora los traidores somos nosotros... *(Aparece un Capitán con soldados.)*

CAPITÁN

Conde de Essex..., rendid las armas. No intentéis resistir ni defenderos...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Nos espera la muerte. ¿Por qué no morir como caballeros?

CONDE DE ESSEX

No... Dejarnos matar sería dar oficio de verdugo a estos nobles soldados...; morir matando cuando estamos vencidos, fuera desesperada cobardía...

CONDE DE SOUTHAMPTON

Pues ya nada esperéis... Ya ni la Reina puede perdonarnos... ¿Quién la convencerá de que no íbamos contra ella?... ¿Qué miráis?... ¿Ese anillo oculta bajo su piedra algún veneno?... ¿Pensáis libraros así de una muerte afrentosa?...

CONDE DE ESSEX

No... La muerte... ¿Qué es la muerte? Este anillo no es la muerte, es la vida. Más que la vida... es la venganza, que sólo por lograrla me importa ya la vida... ¡Ah, Sir Roberto, si yo pidiera a la Reina mi vida... diríais que he temblado ante la muerte!... No... es la muerte...; sólo tiemblo al pensar que las rastreras artes de la cobardía y de la envidia pueden vencer a quien sólo con el amor de su Reina ya le hubiera bastado para triunfar de todos..., y todo lo ha perdido... porque sobre el amor de su Reina puso la noble ambición de merecer el amor de Inglaterra...

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un salón en el palacio de Whitehall.

ESCENA I

SIR FULKE y LORD MOUNTJOIE

SIR FULKE GREVILLE

Llegáis tarde, Lord Mountjoie... La Reina salió de sus aposentos y atiende con sus damas al oficio divino propio de este día... Miércoles de Ceniza... Tenedlo bien presente... Día en que se nos recuerda lo deleznable de nuestra pobre naturaleza, lo fugaz de las glorias mundanales.

LORD MOUNTJOIE

¿Me creéis tan desvanecido por los favores de la Reina? ¿Creéis que es un favor enviarme a Irlanda en substitución del conde de Essex?...

SIR FULKE GREVILLE

Es un honor..., pero no es una gracia ciertamente. Estabais predestinado a substituir al de Essex... ¿Recordáis?... Era al principio de su privanza cuando vuestro hermano os presentó en la

Corte... Erais un apuesto doncel; aún no habíais dejado vuestros estudios. La Reina quedó prendada de vuestra buena gracia juvenil y os distinguió con sus favores. Un día en que fuisteis vencedor en no sé qué juegos, la Reina os regaló una reina de ajedrez en esmalte, que vos prendisteis de un lazo a vuestro pecho. Llamó la atención del Conde y os preguntó qué significaba aquella insignia que él desconocía. «Un favor de la Reina», le respondisteis; y él, descompuesto, volviéndose a mí, que estaba presente, pero cuidando más que vos lo oyerais... «Ya cualquier mozalbete puede gloriarse de un favor de la Reina...» Vos replicasteis airado, salisteis de Palacio..., lucieron las espadas, el Conde fué herido... La Reina se enojó con el Conde... ¡Quién había de deciros aquel día que al caer para siempre el de Essex..., para siempre..., porque a estas horas...!

LORD MOUNTJOIE

¿Cómo?...

SIR FULKE GREVILLE

Sí, hoy era el día señalado. Miércoles de Ceniza. Tenedlo bien presente...

LORD MOUNTJOIE

No es posible... Yo creí siempre que la Reina había de perdonarle...

SIR FULKE GREVILLE

Si él hubiera pedido clemencia... Pero su or-

gullo no ha consentido humillarse... Y ya conocéis a la Reina...

LORD MOUNTJOIE

Entonces... A estas horas...

SIR FULKE GREVILLE

El de Essex habrá dado cuenta a Dios de sus pecados..., que Dios, más piadoso que los hombres..., habrá querido perdonarle... ¡Infeliz caballero! No merecía tan desastrado fin... ¡Ah, procelosos mares de la Corte, en que nadie está seguro de no zozobrar y sumergirse!... Y los más altivos navíos los más expuestos... Por eso yo no quise pasar nunca de humilde barquichuelo...; así he podido defenderme de vientos y tempestades...

LORD MOUNTJOIE

¿Y sabe la Reina que hoy...?

SIR FULKE GREVILLE

Debe ignorarlo... Nunca quiso saber en qué día se cumpliría la sentencia... Pero ¿quién penetra en su corazón cuando la majestad labra en mármol la apariencia de su rostro?... ¿Partís pronto para Irlanda?

LORD MOUNTJOIE

Si os dijera que tiemblo al pensarlo... No era mi amigo el de Essex, pero era un noble caballero, y su muerte me apesadumbra. Nunca creí que la Reina no perdonara...

ESCENA II

DICHOS y SIR WALTER RALEIGH, fumando.

SIR FULKE GREVILLE

¡Salud, Sir Walter!...

SIR WALTER RALEIGH

Mala salud en este día...

SIR FULKE GREVILLE

¿Qué os sucede? Estáis muy pálido. El humo de esa hierba no os será de ningún provecho...

SIR WALTER RALEIGH

El humo de las vanidades humanas... Mis ojos han visto lo que nunca podrán olvidar...

SIR FULKE GREVILLE

¿De dónde venís?

SIR WALTER RALEIGH

De la torre...

SIR FULKE GREVILLE

¿Y habéis visto...?

SIR WALTER RALEIGH

Sí... Todo ha terminado... La justicia está cumplida...

SIR FULKE GREVILLE

¡La justicia!... ¿Y llevasteis vuestro rencor hasta presenciar por vos mismo...? ¡Oh, Sir Walter!... No quisiera que hubierais hecho eso...

SIR WALTER RALEIGH

No fué el rencor. Si en mi mano hubiera estado perdonarle...

SIR FULKE GREVILLE

Nadie ha pedido a la Reina su perdón. Sólo el embajador de Francia...; y como el rey de Francia no es muy grato a la Reina desde que hizo traición a su fe...

SIR WALTER RALEIGH

Era difícil, porque Enrique de Navarra nunca tuvo fe, ni sirvió nunca a ninguna religión: se sirvió de ellas... Pero nuestra Reina no debió afearle su abjuración. Los reyes son frágiles de memoria. ¿Es que ella no alardeaba de papista cuando el no serlo era un peligro?...

SIR FULKE GREVILLE

No respetáis a nadie, ni a la Reina.

SIR WALTER RALEIGH

En este instante sólo traigo un respeto..., el respeto a la muerte, que es el respeto a la verdad... Ya os dije que no me llevó el rencor, como pensasteis. El de Essex fué mi enemigo, pero yo no

quería su muerte. Si le he visto morir ha sido... por aprender... Nunca debe volverse la cara ante la muerte, ni en los combates ni en la Corte..., que es también campo de batalla... Hay que ver morir para saber cómo se muere...

LORD MOUNTJOIE

¿Y cómo murió el de Essex?

SIR WALTER RALEIGH

¿También queréis aprender? Murió con entereza..., pero sin arrogancia... Sólo una palidez de cera, y los ojos fijos, que ya no querían ver nada de este mundo, como abiertos a la eternidad...

SIR FULKE GREVILLE

¿Y quién dirá a la Reina...?

SIR WALTER RALEIGH

Ya debe saberlo...

SIR FULKE GREVILLE

No lo creo... Y si ya lo supiera sería cruel..., porque nada lo denota en su aspecto.

SIR WALTER RALEIGH

Cuando ha podido perdonar y no ha perdonado...

SIR FULKE GREVILLE

Es verdad... Nadie podía creerlo...

SIR WALTER RALEIGH

Decid..., ¿no ha recibido la Reina esta noche pasada un anillo de parte del Conde?...

SIR FULKE GREVILLE

Nada sé..., nada he oído...

SIR WALTER RALEIGH

Sí... El de Essex envió a la Reina un anillo..., un anillo en que él confiaba como en un talismán... Pidió que se entregase a su prima, para que ésta lo hiciera llegar a manos de la Reina.

SIR FULKE GREVILLE

¿A Lady Scroop?... Lady Scroop no asiste a la Corte en estos días...

SIR WALTER RALEIGH

Entonces... ¿Qué damas estaban esta noche con la Reina?

SIR FULKE GREVILLE

La condesa de Nottingham. Esperad... Esta mañana..., sí...; la vi que hablaba con su esposo...; discutían en voz baja... Tal vez ella...

SIR WALTER RALEIGH

Ha sido una desgracia para el Conde que su prima no estuviera al lado de la Reina...

SIR FULKE GREVILLE

Una fatalidad...

SIR WALTER RALEIGH

¿Por qué decís fatalidad? ¿No creéis en la Providencia?...

ESCENA III

DICHOS, SIR ROBERTO CECIL y el CONDE DE NOTTINGHAM

CONDE DE NOTTINGHAM

Yo ordené a mi esposa que no entregase ese anillo...

SIR ROBERTO

Bien hicisteis. La Reina hubiera comprendido que la hora de cumplirse la sentencia había llegado. Ya no era hora de perdonar, y hubiera sido afligir su corazón recordarle que hoy...

CONDE DE NOTTINGHAM

Pero las mujeres, ya sabéis... Ahora la Condesa siente remordimientos por no haber entregado el anillo...; dice que quizás al verlo, el corazón de la Reina...

SIR ROBERTO

Yo diré a vuestra esposa que cuando la casualidad o el destino disponen los sucesos, no debe

afligirnos si somos instrumentos involuntarios de lo que es, en suma, voluntad de Dios. Su interés es lo que importa, y en la Condesa no hubo nada de interés al guardar el anillo. El deseo de evitar a la Reina recuerdos dolorosos... Lord Mountjoie, hoy mismo os entregará la Reina vuestros despachos para Irlanda...

LORD MOUNTJOIE

Sir Roberto..., os agradecería que hoy no tratáramos de Irlanda... No sería de buen presagio... Respetemos este día...

SIR ROBERTO

Como queráis. ¿Sois supersticioso?...

SIR FULKE GREVILLE

La Reina consultó ayer con su adivino el doctor Dee... Ya sabéis que siempre fió mucho en su ciencia...

SIR ROBERTO

¿Y no sabéis qué pronosticó ayer el adivino?

SIR FULKE GREVILLE

La Reina parecía hoy de buen semblante... Es cuanto sé deciros...

SIR ROBERTO

Le pronosticaría larga vida y paz en su reino..., libre ya de vasallos levantiscos...

SIR FULKE GREVILLE

Vos lo sabéis mejor que yo, Sir Roberto... No creo que el doctor Dee se permita adivinar nada sin haber adivinado antes vuestro pensamiento...

CONDE DE NOTTINGHAM

Señores, la Reina...

ESCENA IV

La REINA, la CONDESA DE NOTTINGHAM, la MARQUESA DE WINCHESTER, la CONDESA DE WARWICK, MISTRESS RUSSELL y el CONDE DE CUMBERLAND.

ISABEL

Ya dimos al día nuestra meditación; justo es ahora divertir nuestro pensamiento. Mistress Russell nos cantará algunas canciones... Y vosotros, señores, divertíos como os plazca. Sir Fulke, ¿no tenéis alguna graciosa historia, o cuento a falta de historia, que referirnos? Y vos, Walter, ¿no habéis compuesto algunos nuevos versos de amor, como aquella discreta réplica al «Pastor apasionado»? Hoy, a pesar de la tristeza del día, mi espíritu se despertó pagano... No quiero pensar en nada triste, y menos en la muerte. Canta, amiga mía, canta.

MISTRESS RUSSELL

¿De amor?

ISABEL

El amor es siempre triste...; pero sea de amor...

CONDESA DE NOTTINGHAM

¿Es posible que sepa...?

SIR ROBERTO

Yo, que la conozco bien..., ahora creo que sí...

MISTRESS RUSSELL

(Canta.) Pues todo ha de ser morir,
muerte por muerte, prefiero
la muerte que dan tus ojos
a la muerte de no verlos...

ISABEL

¡A la muerte de no verlos!... Señores, ¿qué silencio es éste? Todos parecéis abatidos... Por un instante creí estar sola. ¿Qué silencio de muerte?... Sir Roberto..., ¿qué ha sucedido hoy?...

SIR ROBERTO

Nada, señora...

ISABEL

Miradme cara a cara..., que nunca miráis a los ojos...; condición de taimados o de traidores... Walter, tú no sabes mentir; ¿qué ha sucedido hoy? Salid todos... Dejadme... Dejadme, digo... Avisad a Lady Scroop...; la necesito a mi lado...; a ella sólo. ¿Habéis entendido? No, Sir Roberto;

ni una palabra... No es hora de engañosas palabras... ¡Piedad!... ¡Justicia!... ¡Razón de Estado!... Sé lo que vale todo en vuestro corazón, que ahora goza la infernal alegría de haber destruído... Ya no existe... Y yo le entregué a vuestra venganza...; mi amor le entregó a vuestro odio...; pero si creísteis que era porque ya no le amaba..., os engañasteis... En su orgullo, no ha querido deberme la vida; y le di muerte porque esperaba su humillación, y la temía; esperaba verle temblar ante la muerte..., y no ha temblado... Su orgullo le ha igualado a mí... Yo no hice a nadie señor de mi vida, ni hubo quien pudiera llamarse rey a mi lado. Él lo es ahora, digno de mí en la muerte... Dejadme con él... Dejadme he dicho. *(Salen todos.)*

ESCENA V

La REINA ISABEL

¿Qué es esto?... ¿No soy yo..., que a mí misma me desconozco?... Si yo pensaba..., si yo quería perdonarle... a pesar suyo, aunque él nunca pidiera su perdón..., aunque él no consintiera humillarse. ¿Por qué no he perdonado? ¿Qué poder ordena en nuestro corazón contra lo que el corazón siente?... Si yo quería que viviera..., ¿cómo no vive?... Y si a mí misma me dijera que era preciso hacer justicia, que era la Reina la que no había podido perdonar, a mí misma me engañaría. La Reina sabe que la sentencia era injusta,

que nunca fué traidor, y sin creerlo, yo no sé con qué secreta alegría clavaba en mi corazón la sospecha como un tormento apetecido... Y era un goce de padecer por él..., porque él también padecía..., y padecía por mí..., y así yo dominaba en su corazón..., que de otro modo nunca hubiera podido llamar mío... Y así le entregué a la muerte, celosa de su vida, celosa de un solo pensamiento suyo que no fuera mío, celosa de un solo deseo que yo no pudiera satisfacer, celosa de una sola ambición que yo no pudiera destruir... Era el orgullo de sentirle mío, como si hubiera nacido de mí, como una criatura mía... No me bastaba ser su Reina, hubiera querido ser su Dios...; y por serlo he usurpado a Dios el terrible poder de dar la muerte... ¡La muerte! ¿Qué es la muerte? ¿No estamos todos condenados a muerte? ¿Qué importa ignorar el día, si sabemos que ha de ser un día?... ¿Qué importa no temblar ante una hora, si todas pueden ser la de nuestra muerte? ¿No ha sido siempre el hacha del verdugo como estrella de mi destino?... ¡El hacha del verdugo que dió muerte a mi madre!... ¡Rival de reinas, madre mía!... Con razón había de encariñarme con el hacha del verdugo. De niña soñaba con ella. En mi niñez no hubo alegría ni juegos, ni cuentos maravillosos de amor y felicidad... La historia de mi madre: ése era el cuento con que soñar y en que aprender... Después, junto a mi hermana..., suspendida sobre mi frente el hacha del verdugo y la corona de Inglaterra. El recuerdo y la esperanza las unieron tanto en mi corazón, que no he podido

separarlas nunca... ¡Roberto, mi Roberto! ¡Mi rey!... ¡Tú solo eras digno de mi amor...; tú, que no humillaste tu orgullo ante la muerte..., que llevaste a la tumba mi anillo como anillo nupcial de nuestras bodas!...

ESCENA VI

ISABEL y LADY SCROOP, vestida de negro.

LADY SCROOP

Señora...

ISABEL

Levanta.

LADY SCROOP

¿Por qué me habéis obligado a venir? Hoy no hubiera querido veros...

ISABEL

Te necesitaba a mi lado... Entre tantos como le odiaban, tú sola le quisiste siempre... Dime..., ¿le has visto?...

LADY SCROOP

No me han consentido verle... ¡Y yo creí siempre que su Reina le perdonaría!...

ISABEL

En su orgullo, que ambicionaba ser rey, no quiso deber el perdón a su Reina... Mi perdón

le hubiera humillado...; me odiaba tanto que no quiso de mí la vida...

LADY SCROOP

No es cierto; no quería morir... Os envió vuestro anillo... ¡Vuestro anillo, en que iba grabado un juramento de Reina!...

ISABEL

¿Mi anillo dices? ¡El anillo! ¿Que me envió el anillo?

LADY SCROOP

¿No os lo entregaron?

ISABEL

¡No!...

LADY SCROOP

¡Ah! La maldad y la perfidia de sus enemigos... El anillo debió llegar a mis manos...; yo no estaba a vuestro lado..., y alguien que comprendió que el anillo era su perdón, su vida... ¡Pero es infame..., es infame!... Y le han dejado morir..., y aún creéis que fué su orgullo...

ISABEL

Llamad a la condesa de Nottingham. Ella es la que estuvo siempre conmigo... Ella podrá decirnos... Quería vivir..., me pedía la vida... ¡Ah, corazón mío..., arranca la máscara de tu orgullo...; muestra que eres un corazón de mujer...; llora..., llora.., porque nunca supiste amar..., amar, que

es sentirse pequeña, humilde, sin voluntad y sin imperio... ante el amado...; no decirle eres mío, sino decir soy tuya..., tuya, y entregarse a su voluntad..., débil como mujer, que da toda su vida hasta perderse en otra voluntad!...

ESCENA VII

DICHAS y la CONDESA DE NOTTINGHAM

CONDESA DE NOTTINGHAM

Señora... ¿Me mandasteis llegar?

ISABEL

Condesa... No, no puedo... Decidle, Lady Scroop...

LADY SCROOP

¿No llegó esta noche pasada un enviado del Conde, portador de un anillo? ¿No tenía la orden de entregarlo a la dama que estuviese al lado de la Reina?

CONDESA DE NOTTINGHAM

¿El anillo?... Sí..., este anillo... Perdonad... Debían ignorar que hoy se cumplía la sentencia...; me dijeron que lo ocultara hasta que...

ISABEL

¡Ah!... Sabían que era su vida... Y tú también... ¡Miserable!... ¡Miserable!... ¡Me pedía su vida!...

CONDESA DE NOTTINGHAM

¡Señora!... ¡Perdón!... ¡Perdonadme!...

ISABEL

Que Dios te perdone... Yo no puedo perdonarte... ¡Lejos de aquí, lejos..., lejos!... Acudan Sir Roberto, Sir Walter; acudan todos... Me pedía la vida.. ¡Y qué habrá pensado de su Reina!... ¡Cómo me engañaba mi corazón!... Creí amarle orgulloso..., altivo hasta la muerte..., y ahora siento que estaba más cerca de mí cuando temblaba ante la muerte..., y me pedía la vida..., la vida, que ya no puedo darle, yo, que he podido darle muerte... ¡Asesinos! ¡Traidores y cobardes!... Pensad ya quién ha de sucederme... Volved los ojos al nuevo rey de Inglaterra..., al que hayáis elegido en vuestros tratos... Isabel ya es sólo una sombra... Los años de mi vida, cuarenta años de reinado..., se derrumban de golpe sobre mi corazón... La reina de Inglaterra ha muerto... Sólo queda una mujer..., una mujer que llora... por el amor que no conoció nunca hasta que le dió muerte... Isabel de Inglaterra, la que prendió a su corazón la corona... Emperatriz de los mares... La Reina virgen..., la Reina sin amor... Esta fué la grandeza de mi reinado... Esta fué la maldición de mi vida...

FIN DE LA OBRA

UNA SEÑORA

NOVELA ESCÉNICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro, de Madrid, en la noche del 2 de enero de 1920.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELISA.....	MARGARITA XIRGU.
DOÑA SUSURRITO.....	AMPARO ÁLVAREZ SEGURA.
DONCELLA.....	ADELA SANTAULARIA.
LA ROSA.....	MARÍA DE LAS RIVAS.
LA ÁNGELES.....	MICAELA CASTEJÓN.
LA ANTONIA.....	ADELA CALDERÓN.
LA PORTERA.....	MARÍA BRU.
MUJER 1.ª.....	ASCENSIÓN VIVERO.
MUJER 2.ª.....	DOLORES ROIG.
DON MANOLO.....	ENRIQUE BORRÁS.
ENRIQUE.....	JOSÉ RIVERO.
FEO.....	MIGUEL ORTÍN.
EL AMO DEL CAFETÍN.	ALBERTO ROMEA.
UN MOZO.....	LUIS D. LUNA.
HOMBRE 1.º.....	JOSÉ LUCIO.
HOMBRE 2.º.....	PEDRO GONZÁLEZ.
UN CRIADO.....	JOSÉ TRESCOLÍ.

UNA SEÑORA

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA I

DON MANOLO y una DONCELLA

DONCELLA

Pase usted. Pase usted, señor..., señor...

DON MANOLO

Don Manolo. Llámame así. Don Manolo. ¿Cómo has de saber mi apellido, si nadie me llama más que don Manolo?

DONCELLA

Ya lo sé; pero es que yo he podido decir don Manuel. Tonta de mí. ¿Creerá usted que no se me ha ocurrido?

DON MANOLO

Lo que quiere decir que yo no puedo ser más que don Manolo. Ya ni siquiera don Manolito. Y ¿cómo está, cómo está la señorita?

DONCELLA

Muy bien.

DON MANOLO

Y muy guapa.

DONCELLA

Sí, señor. Cada día más guapa.

DON MANOLO

¿Y dices que no está en casa? Es raro. Ella nunca ha sido muy callejera, y de mañana, menos.

DONCELLA

Es verdad. En Madrid, apenas salía de casa. La que está es doña Bernardita. Voy a avisarla, si usted quiere.

DON MANOLO

Si está visible, tendré mucho gusto en saludarla. Ella me explicará entre suspiro y suspiro todos los detalles del veraneo y la causa del anticipado regreso. Porque nunca han vuelto tan pronto.

DONCELLA

No, señor. Ningún año hasta fines de octubre; pero anteayer recibió una carta la señorita, y después de leerla fué cuando dijo que nos volviamos a Madrid en seguida. Y ya lo ve usted. Esta mañana muy temprano hemos llegado. La

señorita me mandó en seguida a su casa de usted a decirle que estaba de vuelta y que deseaba verle a usted en seguida.

DON MANOLO

Y no dirá que no me he apresurado a venir también, contra mi costumbre; porque estas horas para mí son inusitadas. No sé andar por las calles, tropiezo con todo el mundo, me ofusca la luz matutina. ¡Anda, avisa a Susurrito! A doña Bernardita. Tampoco ella puede llamarse más que Susurrito.

DONCELLA

Con su permiso de usted.

ESCENA II

DON MANOLO y después SUSURRITO

SUSURRITO

¡Don Manolo querido!

DON MANOLO

¡Susurrito de mi alma!

SUSURRITO

Ya sabía yo que vendría usted en seguida.

DON MANOLO

En cuanto recibí el aviso de Elisa.

SUSURRITO

¿Ha visto usted qué viaje tan de improviso? ¡Siéntese usted, por Dios!

DON MANOLO

Está usted muy buena.

SUSURRITO

El campo, la tranquilidad. Y estaba mejor; pero en estos últimos días, ¡ay!, con el disgusto...

DON MANOLO

¡El disgusto! ¿Qué disgusto?

SUSURRITO

¿Pero usted no sabe...?

DON MANOLO

No sé nada.

SUSURRITO

Pues yo creí que lo sabía todo Madrid.

DON MANOLO

Lo sabrá todo San Sebastián. Madrid ya sabe usted que en verano no está en Madrid; pero dígame usted: ¿qué disgusto es ése?

SUSURRITO

¡Ay! Yo no sé si debo decírselo a usted antes de

que lo sepa por Elisa. Ya sé que ella no tiene secretos para usted, y porque sospecha que usted lo sabe, para que lo sepa usted por ella misma le habrá mandado llamar; pero no quisiera ser yo la primera en decírselo a usted. ¡Pobre Elisa! No sé si la costará la vida.

DON MANOLO

¡Me asusta usted! ¿Qué es ello?

SUSURRITO

¡Ay, don Manolo de mi alma! ¡Que los hombres son como son! Unos egoístas. Unos ambiciosos, que todo lo sacrifican a su conveniencia. No va usted a creerlo. Enrique se casa.

DON MANOLO

¿Que Enrique se casa?

SUSURRITO

Baje usted la voz, que los criados están rabiando por saber; por más que ya deben estar enterados; pero no quisiera que se enterasen por mí de ninguna manera. Sí, señor; Enrique se casa. A mí ya me lo habían dicho. No quería creerlo. No quería ser la primera en creerlo. Por más que de Enrique yo lo he creído siempre todo. La pobre Elisa era la que no sospechaba nada. Precisamente ahora estaba más cariñoso que nunca con ella. Como todo el que nos engaña. A mí Enrique no me ha engañado nunca. Se casa con la hija de Utrillo. ¿Qué le parece a usted?

DON MANOLO

¡Ah! De Utrillo.

SUSURRITO

Ya comprenderá usted. Hay dinero, posición social, carrera política. Enrique sueña con llegar a ministro, y lo será.

DON MANOLO

Sí; en política las alcobas siempre han sido habitación de paso para los gabinetes.

SUSURRITO

Ahí tiene usted... Elisa es ya un estorbo para él. No duda en sacrificarla a sus ambiciones, sin acordarse de que a ella se lo debe todo; que ella ha sacrificado hasta su reputación, sus relaciones sociales. Usted sabe que Elisa, lo mismo en vida de su marido que en los primeros tiempos de su viudez, hasta que conoció a Enrique y empezaron a dar campanadas, estaba muy bien admitida en sociedad; pero, usted lo sabe, se comprometió de tal manera por ese hombre, que poco a poco las señoras fueron alejándose de su trato. Elisa ya no tiene más relaciones que de hombres sólo. Entre las señoras está completamente descalificada. ¡Las cosas que yo he tenido que oír y las buenas amistades que he perdido por defenderla!... ¿Qué iba yo a hacer? Elisa es para mí algo que está sobre todo, y ahora que la pobre..., y es lo más triste, está arruinada...

DON MANOLO

¿Qué me dice usted?

SUSURRITO

Sí, señor, sí. Dentro de poco tendremos que vivir atenidas a mi pensión. Ya lo ve usted..., una miseria...

DON MANOLO

¿Pero es posible?... ¿De modo que...?

SUSURRITO

Sí, señor, sí. La ruina completa. Ya el invierno pasado en Madrid empezaron los apuros. La gente no podía sospecharlo, ni los amigos más íntimos de Elisa, como usted, para quien ella no tiene secretos; pero usted la conoce. Por no entristecer a nadie... Nunca ha vivido para ella. Yo puedo decirlo. Usted sabe lo que Elisa ha sido para mí... Más que una amiga, más que una hermana. No quisiera yo que nunca hubiera llegado el día de corresponder a todo lo que la debo. ¡Por desgracia, ha llegado!

DON MANOLO

¡Pobre Elisa! ¡Cómo podía yo figurarme...!

SUSURRITO

Yo sí; lo tenía previsto. Porque Elisa no era tan rica como parecía. Su esplendidez, sus prodiga-

lidades hacían creer a todo el mundo que era millonaria. Usted sabe cómo se ha vivido en esta casa, cómo se obsequiaba aquí a todo el mundo; pero aún eso hubiera podido ser...; pero Enrique..., Enrique le ha costado mucho. Y usted sabe lo que se gastó en las últimas elecciones, después en el periódico que se empeñó en sostener. La vida que ese hombre ha llevado en Madrid por hacerse amistades, por verse admitido en los círculos aristocráticos... ¡Tenía que hacerse perdonar tantas cosas que sólo se perdonan por dinero!... Y él, sí; él ha conseguido lo que se proponía. Ahora ya no necesita para nada de esta pobre mujer que por él lo ha sacrificado todo. Y usted sabe si Elisa merece tal ingratitud.

DON MANOLO

No, ciertamente. A Elisa se lo debe todo.

SUSURRITO

Todos le vimos llegar a Madrid muy recomendado a Elisa por un pariente de su marido. Con el día y la noche, como suele decirse. Aún me parece que le estoy viendo. Los pantalones con rodilleras... Buena figura, eso sí; simpático y dicharachero. La pobre Elisa, que fué tan desgraciada en su primer matrimonio, se encaprichó primero, se enamoró después locamente. Entonces podía haberse casado con él: él no deseaba otra cosa. Entonces el matrimonio con Elisa era la mejor solución para él; pero Elisa, por delicadeza, por sentimentalismo, no quiso casarse. «Yo

seré pronto vieja —decía—. Él es muy joven. Mi cariño no puede ser el cariño de toda su vida. Con los años, yo sé que llegaré a quererle de otro modo. Que él puede ser dichoso con otra mujer.» Cosas que se piensan, con las que se engaña uno. El cariño es todo comedias. Se cree uno capaz de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios...

DON MANOLO

¡Caramba, Susurrito! Parece que usted ha querido alguna vez.

SUSURRITO

¿Yo? ¡Pobre de mí! ¿A quién iba yo a querer? Sobre todo, ¿quién iba a quererme a mí? ¡He leído mucho! ¡He visto bastante! Lo cierto es que para Elisa ha llegado la catástrofe. La catástrofe de su vida. ¡Pobre Elisa!

DON MANOLO

¿Y cuándo ha sabido...?

SUSURRITO

Ayer, por una casualidad, no indiscreción. En seguida dispuso que volviéramos a Madrid. Esta mañana hemos llegado, y apenas llegamos ha salido muy temprano. No sé, no sé. Temo que haga alguna locura.

DON MANOLO

¿Enrique está en Madrid?

SUSURRITO

Sí. Y la futura también. No ha salido este verano. Temo que Elisa se haya presentado en la casa y haya dado un escándalo. No conseguirá nada. Esa señorita pasará por todo. Ella no puede ignorar las relaciones de Enrique con Elisa. Son bien sabidas de todo el mundo. Pero estará deseando casarse. Es muy fea, muy cursi. ¡Qué hombres! ¡Calle usted; me parece que está aquí Elisa! Si ella no le dice a usted nada, no se dé por enterado; pero seguramente a usted le dirá todo. Es usted de sus buenos amigos.

DON MANOLO

Bien puede estar segura de ello.

ESCENA III

DICHOS y ELISA

DON MANOLO

¡Elisa, amiga mía! ¿Cómo está usted?

ELISA

¿Lo sabe usted todo, verdad? ¡Lo sabe usted! ¡No puedo sostenerme!

SUSURRITO

¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

ELISA

¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡No puedo más!

DON MANOLO

¡Vamos, Elisa!

ELISA

Se lo ha dicho a usted Susurrito. Ya lo sabe usted. ¡Es infame! ¡Es horrible!

SUSURRITO

¡Elisa, tranquilízate! ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

ELISA

Ya puedes figurártelo. He visto a esos señores. He hablado con ellos. He dicho todo lo que tenía que decir. No podrán decir que no lo saben todo.

SUSURRITO

¡Qué locura, Elisa! ¿No comprendes que todo será peor?

ELISA

¡Ya qué importa! ¿Puede haber algo peor que su traición y su abandono? ¡Lo había pensado tantas veces! ¡Lo había pensado siempre que esto había de suceder y me creía resignada! ¡Era lo inevitable! Y ahora no me resigno. No puedo resignarme. Pretende una engañar al corazón; pero el corazón no nos engaña. ¡Era toda mi vida! Le

quería; le quiero con toda mi alma. ¡Le quiero! ¡Le quiero! Esta es la única verdad. ¡Tan verdad como su traición, como su engaño!

DON MANOLO

No se atormente usted. Y si aún fuera posible... Enrique no puede olvidar todo lo que le debe a usted. No debe usted darse por vencida. Tiene usted medios sobrados para luchar. No será la primera vez que el cariño, las coqueterías de otra mujer hayan pretendido separarlos a ustedes, y ha vencido usted siempre.

ELISA

Antes podía luchar, podía vencer. Ahora, ni puedo intentarlo. ¿Qué puedo yo ofrecerle? No soy joven. Ya no puede llamarme hermosa, y soy pobre, muy pobre. No puedo hablar a su conveniencia. De su corazón ya sé lo que puedo esperar.

SUSURRITO

¡Ay! Debías saberlo. Enrique nunca ha tenido corazón. Para él todos los caminos son buenos, con tal de llegar adonde se propone; caiga el que caiga, poco importa.

DON MANOLO

Son los hombres de presa, no sé si decir felices ellos o desgraciados. Yo no puedo comprenderlos; por eso no puedo admirarlos. ¡A mí me ha parecido siempre tan bueno ser bueno!; por lo menos es lo más sencillo. Vamos, Elisa, calma.

Comprendo que en este momento sólo piense usted en lo que siente; pero algo me ha dicho usted..., algo me ha dicho Susurrito, que para mí, perdone usted mi escepticismo mundano, tiene más importancia, porque sé de la vida y sé del corazón. ¡Está usted arruinada! ¡Pobre! ¿No es eso?

ELISA

Sí; la más completa ruina. La amenaza de la miseria.

SUSURRITO

Eso no. Todo lo que yo tengo es bien poco, pero es tuyo. Viviremos como se pueda; pero viviremos. Otros viven con menos.

ELISA

Gracias. Si ya nada me importa. No me importa vivir. ¿Cómo podrá importarme vivir de un modo o de otro?

DON MANOLO

Pues eso es lo que debe importarnos. Si a usted no, a los que la queremos a usted como sabe usted que yo la quiero. ¡Si en mis manos estuviera!... Pero... ¿qué puedo yo ofrecer a usted? No puede usted dudar de la sinceridad de mis sentimientos. Pero usted es quizá la única persona de mi confianza que conoce la verdad de mi posición. Lo falso de ella. Mi vida. Usted lo sabe. Caso típico madrileño. El milagro que sólo es posible en esta Corte, que por algo se llama de los milagros. La vida que yo aparento supone

algunos miles de renta: buena mesa, teatros, coches, autos, fiestas y bullanga; hasta aventuras que debieran ser costosas. La realidad de mi vida, una jubilación modestísima, con la que no podría vivir en una mala casa de huéspedes. El milagro, esta admirable vida de Madrid, único país del mundo en que basta con ser simpático a la gente para tener una posición lucrativa. Su casa de usted, Elisa, era lo más saneado de mis rentas; pero no crea usted que sólo por egoísmo deploro la triste situación en que pueda usted encontrarse. Si hay medios todavía de salvarla a usted... Usted tiene buenos amigos. Todos no son, como yo, unos parásitos, unos pobretes. Yo sólo puedo pedir a otros, exigir si es preciso. Pero entre sus amigos hay quien puede salvarla a usted.

ELISA

No piense usted en eso. No hay salvación. Mi ruina es definitiva. Yo no puedo aceptar de nadie lo que no podré pagar nunca. ¡De nadie! Y de él, si ha pensado usted en él, mucho menos. Sólo del cariño puede aceptarse todo.

SUSURRITO

Como él lo aceptaba.

DON MANOLO

Pero es que no puede abandonarla a usted así.

ELISA

Quería una verdad: su cariño. No quiero una mentira ni por deber ni por compasión.

SUSURRITO

Me asustas, Elisa, cuando veo que aparentas serenidad. Me asustas más que cuando te veo desesperada. Te conozco bien y me da miedo. ¿Qué piensas hacer?

ELISA

¿Pero tú crees que yo puedo pensar? No pienso nada. Aún no puedo creer lo que pienso. Aún no he despertado del todo. El corazón se resiste al dolor. Se defiende contra él y tarda en convencerse de que el dolor es verdad. Todavía me parece todo mentira. Le espero. Sé que llegará de un momento a otro. Porque ya sabrá que lo sé todo. Sabrá que he estado en aquella casa y vendrá, vendrá, y al verle creeré que todo es mentira. Y sé que una sola palabra suya bastaría para que lo fuera. Conque él me dijese: No es verdad, no es verdad. No es mi dolor pensar que todavía le quiero. Mi dolor es pensar cómo tendré que aborrecerle. ¡Aborrecer! ¡Aborrecer!

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE

SUSURRITO

¡Elisa!

ELISA

¡Déjeme usted! ¡Déjame tú también!

ENRIQUE

Iba a rogarles a ustedes lo mismo. ¿Cómo está usted?

DON MANOLO

Ya lo ve usted.

ENRIQUE

¿Me niega usted el saludo?

DON MANOLO

Ya lo ve usted.

ENRIQUE

Está bien. *(Salen Susurrito y D. Manolo.)*

ESCENA V

ELISA y ENRIQUE

ELISA

¡Enrique! ¡Enrique! ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad y te creeré a ti solo!

ENRIQUE

Hablemos con juicio. Si no estás hoy para ello, volveré más tarde. Hemos de tener calma, mucho juicio. Lo que has hecho hoy ha sido una locura.

ELISA

¡Hablar con juicio! Habla tú solo entonces. Yo

no diré nada. Te miraré, te miraré para convencerme de que eres el mismo, que no puedo creerlo.

ENRIQUE

Soy el mismo, aunque tú no lo creas. El que de los dos ha de pensar siempre serenamente. El que no puede aceptar que tú te sacrifiques, que te hayas sacrificado. El que quiere salvarte, a pesar tuyo. Aunque nada me has dicho, conozco tu situación angustiosa.

ELISA

¿Qué vas a decirme? ¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Eso no! Es peor esa disculpa. Yo prefiero creer que no sabes nada. Dices que te sacrificas por mí. Que te vendes por mí, por salvarme a mí. ¡Eso no! ¡Eso no!

ENRIQUE

Pues eso será, aunque tú no quieras.

ELISA

¡Mentira! ¡Mentira! El cariño no salva de ese modo. Si me quisieras te bastarías tú y te bastaría mi cariño para luchar los dos juntos, para soportar los dos juntos todas las adversidades; la miseria, si era preciso. Eso sí; eso sería la verdad. Eso sería quererme como yo te he querido.

ENRIQUE

Eso sería muy bonito, muy novelesco; pero quizás tú serias la primera en darte por vencida.

Razona, Elisa, razona. Afrontemos la situación como una realidad contra la que hay que defenderse con realidades. Hablas de sacrificios, de luchar los dos juntos. Pues eso te pido. Que cada uno de nuestra parte sacrifiquemos algo, algo que no es nuestro cariño.

ELISA

¿Pero qué dices? ¿Qué piensas? ¿Qué vienes a ofrecerme, que no quiero entenderte?

ENRIQUE

¿No eres tú la que pensabas siempre que llegaríamos a querernos de otra manera?

ELISA

Sí; yo lo pensaba. Yo debía pensarlo. Ya ves que hacía bien en pensarlo. Y tú has debido creer que ese temor era un deseo, ¿verdad? Lo mismo podías darme de puñaladas y decir por disculpa: ¿No me dijiste que era mía tu vida? Y tuya era, sí. Para ti la quería; pero así, no; así, no. A traición, no. Como un cobarde, no. Mata con la verdad. Di que nada te importo, que sólo has pensado en ti. Que peso en tu vida; que soy un estorbo en ella. La verdad puede convertir mi cariño en odio. No quieras que se convierta en desprecio, en asco.

ENRIQUE

¿Cuándo quieres que volvamos a vernos?

ELISA

¡Ah!, ¿te vas así? ¡Eres un miserable!

ENRIQUE

¡Elisa!

ELISA

¡Miserable! ¡Sí! ¡Miserable! ¡El hombre que se vende es un miserable! ¡Ah! Como ya nada puedes esperar de mí... Como ya no puedo pagar la mentira de tu cariño, ¿qué te importa mi vida destrozada, el abandono más despiadado, cuando nada me queda en el mundo? La vejez. La horrible vejez, y la miseria, y el desprecio de todos. ¡Miserable! ¡Miserable! ¿Es eso lo que yo merecía de ti? Esta mujer que sólo ha vivido para ti. Esta mujer que te ha querido. Te ha querido... No, no es posible. El corazón se resiste a decirte: ¡Te he querido! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te querré siempre y te perdono todavía, y lo olvido todo por una sola palabra, una sola! ¡No me dejes, Enrique! ¡No me dejes! ¡Seré tu esclava, como lo he sido siempre! ¡No me dejes ahora! ¡Espera! ¡Espera! La vida va de prisa. Los años corren. Dentro de poco yo no seré la misma. El tiempo traerá la resignación. Yo pensaré siempre que tenemos que separarnos. Pero ahora, no. Ahora no puedo pensarlo. ¡No me dejes, Enrique! Por lo que más hayas querido. Por la memoria de tu madre. Ya ni sabes mentir. No te atreves. Ya no soy nada para ti. ¡Nada! ¡Nada! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡No te disculpes, no

mientas! Te prefiero así, con todo el valor de tu cinismo. Así, así, para odiarte más pronto, hasta enterrar el odio en el desprecio, y entonces todo habrá concluído. Será la muerte o seguirá la vida; pero será otra vida, porque sin tu cariño no será mi vida. ¡Vete! ¡Vete!

ENRIQUE

Ahora, sí. Es lo mejor; pero yo sé que volveremos a vernos, que hablaremos en calma.

ELISA

¡Nunca! ¡Nunca! ¡Miserable! ¡Miserable!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una salita muy modesta.

ESCENA I

SUSURRITO y DON MANOLO

DON MANOLO

No hable usted de morirse, Susurrito; ya pasó todo. Está usted mejor que nunca.

SUSURRITO

No lo crea usted. No estoy buena. El caso es que si quisiera decir lo que tengo... Es cosa del espíritu, pasión de ánimo; un decaimiento... Yo soy muy sufrida; además, usted lo sabe, yo soy la que ha tenido que sacar fuerzas de flaqueza, sostener a Elisa, aparentar... hasta alegría y no digamos bienestar, Dios sabe a costa de cuántas humillaciones; porque los amigos..., usted ya sabe, cuando uno lo necesita, pocos resisten a la prueba. Ya ve usted quién viene aquí ahora: usted, nada más que usted, que es usted único, y nunca se lo agradeceremos a usted bastante.

DON MANOLO

Sí que la gente es como Dios la ha hecho. ¡Pero, señor, a mí que me parece tan fácil ser persona decente! Verdad que eso es muy fácil o es imposible. Pero, vamos, hay amigos que no debían haber abandonado a ustedes. ¡Con lo que la casa de Elisa ha sido para todos!: el verdadero hogar de muchos que no lo hemos tenido nunca, y, aparte de eso, una reunión tan agradable...

SUSURRITO

Sí, señor; cuando se obsequiaba y se agasajaba a todo el mundo, y allí la cena, y allí el chocolate, y la partida de tresillo, y la seguridad de que no íbamos a pedir nada a nadie... ¡Pero si usted supiera!... Me da fatiga contarle a usted nuestros apuros; los míos, porque Elisa, gracias a Dios, aun vive con la ilusión de que por lo menos no nos falta lo necesario. Ella no sabe que estamos despedidas de la casa.

DON MANOLO

Eso no puede ser.

SUSURRITO

Sí, señor, sí; mi enfermedad ha traído gastos extraordinarios. ¡Usted no sabe, usted no sabe!

DON MANOLO

¡Por vida...! Pero eso no, eso no. ¡Pobre Elisa! Yo, por mi parte, haré lo posible y lo imposible.

Pero ¿qué puedo hacer yo, qué puedo yo? Es uno más pobre que los pobres, Susurrito. Y lo malo es que no inspira uno compasión; al contrario, hay quien le envidia a uno y quien le cree a uno un despilfarrador. Y eso sí, la vida es lo que uno ha despilfarrado; poner un poco de alegría y de bondad en ella, es un lujo muy caro. Hay que pensar, hay que pensar. ¿De veras no cuentan ustedes con ningún amigo? Me cuesta creerlo.

SUSURRITO

¡Ay, don Manolo! Elisa no sabe todo lo que yo he pasado. ¿A quién no habré yo acudido? ¿Usted cree que con mi pensión hubiéramos podido vivir como hemos vivido, para que Elisa no sintiera tanto su desgracia, para que no careciera de mil cosas, a las que ella antes no daba importancia, porque estaba acostumbrada a ellas, pero que si le hubieran faltado de pronto, su falta le hubiera sido penosa privación? Y por ella...

DON MANOLO

Es usted un ángel, Susurrito. Y es usted como su nombre; como el nombre con que de común acuerdo la confirmamos a usted un día entre todos: Susurrito. Es tan difícil ser buenos como usted... Hay mucha gente buena, no lo niego, no soy tan pesimista; pero hay quien hace el bien de un modo tan estrepitoso, que alguna vez molesta y otras hasta ofende. Y la bondad está bien así, como la bondad de usted: suave, blanda, discreta..., como su nombre de usted..., Susurrito.

SUSURRITO

Yo no sé si soy buena; de lo que sí estoy persuadida es de mi insignificancia, cuando puedo tan poco. Y no por mí, por Elisa yo quisiera... Elisa sí que es buena, lo ha sido siempre para todos. Para mí, ¿qué voy a decirle?... Cuando yo estaba más sola en el mundo, cuando yo vivía más pobremente, ella me llevó a su casa, y cuando era yo la que tenía que agradecerlo todo, más parecía que era ella la que tenía que estar agradecida: tanta era su generosidad, su delicadeza. ¿Cómo no he de quererla como la quiero? ¿Cómo no he de sentir por ella más que por mí las privaciones, la miseria que nos amenazan? Esta triste miseria de señoras que han venido a menos y no saben..., mejor dicho, no pueden dejar de ser señoras. ¡Es muy triste, muy triste!

DON MANOLO

Por más que pienso..., porque yo sé que este apuro de hoy, el de mañana, de un modo o de otro, yo mismo con mis pobres medios podría solucionarlo. Pero no es eso, no es eso. Es preciso que Elisa tenga asegurada su vida, que no salgan ustedes de este apuro por unos días, para hallarse en otro mayor en seguida. A Elisa no me atrevería a proponérselo. A usted, sí. ¿Qué le parece a usted si yo hablara con Enrique? Cuidado, que yo no he vuelto ni a saludarle desde aquel día en que le retiré mi mano al ofrecerme él la suya. Alguna vez le he visto, como si no le conociera... Pero ahora yo le hablaría, yo le ha-

ría presente la triste situación de Elisa... Yo creo que si él supiera... No le creo tan ingrato, tan miserable... ¿Qué le parece a usted? ¿No le parece a usted bien? ¿Teme usted que Elisa lo sepa, o teme usted que él...?

SUSURRITO

¡Ay, don Manolo de mi alma! No lo temo, estoy segura de ello.

DON MANOLO

¡Cómo!... ¿Es que...?

SUSURRITO

¡Sí, don Manolo de mi alma, sin que Elisa pudiera sospecharlo he acudido a él! Dios sabe la violencia que me ha costado; pero como usted ha pensado ahora pensé yo antes: que no había otro remedio. Y así lo hice. Nunca fué muy espléndido, esa es la verdad; pero hace pocos días le escribí y me contestó con una carta... Va usted a verla; espere usted, espere usted. ¡Ay, Dios mío!; no encuentro la carta... Y yo juraría que la había dejado donde estaba segura de encontrarla... No sé si con la preocupación de esconderla... Ya sospecho si Elisa habrá dado con ella. Cuando la recibí estaba ella conmigo; disimulé todo lo que pude; pero no sé, no sé... Sería un disgusto; figúrese usted que en esa carta se negaba a atenderme, que ya estaba cansado de peticiones...

DON MANOLO

¡Qué infamia!... Su posición es brillante; yo sé

que su suegro no le escatima nada; está en camino de ser ministro. Ya es jefe de grupo; eso sí, el grupo son doce; pero si no hacen nada todavía por sí solos, ya saben estorbar lo que pretenden hacer otros; y estorbar es lo que más se cotiza hoy en política. ¿Y dice usted que...?

SUSURRITO

Con muy buenas palabras me decía en su carta que todavía si fuera Elisa misma la que se dirigiera a él... Ya ve usted. Quiere esa humillación, que ella misma...

DON MANOLO

¡Es un caballero! Hará carrera.

SUSURRITO

Pero esa carta, ¿dónde habré yo dejado esa carta, que nunca debí romper? Pero era una de esas cartas que conviene guardar para convencerse uno mismo y convencer a los demás de lo que llevan dentro algunas personas de esas que parece pasan por honorables, como ahora se dice.

DON MANOLO

Sí que es un documento... Creo que está ahí Elisa.

SUSURRITO

Sí, viene de la iglesia, como todas las tardes. Menos mal que aún le queda ese consuelo: creer y esperar.

ESCENA II

DICHOS y ELISA

DON MANOLO

Elisa, ¿cómo va?

ELISA

Ya lo ve usted...

DON MANOLO

De sus devociones...

ELISA

Devociones divinas; sin una devoción no se puede vivir. ¿Qué hay, Susurrito? ¿No ha venido nadie?

SUSURRITO

A esta casa no viene más que nuestro amigo; el único...

ELISA

Es verdad, y está bien así. ¡Si todos fueran iguales! Nadie me ha engañado; es decir... No, tampoco ése; sabía que era así. En todo cariño hay siempre uno que quiere, otro que se deja querer; un incendio y un resplandor, que en nuestra ilusión queremos creer que es fuego también.

DON MANOLO

Pero ya pasó todo, y estoy seguro de que ahora le parece a usted como si nada hubiera sido.

ELISA

No, eso no. Quisiera haber muerto con la ilusión de aquel cariño, sin haber despertado.

DON MANOLO

Pero ¿aún se acuerda usted de él?

ELISA

No, me acuerdo de mí; de lo que yo era cuando creía en él. No quiero pensar. ¿Qué pasa por el mundo, don Manolo?

DON MANOLO

No sé nada, no veo a nadie. Usted sabe que mi vida también ha cambiado mucho.

ELISA

Sí, lo sé. Y sé también que son mis tristezas las que han entristecido su vida: amigo mío, amigo bueno, amigo incomparable.

DON MANOLO

Amigo inútil, amigo inservible, querrá usted decir.

ELISA

No, eso no; si no fuera por usted y por Susurrito, ¿qué sería de mí?

SUSURRITO

No digas eso.

ELISA

Aunque con Susurrito tengo yo que ajustar unas cuentas.

SUSURRITO

¿Conmigo?

ELISA

Sí, sí; cuando estemos solas.

SUSURRITO

¿Don Manolo no te inspira bastante confianza?

ELISA

No quiero que sepa los motivos que tengo para reñir contigo.

DON MANOLO

Es un modo de echarme; pero ahora es cuando no quisiera dejar a ustedes.

ELISA

No me haga uted caso; usted puede oírlo todo. Es que... ¿Cómo te encuentras, Susurrito? ¿Estás ya buena? ¿Me prometes no llorar ni afligirte por lo que yo te diga?

SUSURRITO

Pero ¿qué es ello? No me asustes.

ELISA

Es que tú no sabes, no sabes lo que has hecho.

SUSURRITO

Pero ¿qué he hecho yo?

ELISA

No puedo callar más; he callado durante muchos días. Mira esta carta. Lo sé, lo sé. Sé lo que has hecho; sé también que ha sido por mí; pero no has debido hacerlo nunca; no, todo antes que esto. Debiste comprender que todo era preferible, todo antes que esto. Acudir a él, implorar de él una limosna... No; eso no, eso no. Sólo a ti puedo perdonártelo; pero no sabes el daño que me has hecho.

SUSURRITO

¿Y qué podía yo hacer? No me digas nada; más que tú lo siento...; pero tú no sabes, no sabes aún...

ELISA

Sí, sí; es la miseria, la horrible miseria; pero todo antes que esto. Si no le quisiera todavía... Pero a pesar mío, a pesar suyo, a pesar de tanta infamia, de tanta bajeza, le quiero, le quiero siempre, y si me dejara llevar de mi corazón, iría arrastrándome hasta él a pedirle, no esa limosna que tú le pedías: la limosna de su cariño, la limosna de una mirada suya... Cuando lo pienso me da vergüenza de mí misma y comprendo que él haya podido llegar a tanto desprecio de mí, porque soy una mujer indigna, y mi indignidad ha caído en él de rechazo. Sí, sí, es mía la

culpa. La ceguedad de mi cariño se complacía en humillarle, quería que todo me lo debiera a mí, ser todo para él en la vida... y fuimos dignos el uno del otro: a cariño que compra, cariño que se vende. ¿De qué puedo quejarme?

DON MANOLO

Vamos, Elisa, no se atormente usted.

ELISA

Me desprecio, me desprecio profundamente, como él debe despreciarme. Así ha podido escribir esa carta. ¿Por qué diste ocasión a que pudiera escribirla?

SUSURRITO

¡Perdóname! ¡Perdóname! Yo no quería que tú sufrieras privaciones, no tenía a quien acudir. ¡Fué por ti! ¡Fué por ti! Y ahora... ¡Ay, Elisa de mi alma! Tú llamas la miseria a vivir como vivimos. Para lo que tú estás acostumbrada, sí, esto es la miseria, pero aún no es toda la miseria. Muy pronto nos faltará todo. Nos han despedido de la casa; estos pobres muebles que nos quedan ya no son nuestros... ¿Cómo pagar lo que debemos? ¡Muy pronto será la verdadera miseria, carecer de todo!... Por mí no me importa; pero tú, tú... Sí, he hecho mal, he hecho mal; pero dime: ¿qué podía yo hacer para que no llegara este caso?

ELISA

Sí, es horrible, es horrible.

DON MANOLO

Y yo sin poder nada. Sí que puedo estar orgulloso. Una vida malgastada, una existencia inútil. ¡Hermosa vida de hombre! ¡Me doy asco!

SUSURRITO

¿Qué piensas, Elisa? Me da miedo cuando callas. ¿Qué piensas? Dame tú fuerzas, que yo no puedo más, no puedo más.

ELISA

Mi pobre Susurrito, sacrificada por mí, sin una queja, sin un reproche. Tú sí que tienes que perdonarme. He sido egoísta. Sólo pensaba en lo que había sido de mi cariño, y aun esperaba..., esperaba que volviera a ser. No he querido ver la realidad... Tu sacrificio..., para que yo no supiera nunca esta horrible verdad de la miseria...

DON MANOLO

No, no es posible; yo buscaré, yo veré..., yo no sé cómo... Pero ¿es que tan poco valgo? ¿Es que no podré yo hacer nada por ustedes? Yo tengo amigos, amigos de ustedes también... ¿Es que la amistad es una mentira? ¿Es que todos, todos los que se llaman amigos de usted, pueden contentarse, al saber su situación de usted, con decir, como tantas veces he oído en mi vida: ¿No saben ustedes?: la pobre Elisa, en la miseria, la han echado de la casa, no tiene qué comer... Y todo esto mientras se juega una partida de poker o de

tresillo, como si hablaran de un personaje de novela o de comedia, no de alguien que nos dió su afecto generosamente, de alguien que confió a nuestra amistad sus alegrías y sus tristezas, de alguien a quien nos ofrecimos mil veces en cuerpo y alma como amigos y servidores... ¡Qué farsa! ¡Qué farsa! Y yo el más farsante, el más miserable de todos... Yo, que habiendo pasado mi vida en casas suntuosas, no tengo hoy, a mis años, una pobre casa que ofrecer a ustedes. Yo, que habiendo vivido como si tuviera miles de renta, no puedo disponer en un momento de unas miserables pesetas. Pero ¿cómo he de disponer? El dinero es de los calculadores, de los egoístas, de esos que pueden comentar con indiferencia, mientras juegan una partida de poker o de tresillo, la ruina del amigo más íntimo, la desgracia de la mujer cuyos favores y cuyas sonrisas se disputaron, y al comentar aun sienten la satisfacción del que posee el secreto de la vida, y es como si dijeran: A nosotros no puede pasarnos nada de eso. Pero yo les juro a ustedes que poco valgo, que de nada sirvo, o...

ELISA

No, amigo mío, no. Yo sé lo que debo hacer. Debo castigarme, castigarme en mi orgullo. Será la abdicación de mi fuerza moral. Pero debo aceptarlo como un castigo... Yo escribiré, sí, yo misma. ¿No exigía eso? Mi humillación...

SUSURRITO

No, Elisa, no.

ELISA

Sí, sí; hay que aceptar la realidad, hay que vivir, y así es la vida. Seamos humildes; déjame, déjame.

DON MANOLO

¡Pobre Elisa!

ELISA

Es muy divertido. Verá usted. ¿Qué puedo decirle? La verdad; es lo mejor, toda la verdad... Mi distinguido amigo:... ¿Lo ve usted? Ya me parece que no le escribo a él, es a un extraño..., al más extraño... Mi distinguido amigo:... ¿Qué más? ¿Qué más? ¡Oh, qué vergüenza! No, no puedo; es demasiado, es demasiado... Que Dios se apiade de nosotras, que la vida haga de nosotras lo que quiera... Pediremos limosna si es preciso; pero a cualquiera, en la calle...

DON MANOLO

No, no puedo oírlo; espérenme ustedes..., espérenme ustedes. *(Sale.)*

ESCENA III

ELISA y SUSURRITO

SUSURRITO

¡Pobre amigo! Poco podrá. Engañar unos días la miseria que acecha; después, ¿qué será de nosotras, Elisa?

ELISA

No, no llores, ¡por Dios! Yo no lloro, ya lo ves; no tengo lágrimas.

SUSURRITO

Por eso me da miedo. ¿Qué piensas? No mires así; me da miedo.

ELISA

No tengas miedo. Miro a la vida cara a cara, y afrontar la vida es afrontar la muerte.

SUSURRITO

No, eso no; no hables de morir. Dios tendrá compasión de nosotras.

ELISA

Sí, sí; yo espero. ¿No ves que estoy tranquila? No llores tú, no llores... Hermana mía, madrecita mía..., que ahora serás mi hija, ahora seré yo quien te defienda, seré yo quien luche por las dos; ya verás cómo puedo más que todos... Si estoy tranquila, si soy fuerte... No llores tú, no llores.

SUSURRITO

Si no lloro por mí; es por ti, es por ti.

ELISA

Lloras por mí, ya lo sé, sólo por mí. Y ¿por qué crees tú que yo no lloro? ¿Por qué crees tú que yo vivo todavía?

SUSURRITO

Por mí, ya lo sé; sólo por mí... Pero yo sé bien lo que tú sientes, yo sé lo que tú piensas... Piensas en morir, piensas en dejarme.

ELISA

No, no. ¡Mi Susurrito, mi santa, santa mía!

SUSURRITO

Así, así; llora conmigo. Me asusta que no llores.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un cafetín.

ESCENA I

ELISA, LA ROSA, LA ÁNGELES y un MOZO

ÁNGELES

Vamos, entra ya. ¿Qué quieres hacer en mitá la calle? ¿Pa armar otra? Si no vas a conseguir nada; si cuanto más te emperres ha de ser peor. A los hombres no hay más que dejarles cuando la dejan a una. Ya vuelven luego y cuando una menos quisiera. Miá tú ése, ande irá que más valga. No seas tonta. Vamos, siéntate... *(Llamando al mozo.)* ¡Tú! ¿Qué quiés tú?

ROSA

¿Yo? Nada. Si no quiero sentarme. ¿No ves que no puedo estar? Yo tengo que verle esta noche misma, y a esa mujer también; que no se crean que se van a reír de mí.

ÁNGELES

Pues claro que se reirán, y cuanto más hagas más han de reírse. Déjalos y que los maten jun-

tos... Ya va aviao con ella y ella con él. Tal para cual. Vamos, mujer, te pegaba. ¡Miá que eres tonta! No han pasao tres días le tiés otra vez pa contigo tuyo.

ROSA

Pero ¿qué me habrá dao a mí ese hombre, que conociéndole como le conozco y sabiendo de sobra como lo sé tóo lo que puede dar de sí, sólo de pensar que pué dejarme...? Si no como, ni duermo, ni sosiego tóos estos días; si no he hecho más que buscarle por tóo Madrid, y miá tú ande he ido a dar con ellos.

ÁNGELES

Pa dar el espetáculo. A las nueve de la noche y debajo del reló de la Puerta del Sol. Pa que no se enterase nadie.

ROSA

Oye, yo creo que ella va bien señalá.

ÁNGELES

Con alma la diste. Ya pués agradecer a don Remigio, que si no, de la Comi va sallá arriba. Pero ya verás lo que te sale, si es juicio náa más... Pero si tarda en curarse y sales de causa...

ROSA

Y eso tendrá que ser un día o el otro, porque a ella y a él, tan fijo que los mato.

ÁNGELES

Café, ya sabes... ¿No quiés nada? Vamos, toma algo; si no habrás cenao.

ROSA

¿Qué me importa? Morirme es lo que yo quisiera... Mira, por tu madre, déjame salir, déjame salir, que creo que voy a volverme loca. Yo sé ánde tengo que encontrarlos ahora.

ÁNGELES

Vamos, que no sales. Estáte ahí quieta.

ROSA

¡Maldita sea la hora en que nací y maldita sea la hora en que le he conocido!

ÁNGELES

¡Vamos, tú estás loca!

ELISA

¿Qué le pasa?

ÁNGELES

Ya ve usted. Es doña Elisa, mira. ¿Cómo está usted? Ya hacía noches que no venía usted por aquí.

ELISA

Sí, he estado mala; no estoy buena. Hoy he venido porque no tenía otro remedio; me han puesto en la calle.

ÁNGELES

¡Válgame Dios! A nadie nos falta. Pero oiga usted, doña Elisa, y usted perdone que me meta en averiguaciones: yo sé que es usted una señora, que ha vivido usted como una señora.

ELISA

¿Una señora? No, una pobre mujer como vosotras..., como esa que llora ahí por un hombre. Cuando una quiere así no es nada en el mundo. Todas lo mismo: mujeres nada más, mujeres... Dile a ésa que no llore.

ÁNGELES

¿Y no tiene usted a nadie en el mundo?

ELISA

A nadie, a nadie. Todos los que me querían han muerto. Ayer estuve a visitarlos; no eran muchos: dos, dos amigos... ¡Pobres! ¡Qué sola me han dejado! Desde que se han ido no sé de mí. Me pongo a pensar y me parece que me cuento a mí misma la historia de otra mujer que no soy yo. Y casi no me importa. Yo creo que también me he muerto. No se muere de una vez; se muere uno a pedazos. Llega un día en que uno ya no es uno; lo que más importaba ya no importa, lo que más dolía ya no duele; se piensa de otra manera, se siente de otro modo... Cuando se siente y dice una: ¿Quién soy yo?, de veras que me veo andar por el mundo y no se me ocurre decir: ¿Adónde voy yo? Digo siempre: ¿Adónde irá ésa?

ÁNGELES

Sí que es pa pensar en lo que usted dice. Sí que tendrá que oír su historia de usted.

ELISA

¡Mi historia! ¿Qué historia? Dile a ésa que no llore. ¿Por qué lloras así? ¿Te ha dejado un hombre? ¿Tanto le querías? ¡Desdichada! Mira adónde trae el querer así...

ROSA

Pero ¿es que cuando se quiere puede quererse de otra manera?

ELISA

Eso es verdad; pero es una desgracia. Hay gente que quiere..., que dice que quiere y no sufre; sabe querer con orden. Hay quien lleva cuenta con todo, hasta con el corazón. Hasta aquí quiero, de aquí no se pasa, que es mucho gasto...

ÁNGELES

Sí que tié ángel esta vieja.

ELISA

¿Te parezco vieja, verdad? Te espantarías si supieras que no debía serlo por los años. No son años, hija mía: son penas estas arrugas, esta facha... ¡Un siglo de penas!

ROSA

Vamos, cuéntenos usted cosas... Dicen que ha tenido usted mucho dinero.

ELISA

¡Qué sé yo!... No sé nada, no quiero acordarme de nada. Ya no sé cuándo he sido más feliz; yo creo que ahora; ahora todo es verdad... Ya sé que mañana tendré lo mismo que hoy, y que no me engaña nadie. El que se acerca a mí se acerca por lo que soy; ya me ven; tampoco yo engaño a nadie... Más pobre que yo... Vosotras, ahora, ¿qué podéis esperar de mí? Y me dais vuestra conversación y un poco de cariño, ¿verdad? Me tenéis lástima.

ÁNGELES

¡Ya lo creo! Yo tengo pa mí que ha debido usted ser muy buena, y seguramente por ser demasiado buena se ve usted ahora como se ve. ¿No es verdad, usted?

ELISA

¡Qué sabe uno lo que es ser bueno! Lo malo es querer; cuando se quiere por hacer bien, hace uno mal; no se puede ser bueno...

ROSA

Usted ha debido tener alguna historia de amores; también usted debe de haber pasao por algún hombre lo que yo estoy pasando.

ELISA

Sí, sí, como tú; por eso me das lástima. Pero tú puedes gritarlo en la calle, puedes decir lo

que sientes..., puedes matar... Tú no sabes lo que es morirse de pena y callar, callar...

ROSA

No, yo eso no. Por nada de este mundo me callo.

ELISA

¡Quién hubiera sido como tú!

ROSA

¡Ya! Usted era una señora.

ELISA

Tú no sabes lo que estorba el ser señora para ser mujer.

ESCENA II

DICHAS y LA ANTONIA

ANTONIA

Ya sabía yo que estaríais aquí.

ÁNGELES

¡Hola, Antonia!

ANTONIA

Oye, tú, ¿qué os ha pasao, que me han dicho...?

ROSA

Ya pués figurártelo.

ÁNGELES

Pues náa..., que íbamos ésta y yo como todas las noches, y al salir de la calle Correos pa la Puerta del Sol nos encontramos con ése, que iba con la otra, y verlos ésta y echarse pa ellos como una fiera, tóo fué uno.

ANTONIA

¿Os han llevao a la Comi?

ÁNGELES

Hazte cargo; gracias que estaba allí don Remigio; pero ahora ésta está emperráa en buscarlos... En qué me veo pa sujetarla.

ANTONIA

¡Tonta! Pero si ésa ya sabes que no es más que una comprometedora. No hagas caso; en cuanto tú quieras le tienes aquí... Ahora acabo de verle.

ROSA

¿Le has visto? ¿Iba solo?

ANTONIA

Con un amigo..., buen mozo por cierto...; no le conozco.

ROSA

¿Y has hablao con él?

ANTONIA

Sí, mujer; y... vaya... ¿Quiés saberlo? Se ha que-

dao a la puerta y me está esperando pa que yo le diga si se te ha pasao y que no tiés razón pa ponerte así, que él no quiere a esa mujer ni pué quererla, que ha sío ella, ya te digo, que no se ha gozao toda su vida más que en infernar a unos y a otros. Vamos, ¿le digo que entre?

ROSA

Que no se me ponga delante, porque...

ÁNGELES

No la hagas caso... Dile que sí, que aquí estamos.

ANTONIA

Ella es la que tié que decirlo.

ROSA

Que no quiero ni verle.

ÁNGELES

Eso es; ahora que viene a pedirte perdón, y antes, pa armar otro escándalo, querías verle.

ANTONIA

Mira que está la noche muy fría pa tenerle aguardando.

ROSA

No se morirá...

ANTONIA

Ni tú lo quisieras. Vaya, yo le llamo. ¡Feo! Aquí la tienes.

ESCENA III

DICHAS y FEO

FEO

¿Te parece bien?

ROSA

¿Pero tiés valor pa hablar todavía?

FEO

Parece mentira.

ROSA

Eso, parece mentira. ¿No me habías jurao por tu madre que si volvías con esa mujer que no volviera a mirarte a la cara? Miá lo que has tardao...

FEO

¿Creerás tú que yo he ido a buscarla? Pero ¿no la conoces? ¿No sabes que todo es de rabia que te tiene?

ROSA

Y porque ella me tenga rabia tiés tú que ir con ella pa que se salga con la suya. Vergüenza debía de darte, sabiendo cómo anda con unos y con otros.

FEO

Por mí ya puede andar con quien quiera. ¿Creerás tú que me importa ni me ha importao nunca? Pero tampoco tengo por qué negarle la palabra

cuando nos encontramos en una parte o en otra; es una conocida de todos mis amigos.

ROSA

¡Y tan conocida! Anda ya, que te estará esperando; no vayas a tener un disgusto.

FEO

Yo no tengo más disgustos que los que tú llevas sin fundamento. La Antonia lo sabe.

ANTONIA

Ya se lo he dicho.

FEO

Vamos. ¿Es que no vas a mirarme en toa la noche? Convídame siquiera, mujer.

ÁNGELES

Eso no; esta noche convido yo. ¿Qué queréis?

FEO

Nada; si era broma.

ÁNGELES

¡Qué broma! Pero aquí no. Vamos a otro sitio mejor; ya estamos andando.

ROSA

Dejarme en paz; yo me voy pa mi casa.

ANTONIA

Mira, eso ya es ponerse tonta.

FEO

No, si tendremos pa un año.

ÁNGELES

Porque tu querrás. Vamos ya de aquí. En el 47 no han cerrao todavía, y si han cerrao nos abren. Allí tomamos cualquier cosa y bebemos algo... Vamos, ¿queréis no fastidiar?... Si estás rabiando por mirarle y reírte de todo... Anda, so prima, abrazarse ya... Eso.

FEO

Más tonta...

ROSA

Yo, ¿verdad?

ÁNGELES

¿Qué se debe?

MOZO

Ya sabe usted... ¡Anda, ya se ha dormido!

ÁNGELES

Déjala. ¡Pobre mujer! No tendrá ande dormir; la han echao de la casa. Vamos nosotros. Buenas noches.

MOZO

Vayan con Dios.

ROSA

Tápate la boca al salir, que hace mucho frío.

ANTONIA

Eso, eso, cuídale bien. Así habíais de estar siempre.

FEO

Porque ella no quiere.

ROSA

Yo, ¿verdad?

ÁNGELES

Sí que hace frío; taparse bien. *(Salen.)*

ESCENA IV

ELISA y el MOZO. Luego MUJER 1.ª, MUJER 2.ª, HOMBRE 1.º y HOMBRE 2.º; después la PORTERA, un CRIADO y el AMO del cafetín.

MOZO

¡Eh!...

ELISA

¿Qué?...

MOZO

No se duerma.

ELISA

No duermo... ¿Se han ido esas jóvenes?

MOZO

Sí, se han ido; y usté debía de irse también.

ELISA

Sí, me iré, me iré.

MOZO

Y a ver si me paga usté lo que me debe, que son tres pesetas, de todas estas noches...

ELISA

Bueno, hombre, yo te pagaré, yo lo pago todo...

MOZO

¡A ver cuándo va a ser!... *(Entran dos mujeres y dos hombres.)*

MUJER 1.ª

Buenas noches.

MOZO

Buenas noches. ¿Qué va a ser?

MUJER 2.ª

Tráete unos churros y café pa todos.

MUJER 1.ª

No; pa mí media de anís.

MOZO

Está bien.

HOMBRE 1.º

¿Tiés ahí el dinero?

HOMBRE 2.º

Callarse aquí... No hablar de náa.

MUJER 1.ª

No ha sido mal negocio.

HOMBRE 2.º

Bueno, dejarlo estar. Luego se tratará de todo...

MUJER 2.ª

Mira que se ha echao un frío...

MUJER 1.ª

¡Ya, ya!...

ELISA

¿Qué hora es? ¿Me hacen el favor?...

HOMBRE 1.º

Las cuatro menos veinte.

ELISA

Gracias. Oye tú, tráeme un poco de aguardiente.

MOZO

Déjese en paz. No la sirvo.

ELISA

¡Mira que eres!... Si yo te pagaré todo...

MOZO

Aguardiente no la sirvo; pa que luego se duerma aquí.

ELISA

Te lo pido por favor, hombre.

MOZO

¡Que no, ea!

HOMBRE 1.°

Vamos, sírvela, hombre. ¡Pobre mujer! Yo la convido... ¡Eh!... Está usted convidada.

ELISA

Gracias, muchas gracias.

HOMBRE 2.°

Por supuesto, al Getafe no le tenemos que decir nada de esto.

MUJER 1.ª

Quítate; ni palabra.

HOMBRE 2.°

No faltará quien le dé el soplo.

MUJER 2.ª

Como si no; como se ha portao tan decente...

MOZO

Ya, ya se ha dormido. ¡Qué tía pelma!

MUJER 1.ª

Déjala en paz, hombre; a nadie estorba. *(Entra la portera, muy arrebujada en un mantón.)*

MOZO

¿Qué busca usted aquí, señora?

PORTERA

¡Ah, ya la veo! ¡Anda, cómo duerme!

MOZO

¿La conoce usted?

PORTERA

Soy la portera de la casa ande vivía hasta hoy, que han tenido que echarla. Desde esta tarde la ando buscando. Por fin me dieron razón que venía aquí las más de las noches. Hágase usté cargo. Este anochecido llegó una carta; debe de ser cosa de interés, porque la ha traído un lacayo de librea que no ha querido dejarla, y después ha vuelto y ahí está, que dice que tié orden de buscarla ande estuviera, y entregarle la carta en persona, que a la cuenta trae dinero dentro... Hágase usté cargo; el maná pa la pobre señora, que ande usté la ve es una señora... Cosas de la vida. ¡Eh, doña Elisa!

ELISA

¿Qué? ¿Quién es?

PORTERA

Yo, señora; yo soy... Espere usted. ¡Eh! *(Llamando a la puerta.) (Entra un criado de casaca.)* Aquí está doña Elisa.

MUJER 1.ª

¿Habóis oído? ¡Doña Elisa!

MUJER 2.ª

¡Anda, un criado de casa grande!

CRIADO

¿Doña Elisa, es ésta?

PORTERA

Sí, señor, ésta es.

CRIADO

Bueno, sí puede ser..., por lo que me han dicho...

PORTERA

Cuando yo se lo digo a usté...

ELISA

¿Qué es?... ¿Qué me trae usted?...

PORTERA

Esta carta, que no sé por qué me parece que va a sacarla a usté de apuros.

CRIADO

Si me hace el favor de firmar el sobre...

ELISA

¿Qué dice?

PORTERA

Que firme usté en el sobre, pa que sepan de cómo lo ha recibido usté.

ELISA

¿Qué es esto?

PORTERA

¡Digo!

MUJER 1.ª

¿Estáis viendo?

HOMBRE 1.º

Son billetes...

ELISA

¿Qué es esto?... ¿Nada más que esto?...

PORTERA

¿Le parece a usté poco?

ELISA

El dinero no...; es mucho..., es demasiado. ¿Para qué lo quiero?... Sólo el sobre, es su letra..., y dinero, dinero..., nada más, nada más. *(Se cae muerta.)*

PORTERA

¿Qué le pasa? ¡Doña Elisa! ¡Señora!...

MOZO

¿Qué es?

MUJER 1.ª

¿Qué le ha pasao?

PORTERA

Que se ha privao...

MUJER 2.ª

Estará muerta de necesidá... Tráele café.

PORTERA

¡Eh!... ¡Señora!... Si yo creo que está muerta...

MOZO

A ver...

MUJER 1.ª

No te acerques... *(Entra el dueño del cafetín.)*

AMO

¿Qué pasa?

MOZO

Ya ve usté, que se ha caído redonda... ¡Eh, buena mujer!...

AMO

Si no la dejarais entrar... Os lo tengo dicho...

A ver, avisa corriendo, que venga un guardia. Yo creo que está muerta.

PORTERA

Pa mí que sí lo está... Está fría. Sí, está muerta, está muerta.

MUJER 1.ª

¡Jesús! Vamos de aquí corriendo.

MUJER 2.ª

Vamos, vamos...

AMO

No se mueva nadie de aquí. ¿No ven que pa todos es un compromiso?... Y ese dinero que no lo toque nadie... A ver... Cierra la puerta.

HOMBRE 1.º

Pero oiga usté, que nosotros no tenemos por qué estar aquí.

MUJER 1.ª

Que no queremos ver nada con la Justicia.

AMO

Ustedes no se mueven.

MUJER 2.ª

Pero ¿está muerta?

PORTERA

Y tan muerta.

AMO

¿Y usté la conoce?...

PORTERA

¡No tengo de conocerla!... Era una señora, toda una señora.

CRIADO

Había lucido mucho en Madrid. Esa carta que he traído con ese dinero, me la dió esta tarde en el Casino un señor que ha debido de ser su amigo en otros tiempos.

MUJER 2.ª

¡Mira ánde ha venido a morir la pobre!

CRIADO

¡Cuando le diga lo que ha pasado!... Y ese dinero, ¿qué va a hacerse con ese dinero?

AMO

De aquí no sale nadie, ni ese dinero lo toca nadie... Tién que venir los guardias, tié que venir el juez... ¡Menudo trastorno me va a traer a mí la tía ésta!

PORTERA

¡Hombre, respete usté la muerte tan siquiera!

AMO

Podía haberse ido a morir en mitá la calle.

MUJER 1.ª

Pa no molestarle a usté, ¿verdá?

CRIADO

¡Sí que he hecho un encargo!

MUJER 2.ª

A todos nos ha fastidiao, pero más ha perdío ella.

PORTERA

Ella, no; ella descansa, que bien tié pasao... ¡Pobre doña Elisa! Ya les digo a ustedes: era una señora, pero muy señora... ¡Dios la haiga perdonao!

FIN DE LA OBRA

UNA POBRE MUJER

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa, de Madrid, en la noche del 3 de abril de 1920.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FERMINA.....	SRA. GUERRERO.
CARMEN.....	» DÍAZ DE ARTIGAS.
LA SEÑORA.....	» SALVADOR.
SEÑORITA 1.ª.....	SRTA. HERMOSA.
SEÑORITA 2.ª.....	» GUERRERO LÓPEZ.
LA SEÑÁ JULIA.....	SRA. TORRES.
PETRA.....	SRTA. PACELLO.
VECINA 1.ª.....	SRA. MILLANES.
VECINA 2.ª.....	SRTA. TOLDOS.
VECINA 3.ª.....	» FERNÁNDEZ.
VECINA 4.ª.....	» PINO.
RICARDO.....	SR. GONZÁLEZ MARÍN.
EL SEÑOR.....	» JUSTE.
EL MÉDICO.....	» CIRERA.

UNA POBRE MUJER

ACTO PRIMERO

Gabinete en una casa modesta de clase media.

ESCENA I

SEÑORA, SEÑORITA 1.ª y SEÑORITA 2.ª

SEÑORA

¡Dichosas criadas! ¡Dichoso servicio! Toda la mañana oyendo llorar a esa mujer.

SEÑORITA 1.ª

¿Pero no se ha ido todavía?

SEÑORITA 2.ª

¿Qué quiere? ¿Hacernos creer que no ha sido ella?

SEÑORA

¿Y si no hubiera sido?

SEÑORITA 1.ª

No te quepa duda.

SEÑORA

Sí, todo es para creerlo... Sisaba sin tino; se ha estado llevando el carbón, el azúcar, las patatas, el aceite; desde que entró en casa, el pedido de la tienda no ha llegado nunca a fin de mes. Un escándalo. Pero esto de ahora..., ya no sé qué pensar. Ella jura y perjura que no ha sido ella.

SEÑORITA 1.ª

¿Qué va a decir? También eres tonta.

SEÑORITA 2.ª

La que es ladrona es ladrona de todo.

SEÑORA

Es que a mí no me cabe en la cabeza que se pueda fingir de esa manera... Llora de un modo...

SEÑORITA 1.ª

Pamemas; esa gente tiene las lágrimas en el bolsillo. Cuando papá echó de menos el alfiler, no estaba en casa nadie más que ella; y aunque hubiera estado la Petra, de Petra no tenemos motivos para sospechar.

SEÑORA

De ningún modo: en cuatro años que lleva en casa, no nos ha faltado un alfiler. Conocemos a su familia, que es una buena gente, honrada y trabajadora; no como ésta, que no sabemos de

dónde ha venido... Los informes del de la tienda, y que tenía cara de infeliz.

SEÑORITA 1.ª

La cara del que quiere inspirar confianza.

SEÑORA

Y modosa y callada era, eso sí.

SEÑORITA 2.ª

Naturalmente; para engañar mejor.

SEÑORA

Es que también yo pienso..., como vuestro padre es tan distraído, si se habrá dejado el alfiler en cualquier parte y no se acordará.

SEÑORITA 1.ª

Pero si sabes que lo tuvo puesto toda la mañana y no salió de casa. Se lo quitó para mudarse de traje. Salió un momento del cuarto y cuando volvió ya no estaba el alfiler, y vió que la Fermina salía del gabinete muy atropellada. ¿A qué tenía ella que entrar en el gabinete?

SEÑORA

Eso es verdad. ¿A qué tenía ella que entrar en el gabinete? No, si yo estoy persuadida de que ha sido ella; pero la veo llorar y la oigo decir unas cosas, que aunque fuera una de piedra... El disgusto que yo tengo no lo vale ella ni treinta como ella. ¡Jesús, Jesús; calentura me ha dado!

SEÑORITA 1.ª

Vaya, mamá, que no es para tanto.

SEÑORA

Es que vendrá otra y será peor. Si por algo yo no he querido tener nunca más que una muchacha...; con la Petra sólo estábamos tan ricamente; os empeñasteis en que trajera otra para la cocina, y ya estáis viendo...

SEÑORITA 2.ª

La Petra sola no podía atender a todo; era una vergüenza que tuviéramos nosotras hasta que abrir la puerta.

SEÑORITA 1.ª

Y que tú tuvieras que planchar la ropa muchas semanas.

SEÑORITA 2.ª

Y que la Petra, para lo que menos sirve es para la cocina.

SEÑORITA 1.ª

La mitad de los días nos dejaba sin comer. Ésta, en cambio, era muy dispuesta.

SEÑORA

La de siempre, hijas: la que sabe su obligación es una ladrona; la que es fiel no sabe hacer nada. Es un castigo...

ESCENA II

DICHAS y PETRA

PETRA

Señora... ¿Da la señora su permiso?

SEÑORA

¿Qué hay, Petra?

PETRA

La Fermina, que no quiere irse sin que la señora le mire el baúl.

SEÑORA

¡Qué tontería! ¡Ahora voy yo a registrarle el baúl! ¡Si se llevase algo iba a llevárselo en el baúl y a decirme que lo mirara! Que se vaya bendita de Dios cuanto antes; que no quiero ni verla. ¿Qué dice todavía?

PETRA

Que no ha sido ella y que no ha sido ella, y llorar y llorar. No hay quien la saque de ahí. Mire la señora, yo ya empiezo a dudar. Más que yo la he dicho: Mira, mujer, que si ha sido una mala tentación, que todos podemos tener y nadie estamos libres, es mejor que lo digas y te declares, que ya ves que los señores no han de dar parte a la Justicia, ni ya puede sucederte más que perder la casa, y siquiera verían que estás

arrepentida. Y ella, que no tiene que arrepentirse de nada, y que por la gloria de su madre, y que se quede muerta aquí mismo si ha sido ella...

SEÑORITA 1.ª

¡Qué ordinarieces!

SEÑORA

Esos juramentos de palabrotas es lo que menos me convence. ¿Tú has preguntado en la tienda lo que te dije?

PETRA

Sí, señora; ya me han enterado de todo. No está casada ni tiene que ver con ningún hombre. Lo que sí tiene es una hija; ya es una mujer, que ésa sí vive con un hombre.

SEÑORA

¡Ya se ve!; y a casa de la hija iría a parar todo lo que nos robaba; no podía ser otra cosa. Y el de la tienda lo sabía y no dijo nada; ¡sí que es portarse!...

PETRA

Dice que él creyó siempre que era una buena mujer; que en otras casas se había portado muy bien, fuera de la sisa, que ya se sabe que no tiene importancia, y en muchas casas ni se enteran las señoras.

SEÑORA

¡Buenas estarán esas casas!...

PETRA

Y dice el de la tienda que ella le pidió por Dios que no dijera nada de que tenía una hija; porque cuando las señoras saben que las criadas tienen hijos no quieren tomarlas, por eso, porque saben que van a llevarse todo lo que puedan. Por un hijo se hacen muchas cosas que no se harían por nadie más en el mundo.

SEÑORA

Por esa consideración ha podido llevarse hasta los clavos o hemos podido amanecer degollados el mejor día. Y esa hija, por supuesto, será de contrabando...

PETRA

Una desgracia que tuvo de recién llegada a Madrid.

SEÑORA

Todo es desgracia; falta de conducta y poca vergüenza. Está bien; que se vaya y que no se moleste en mandar a pedir aquí informes. Vaya bendita de Dios, y que no vaya contando por ahí lo que ha sucedido como a ella se le antoje, para quedar en buen lugar. Sólo me faltaba saber lo de la hija y ese hombre que vive con ella, que sabe Dios qué clase de hombre será, para no tener duda de que ha sido ella.

ESCENA III

DICHAS y FERMINA

FERMINA

Pues no, señora; no he sido yo, no he sido yo; aunque lo crean ustedes y lo creyera todo el mundo, y dijeran que lo habían visto. Y Dios lo sabe y la Virgen Santísima y mi madre que está en la gloria... Yo no soy una ladrona; no lo soy, y yo quiero que venga la Justicia y registren toda la casa y lo registren todo...

SEÑORA

Sí, es posible que ahora pareciera...

FERMINA

Puede que también se creyeran ustedes, si parecía, que era yo la que lo había dejado en cualquier parte. Eso es. De modo que ya no hay quien me quite esa tacha: ladrona pa toda mi vida...; y ¿qué informes darán ustedes de mí? Y como esto ha de saberse, ¿ánde me acomodo yo ahora? Y ¿qué será de mí? ¿Ánde voy yo? Ladrona pa toda mi vida..., y no hay más que tendré que serlo. ¡Madre mía! ¡Virgen Santísima!... Era lo que me quedaba pasar; como si no tuviera pasado bastante toda mi vida.

SEÑORA

¿Quiere usted callar?

FERMINA

Eso es, callar... Es ley de Dios que la acumulen a una lo que no ha sido, y que tenga una que callarse... No puedo callar; ya sé que no me sirve de nada; pero cien años había de vivir, y hasta la hora de la muerte estaría diciendo lo mismo. No he sido yo, no he sido yo, creánlo o no lo crean...

PETRA

¡Vamos, mujer!...

FERMINA

Sí, ya me voy; pero es muy triste que ustedes se queden creyendo lo que no ha sido, y que una no pueda probar que está una bien inocente, y que Dios no haga un milagro pa que ustedes se convencieran, y que nadie sepa lo que yo estoy pasando; que si no fuera por lo que es, ya me hubiera tirao por un balcón cabeza abajo pa acabar de una vez; eso, pa acabar de una vez...; ya me voy, y ustedes perdonen, y así quiera Dios que algún día se convenzan ustedes que la Fermina no es una ladrona; no, no lo es...

SEÑORA

Mire usted, Fermina, prescindamos de esto de ahora. El alfiler ha desaparecido, pero nadie ha dicho que usted se lo haya llevado...

FERMINA

Sabré yo, sin decírmelo, que todos han pensado que no podía haber sido otra que yo...; y no

es que yo diga que haya sido nadie, y ya sé que ustedes no podían pensar de ninguna otra más que de mí...

SEÑORA

Yo soy la primera en creer que mi marido puede haberlo perdido en cualquier parte...; que parecerá el mejor día; pero no es esto sólo, Fermina. Antes de esto, usted sabe que hemos pasado por muchas cosas. Y ya entró usted en la casa engañando. Dijo usted que no tenía familia, que no tenía usted a nadie, y ya sabemos que no es así, que tiene usted una hija.

FERMINA

Y qué más quisiera yo que no engañar a nadie y llevar siempre la verdad por delante ande quiera que fuese; que es no vivir cuando se sabe que tarde o temprano tié que saberse. Pero comprenda la señora que a las señoras no les parece bien que una tenga hijos, y si una lo dice, pues no encuentra una ande acomodarse, como no sea una casa de mala muerte, como ya me tiene sucedido, que es pasar el calvario. Sí, señora, es verdad: tengo una hija; y crea la señora que más de cuatro cosas que la señora haya podido notar, no es que sea mi condición; y sabe la señora que no ha sido siempre. Es que en casa de mi hija ya falta todo, a más de estar ella enferma, que no puede trabajar, y su marido, que también lleva dos meses parado y con una niña de cuatro meses... Hágase usted cargo...

SEÑORA

Su hija de usted, ¿es casada?

FERMINA

Casada talmente, no, señora; pero talmente como si lo estuviera, que va pa tres años que vive con un hombre.

SEÑORA

Para ustedes todo es lo mismo. ¿Y a usted le parece que ese modo de vivir es decente?

FERMINA

Ya lo sé, señora, ya lo sé; y si por mí fuera... Pero ¿qué iba yo a hacerle? Dichosos ustedes los señores, que pueden vivir como Dios manda.

SEÑORA

Todo el mundo puede vivir como Dios manda; eso no cuesta dinero.

FERMINA

¡Ay!, sí, señora, que cuesta: que pa los pobres todo es caro... ¡Hay tantas cosas que no son pa uno!...

SEÑORA

Bien está. Y si usted tenía que atender a su hija, ¿por qué no decirlo? ¿Cree usted que no se la hubiera ayudado? Todo antes que esas raterías.

FERMINA

Tiene usted razón, sí, señora; pero si es que está una tan acobardada, tiene una miedo de contar lástimas, de pedir..., de todo... Ya sé que he hecho muy mal y que por unas cosas han podido ustedes creerse que es una capaz de otras peores. Y eso no, eso no; eso es lo que yo no quiero que ustedes se crean, que yo no soy una ladrona... ¡Ay, madre! Cuándo acabará una, que muchas veces me pongo a cavilar y no hago más que decirme: ¿Pa qué quieres tú estar en el mundo, Fermina? ¿Pa qué quieres tú vivir?... Y me dejaría morir de hambre en un rincón o me quitaría de en medio de cualquier modo pa acabar de una vez, que no acabará una nunca...; y perdone la señora, que, aparte lo que ustedes se crean, yo nada malo puedo decir de la casa, que tampoco ustedes tien la culpa; es mi sino, que ande quiera que yo vaya tié que ir mi desgracia... Ustedes perdonen, y que yo no soy una ladrona...

SEÑORA

Vaya con Dios, mujer, vaya con Dios...

PETRA

¡Vamos, Fermina, vamos!...

FERMINA

Y ¿ánde iré yo ahora?, ¿ánde iré yo ahora? *(Salen Fermina y Petra.)*

ESCENA IV

SEÑORA, SEÑORITA 1.ª y SEÑORITA 2.ª

SEÑORA

¡Qué vida ésta!

SEÑORITA 1.ª

Vaya, mamá, que tomas las cosas de una manera...

SEÑORA

Hija mía, ¿qué sabemos nadie lo que puede ser de nosotros?

SEÑORITA 2.ª

Lo peor es que ahora no vas a decidirte a tomar otra muchacha.

SEÑORA

Sí, hijas mías, por no oíros. Ya le he dicho a la Petra que dé el encargo.

ESCENA V

DICHAS y PETRA

PETRA

Ya se ha ido, señora. En medio de todo me da mucha lástima. Yo creo que es una pobre mujer. La hija y el hombre que vive con ella son los que deben de tener la culpa; el hombre debe de

ser un holgazán y un sinvergüenza, por lo que ella se ha dejado decir... Deben tenerla sacrificada.

SEÑORA

Es posible; pero no es razón para que una lo pague. ¿Qué sabemos adónde hubieran llegado las cosas? ¿Has dado el encargo de que nos manden otra muchacha?

PETRA

Sí, señora; ya me han dado razón de una de mucha confianza; pero no saben si ya se habrá acomodado.

SEÑORA

No será cosa del de la tienda. No volveré a fiarme de él para nada.

PETRA

No, señora; ésta es conocida de la portera del 32, que es una buena mujer, y esta muchacha ha servido en el segundo de la casa y no salió por nada malo; fué que tuvo un disgusto con el ama que estaba criando a un niño, y, ya se ve, como el ama estaba criando al niño, pues no podían despedirla, y se despidió esta muchacha, que los señores lo sintieron mucho, porque dice que estaban contentísimos con ella.

SEÑORA

Pues nada, si no se ha acomodado, que venga. Y tú no nos descuides el almuerzo; a ver si se te ha olvidado lo poco que sabías.

PETRA

Yo creo que no, señora... El señor. *(Sale Petra.)*

ESCENA VI

DICHAS y el SEÑOR

SEÑOR

¿Almorzaremos pronto? Tengo mucha prisa.

SEÑORA

Pues no lo sé, porque estamos sólo con la Petra. La Fermina se ha despedido, mejor dicho, he tenido que despedirla.

SEÑOR

¡Vaya por Dios!...

SEÑORA

No cabe duda que el alfiler se lo ha llevado ella.

SEÑOR

¿El alfiler? Se me olvidó decíroslo esta mañana antes de irme a la oficina... El alfiler ha parecido...

TODAS

¿Eh?...

SEÑOR

Aquí está.

SEÑORA

Te lo habrías dejado en cualquier parte... Eres tan distraído...

SEÑOR

Pues no sé... Me lo he encontrado prendido en la solapa de la americana que me quité y que había guardado en el ropero. Yo no sé si al quitármelo de la corbata, por que no se perdiera, lo prendería yo mismo, y después no volví a acordarme..., o si, en efecto, la muchacha lo habría cogido, y después, por miedo o por vergüenza, no se le ha ocurrido otra cosa que dejarlo allí...; como el ropero está siempre abierto... Yo, la verdad, no aseguraría una cosa ni otra...

SEÑORITA 1.ª

Ha sido ella. ¿Qué duda cabe? Si hubieras sido tú, te acordarías.

SEÑOR

Yo, la verdad, no recuerdo que se me haya ocurrido nunca prenderme el alfiler en la solapa de la americana... Puede que el otro día, sin darme cuenta... Yo me acordaré..., recapacitando...

SEÑORA

Lo principal es que haya parecido. De todos modos, había que despedir a esa mujer... Y después de lo que hemos averiguado... Así arramblaba con todo... y era un sisar sin tino... Figúrate: tiene una hija, una hija que vive con un

hombre... Y a casa de la hija iría a parar todo... Y el alfiler porque no se ha atrevido, al verse descubierta, y que no se podía sospechar de nadie más que de ella...

SEÑOR

Mira, ahora que recuerdo..., recapacitando todo lo que hice..., el alfiler, no...; fuí yo, sí; me acuerdo que iba a dejarlo prendido en la corbata, y luego vi que la corbata estaba muy rozada, y fuí a buscar otra, y dejé prendido el alfiler en la solapa de la americana, sin acordarme que también iba a ponerme otra americana... Sí; ahora me acuerdo perfectamente... Bien está que la hayas despedido si te sisaba y se llevaba todo lo que podía...; pero el alfiler, no; no ha sido ella. ¡Pobre mujer!... No estaría mal que la llamaras y se lo dijeras.

SEÑORA

No es cosa de dar explicaciones a una criada; encima se nos insolentaría.

SEÑOR

Eso sí.

SEÑORITA 1.ª

Además de que tú mismo no estás seguro de que haya sido como dices. ¿A que no estás seguro?

SEÑORITA 2.ª

Es que a ti no te gusta pensar mal de nadie.

SEÑOR

Puede que sea eso. Como seguro, no estoy muy seguro. Pero con tal de no ver a vuestra madre preocupada... Bueno, a ver si almorzamos, que tengo mucha prisa.

SEÑORITA 1.ª

¿Lo ves como no podemos estar sólo con una muchacha?

SEÑORA

¡Ya!... Como vosotras no tenéis que lidiar con ellas... ¡Dichosas criadas!... ¡Dichoso servicio!...

SEÑOR

Pero, mujer, ya sabemos que es un problema; pero no es para que le concedas tanta importancia. *(Entra Petra.)*

PETRA

Cuando ustedes gusten; ya está el almuerzo.

SEÑOR

Vamos allá, vamos allá.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en una casa muy pobre.

ESCENA I

FERMINA y CARMEN

CARMEN

No trajine usted tanto, madre.

FERMINA

Si estaba todo que era un asco...

CARMEN

¡Qué quiere usted..., yo no estoy para trabajar!

FERMINA

Ya lo veo. Hija, parece que te quitan la carne a pedazos. ¡Hija de mis entrañas!... ¿Y la niña?

CARMEN

Dormidita está.

FERMINA

¡Angelón!... Yo no sé cómo puedes criarla.

CARMEN

Pues ya ve usted, se cría..., y muy hermosa.

FERMINA

Sí, se cría... ¡Como nada bueno la espera en este mundo!...

CARMEN

¿Qué sabemos? Todo no ha de ser malo.

FERMINA

En que tú no puedas faltarla es lo que has de pensar... Que su padre..., ¡como no tuviera en el mundo más que a su padre!... Y yo..., ¿ánde estaré yo cuando ella sea una moza?

CARMEN

Más ha de vivir usted que yo, madre.

FERMINA

No lo querrá Dios, si aun tengo que pasar más de lo que tengo pasao..., que así será hasta que me muera. Tú eres la que tiés que cuidarte mucho, que da miedo de verte, hija. ¡Y qué!, ¿cuándo viene ese hombre? ¿No ha escrito nada? ¿No sabes de él?

CARMEN

Ya le dije a usted que había ido a buscar trabajo; que escribiría; que volvería pronto...

FERMINA

Qué escribiría..., que volvería pronto... Me paece a mí que tú me callas algo...

CARMEN

No, madre. ¿Qué le iba yo a callar a usted?

FERMINA

Me paece que ése se ha ido pa no volver..., o pa volver cuando no le quede otro remedio; pa vivir a tu costa. ¡Como si tú estuvieas pa trabajar y él no lo viera!... Ése siempre será lo que ha sido...: un sinvergüenza, un chulo... ¡En qué mala hora te fuiste a encaprichar!...

CARMEN

Usted sabe que antes no era así.

FERMINA

Siempre ha sido lo mismo. Di que a las mujeres nos ponen una venda elante los ojos..., y que yo no estaba contigo; que de estar yo a tu lao... Bueno, hija; yo voy a salir, a ver qué me dicen de esa casa de que me han hablao... Si no me acomodo en estos días... ¡no quiero pensarlo!... ¡Ay, qué vida! De camino traeré pa la cena. ¿Qué quiés, hija?

CARMEN

¿Qué he de querer?

FERMINA

Es verdad. ¿Qué has de querer? Lo que se pueda, y gracias. ¡Pobres de los pobres! Con lo que sobrará en otras casas... Hasta luego, hija. Miá qué cara... Quien te ha visto como una rosa... No había penas pa mí, sólo con mirarte a la cara... Y ahora... Queda con Dios. *(Sale.)*

ESCENA II

CARMEN y después la SEÑÁ JULIA

JULIA

¿Hay permiso?

CARMEN

¿Quién es?... ¡Ah!, la señá Julia...

JULIA

Servidora. Muy buenas tardes.

CARMEN

¿Qué le trae a usted por aquí?... Por más que debo figurármelo... A nada bueno vendrá usted.

JULIA

Eso depende de la conformidad. Si a mal se toma, a malo vengo. La intención no es ésa.

CARMEN

Sí, que usted ha tenido siempre buenas intenciones conmigo...

JULIA

Si a intenciones fuéramos y sacamos a relucir historias, usted dirá quién es aquí la más agraviada. Yo de paz vengo; si usted quiere que riñamos...

CARMEN

¿Pa qué hemos de reñir? Bueno está todo. Eso era cuando a mí podía importarme de usted y de él; que hoy me importa menos que usted, que es importarme poco... Ya ve usted, con ser el padre de mi hija, a lo que habrá dao lugar pa que yo pueda decirlo así, muy alto, que no se me importa de él nada, que ya puede tirar por ande quiera..., con tal de no verle más ni saber más de él nunca...

JULIA

Sí; eso dice usted siempre, y hasta puede que usted se lo crea al decirlo; pero después bien va usted a llorarle y a llorarnos a todos pa que vuelva con usted a llevar la vida que han llevao ustedes desde que hizo usted todo lo que puede hacer una mujer pa ser la ruina de un hombre y su desgracia pa toda la vida.

CARMEN

Yo, ¿verdad? Parece mentira que usted diga eso, que nadie puede decirlo más que usted.

JULIA

Diga usted si no tengo razón. Una criatura que podía estar como un rey, sin faltarle nada...

CARMEN

Con usted, ¿verdad? Sin faltarle nada más que la vergüenza a él y a usted en todo caso, y más que a usted a su marido, que si hubiea tenido vergüenza ha debido matarles a ustedes, a usted sobre todo...

JULIA

Deje usted en paz a los muertos, señora; y de los que vivimos no hable usted por lo que a usted y a su madre se les haya puesto a ustedes en la cabeza el creerse; que ustedes, y nada más que ustedes, son las que lo han ido propalando.

CARMEN

Nosotras, ¿verdad? Si no lo dice nadie más que nosotras; si no lo cree nadie; si no lo ha visto todo el mundo... Bueno, en resumidas cuentas, ¿a qué ha venido usted? A decirme que Ricardo está en su casa de usted, ¿no es eso?

JULIA

Ande se ha criao, de ande no debió salir nunca.

CARMEN

Eso sí. ¡Ojalá y nunca hubiera salido, que no me vería yo como me veo!...

JULIA

Sí, que usted ha sido la única perdidosa... Y él, ¿qué ha hecho usted de él? Un muchacho honrado y trabajador como era él, y limpio y curioso

que daba gloria de verle... Y ahora, un vago, un desastrao, que paece que tiene cincuenta años...

CARMEN

Así no será tanta la risión cuando vayan ustedes de bracero.

JULIA

Las veces que nos habrá visto así nadie... Ricardo, todo el mundo lo sabe, ha sido en mi casa como un hijo; ¿se entera usted? Mi marido y yo le recogimos de chiquito... ¿Usted cree que si a mí se me hubiea importao de él como usted se figura iba a ver salido de mi casa por una mujer como usted? Por mí, él lo sabe, ni aconsejarle, pa que nadie tuviea que decir la menor cosa... Sentirlo, sí, porque ya sabía yo lo que tenía que sucederle... Y si no hubiea sido por una, usted sabe si muchos días se hubiea comido en esta casa...

CARMEN

¿Por usted? Antes me hubiea yo dejao morir de hambre que llevarme a la boca un pedazo de pan que yo hubiea sabido que por usted entraba en esta casa.

JULIA

Pues no lo habrá usted sabido o no habrá querido saberlo... ¿Usted se cree que en todo el invierno ha trabajao Ricardo un solo día?...

CARMEN

Él decía que sí.

JULIA

Y usted se lo ha creído. El jornal no faltaba nunca, claro está, y llegaba pa todo. ¡No era mal jornal! Ahí tié usted. Si no tié usted nada que agradecerme...

CARMEN

Pa morirse una de vergüenza.

JULIA

No se ponga usted así. No es que yo lo eche en cara. Eso es pa que usted vea, y como usted su madre, que si fuera lo que ustedes han dao en figurarse, de dónde iba yo a haber tenido la santa cachaza de favorecerles a ustedes en lo que yo podía pa que no llegara este caso, que si ahora ha llegao no ha sido por mi culpa; es que él ya está harto, que no puede más: ¿usted se entera? Y así ha venido a decírmelo. Y aunque usted no lo crea, yo he sido la primera en decirle que siempre tendrá la obligación de ayudarla a usted y de mantener a su hija... Y a eso vengo, y de paso a que me dé usted la ropa que se ha dejao y los papeles; y si no ha venido él en persona, como yo le he dicho que debía venir, ha sido por que no tengan ustedes un disgusto. Ahora, si usted quiere tenerlo conmigo, yo, sin oírle a usted más palabra, por donde he entrao salgo, y allá ustedes.

CARMEN

Pues dígale usted, y sépalo usted también, que yo no quiero nada, ni necesito nada, ni de él ni de usted, aunque me muera de hambre, y mi hija

también; que más vale morirse de hambre que de vergüenza.

JULIA

¡A qué hora va usted a acordarse de la vergüenza!...

CARMEN

Más que usted, siempre; que yo no he engañao a nadie, como usted a su marido.

JULIA

No tome usted en boca a mi marido, señora... Y vamos a dejarlo. ¿Me da usted la ropa y los papeles?

CARMEN

Que venga él, si quiere...

JULIA

¿Lo ve usted?... Que venga, pa engatusarle una vez más...

CARMEN

Pa que me oiga todo lo que tengo que decirle.

JULIA

Y oír usted otro tanto... Bien está; yo me tengo la culpa... ¡Con Dios, señora! *(Entra Fermina.)*

ESCENA III

DICHAS y FERMINA

FERMINA

La señá Julia...

JULIA

Ya me iba y ya me voy. Ahí tié usted a su hija, que ya podía usted aconsejarla con más juicio...

FERMINA

¿A qué ha venido usted? ¿Qué ha traído aquí esta mujer, que te veo llorando?

JULIA

No tengo que darle a usted explicaciones... ¡Queden con Dios! *(Sale.)*

ESCENA IV

FERMINA y CARMEN

FERMINA

Ya sabía yo que tú me callabas algo. Ni Ricardo estaba de viaje, ni ese es el camino. Ricardo te ha dejao; Ricardo ha vuelto con esa mujer. No podía ser otra cosa. Ahora se ha quedao viuda; ya está libre pa casarse con él o vivir como quieran. Ella tié dinero, tié la tienda que le ha dejao su marido. Y Ricardo..., ya sabes..., ya debes de conocerle...

CARMEN

Pues eso no; eso no pué ser. Elante esa mujer he disimulao y he dicho que nada me importaba...; pero no se lo lleva; eso no. No me deja a mí y a su hija así como así, como si nada sinificá-

ramos pa él en el mundo... Antes lo mato; ése se acuerda de mí...; lo mato.

FERMINA

Calla, hija; no digas locuras. Lo mejor que puedes hacer es dejarlo.

CARMEN

¿Dejarlo? Pa que se rían de mí, ¿verdad? ¡Dejarlo!... ¿Y qué será de mi hija?... ¿Y si yo me muero?... ¡No quiero pensarlo!... ¿Qué será de mi hija?... Y yo me muero pronto, madre; yo estoy muy mala; nadie sabe lo mala que yo estoy; si no puedo tirar de mi cuerpo...

FERMINA

Y con todo esto te acabarás antes. ¡Válgame Dios! Pensar en ti, en ti nada más y en tu hija; eso es lo que tiés que mirar, y cuidarte mucho y ponerte buena, que yo trabajaré, yo... ¿Yo?... ¡Pobre de mí! ¡Sí que estoy yo buena pa dar ánimos a nadie!... La casa de que me tenían hablao fuí a preguntar... Que ya habían tomao otra criada. Después he sabido que no era verdad. Es que habrán ido a tomar informes, que se habrán enterao... ¡Y siempre así! ¿Ánde me acomodo yo ahora? Y cada día me costará más. De otra casa me han hablao; pero ¡qué casa!... Claro, en ésa no reparan; no es gente pa reparar. Y yo tampoco debía de reparar; pero aún le da a una vergüenza de muchas cosas... Pero ¿qué otro remedio tendré? Mira, esto es todo lo que me queda..., y he salido tachá de ladrona...

CARMEN

La semana que entra ya podré volver al taller.

FERMINA

Sí que estás tú pa trabajar... Voy a ir arreglando la cena.

CARMEN

Pero... ¿qué ha traído usted, madre? ¿Pa qué tanta cosa?

FERMINA

¿Pa quién ha de ser? Pa ti, hija de mis entrañas. Pa mí, con un mendrugo de pan tendría bastante. *(Sale.)*

ESCENA V

CARMEN y a poco RICARDO

RICARDO

¡Hola!

CARMEN

¡Ah! ¿Eres tú? ¿Te has atrevido a venir? ¿Te han dicho que vinieras? No andarías muy lejos; te habías quedao a la puerta esperando... Podíais haber subido juntos; ya qué más da.

RICARDO

No has querido dar la ropa, mis papeles, que los necesito.

CARMEN

Pa la boda...

RICARDO

Que no se te quite de la cabeza... Pero ¿de ánde habéis sacao tú y tu madre que haya tenido yo nunca que ver con la señá Julia, que ha sido pa mí una madre..., una madre, te digo?

CARMEN

Pa que sea mayor la desvergüenza. Pero si lo sabe todo el mundo; si yo he sido la última en saberlo y en poderlo creer...; y ¿es verdad lo que me ha dicho? Que todo este tiempo tú no has trabajao; que hemos estao viviendo a costa de ella...; que hasta esa vergüenza tenía yo que pasar.

RICARDO

Eso te probaría, en todo caso, que no hay nada de lo que te figuras.

CARMEN

Sí, eso dice ella también. Pero, entonces, ¿por qué te vas ahora con ella? ¿Por qué dejas a tu hija? Que de mí, no te digo nada; que ya sé lo que yo te importo. Pero ¡tu hija!... ¿Es que vas a abandonarla pa siempre? ¿Y cuando yo la falte..., que será muy pronto? ¿No ves cómo estoy?

RICARDO

Pero tú dirás. ¿Cómo vamos a vivir? ¿Cómo

quiés que vivamos?... Si yo no quiero que a ti te falte nada, y a tu hija, menos.

CARMEN

Y pa que no nos falte nada tiés que irte a vivir con esa mujer; y ¿crees tú que yo puedo admitir nada que venga de esa parte?

RICARDO

Pues tú dirás cómo vivimos, cómo se vive...

CARMEN

¡Cómo se vive, cómo se vive! ¡Maldita vida!

RICARDO

Yo he buscao trabajo, tú lo sabes.

CARMEN

Tú lo has dicho.

RICARDO

Tu madre no puede ayudarnos... No querrá, que ahora debe tener dinero...

CARMEN

Bastante ha hecho mi madre por mí, por nosotros.

RICARDO

A mí me han prometido una colocación pa el mes que viene... Pero mientras..., ¿tú crees que yo no estaría contigo? Si yo no quiero ni puedo

querer más que a ti; no te figures otra cosa. Pero... ¿cómo vivimos, cómo vivimos?

CARMEN

Yo puedo trabajar como antes; es poco el jornal; pero si dices que al mes que viene estarás colocao... Un mes pronto se pasa.

RICARDO

Es que yo necesitaba ahora algún dinero. Mira cómo ando; es una vergüenza. ¿Ánde se presenta uno así? Si tu madre quisiera ayudarnos...

CARMEN

Pero si yo no creo que mi madre tenga dinero...

RICARDO

¡Vamos! Yo sé por qué ha salido de la casa.

CARMEN

¡Eso no es verdad!

RICARDO

¿Qué va a decirte ella? A mí ya sé que no me quiere ni me puede ver... Pero si tú le hablas... Si yo no quiero dejarte. ¿Ánde voy a estar yo mejor que contigo?

CARMEN

Engañar, ya sabes.

RICARDO

Sé quererte. Di que las hemos pasao muy negras... Aquí está tu madre.

ESCENA VI

DICHOS Y FERMINA

RICARDO

¿Cómo está usted?

FERMINA

¿Has parecido ya? Yo creí que te habías ido pa no volver.

RICARDO

No sé por qué había usted de creérselo. Por mi gusto estaría aquí siempre; Carmen lo sabe.

FERMINA

Sí, ya lo sabemos todo.

RICARDO

Usted es la que parece que desea que yo no volviera nunca.

FERMINA

Pa lo que vienes... ¿Estás ya colocao?

RICARDO

Pa el mes que viene... Lo malo es hasta entonces...

FERMINA

Sí, hasta entonces tiés que irte allí a comer y a holgar... Hasta que te echen otra vez, y entonces vuelta aquí, a vivir a costa de esta pobre, que trabajará pa ti aunque se esté muriendo.

RICARDO

No me diga usted eso. ¿Ves tu madre?

CARMEN

No le diga usted nada, madre.

FERMINA

Está bien. Sólo con verle ya se te ha olvidao todo. Allá tú.

CARMEN

¡Madre!... Si usted pudiera hacer algo por nosotros...

FERMINA

¿Y qué puedo yo hacer? ¿Qué quieres tú que haga más de lo que ya tengo hecho?... Ya sabes todo lo que tengo...

RICARDO

Vamos, señá Fermina, que ahora bien sabemos que no es así.

FERMINA

¿Qué dices tú? ¿Qué te has creído de mí? Pero ¿oyes esto? ¿Y tú le consientes que lo diga?... A la cuenta cree que todo es verdad, que yo soy

una ladrona, y sobre ladrona que lo he robao pa mí, pa guardármelo yo, que sería ser dos veces ladrona... Y a eso has venido, a ver si yo tenía dinero... Ahí está todo lo que tengo; vuestro es, yo nada necesito... Eso es todo lo que yo he robao. ¿Tú te callas? Parece que sientes que no sea verdad... ¡Todo por este hombre! ¡Tu madre, qué importa!... Este hombre es pa ti antes que todo.

CARMEN

¡Calle usted, madre, calle usted!, que usted tié la culpa de más de cuatro cosas que a mí me pasan.

FERMINA

¡Ah! ¿Yo tengo la culpa? Es todo lo que tenía que oírte. Yo tengo la culpa porque no lo robo pa ti, pa que tú puedas tener a este hombre contigo. Es eso lo que tú quisieras, ¿verdad? Pero ¿es que no le conoces todavía?...

RICARDO

¿No quié usted callar, señora? Yo no necesito de usted pa nada... Usted quiere que yo deje a su hija; dejada está; pero luego que no me venga llorando.

CARMEN

¿Lo ve usted? Se va, me deja.

RICARDO

Tú verás. ¿Qué puedo yo hacer? Tu madre me insulta.

CARMEN

¡No te vayas! ¡Dígale usted que no se vaya, madre!

FERMINA

¿Quiés que se lo pida de rodillas? ¿Que me arrastre elante de él?... Ya lo oyes, no te vayas; yo trabajaré pa que tú no la dejes; lo robaré, si hace falta... Ya creéis vosotros que lo he robao... Lo cree mi hija... Y hace bien en creerlo; que ella sabe todo lo que yo he hecho por ella..., y así lo agradece; lo que yo no hubiera hecho nunca por mí, que las manos me hubiera abrasao antes, y como era pa ella, me parecía que no hacía nada malo... Pero no era bastante todavía; todavía quieres que yo sea ladrona del todo... Y tendré que serlo pa no tener que escuchar a mi hija que yo tengo la culpa de su desgracia.

CARMEN

¡Si no me hubiera usted traído a este mundo!...

FERMINA

Eso, eso; si no te hubiá traído a este mundo... Tiés razón pa decírmelo... Pero no me lo dirías si yo hubiera sido como otras, si te hubiá dejao morir o te hubiá echao a una Inclusa... Como no he vivido más que pa ti, como no tengo pasao todo lo que tengo pasao más que por ti, ahora puedes decirme eso: que por qué te he traído a este mundo... Tiés razón, tiés razón. ¿Pa qué me trajeron a mí y pa qué vivo yo?

CARMEN

No se ponga usted así, madre; no quiá usted volverme loca.

FERMINA

Dime tú si pué haber mayor tormento que éste, cuando una ha hecho todo lo que podía hacer por su hija, cuando una ha vivido sacrificá por ella, nada más que por ellá... Pa oírla decir a la postre: Usted tié la culpa de todo por haberme traído al mundo... Pero ¿tú crees que pué haber mayor castigo que éste? Mira que tú también tiés una hija, mira que tú también la has traído a este mundo... Mejor es que se te muera, mejor es que la dejes en medio del arroyo, si algún día tiés que oírla lo que he tenido que oírte... ¡No quiero que Dios te castigue! ¡No quiero que Dios te castigue!

CARMEN

¡Madre, madre, perdóneme usted, perdóneme usted! ¡Ay!

RICARDO

¿Qué le pasa?

FERMINA

¡Carmen, hija mía! ¿Qué es esto? ¡Se me muere! ¡Llama, que vengan! *(Sale Ricardo.)* ¡Hija de mi alma!... ¿No tengo de perdonarte? ¡Mírame, óyeme!... ¡Soy tu madre! Dime lo que quieras, todo lo que quieras... Aquí está Ricardo, y tu hija, miá tu hija... ¡Hija de mis entrañas! ¡Virgen Santísima,

que no se me muera!... ¡No puede morírseme! ¿Pa verla morir habré yo vivido como he vivido?... Si tiés razón, si tiés razón. ¿Pa qué te habré yo traído a este mundo? ¿Pa qué te habré yo traído a este mundo?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA I

VECINA 1.ª y VECINA 2.ª, sentadas. Entran VECINA 3.ª y VECINA 4.ª

VECINA 4.ª

Buenas tardes tengan ustedes.

VECINA 2.ª

Muy buenas tardes.

VECINA 1.ª

Ya están aquí estas mujerotas.

VECINA 2.ª

Calle usted... Bien mirado, no son más que unas desgraciadas.

VECINA 1.ª

Pero no es cosa de que tenga una que tratar con ellas.

VECINA 2.ª

Déjese usted... Ca uno es ca uno.

VECINA 4.ª

¿Cómo está?

VECINA 2.ª

Muy malita; acabando. Su madre no se separa de ella. Cinco días con sus cinco noches lleva sin desnudarse y sin tomar más que unos caldos que le hemos hecho tomar casi a la fuerza. Yo no sé cómo resiste... ¡Lo que no hace una madre!...

VECINA 4.ª

¿Podemos entrar?

VECINA 2.ª

Como ustedes quieran.

VECINA 4.ª

¿Entramos?...

VECINA 3.ª

Entraremos. Nada pué hacer una, pero que vean la voluntad. *(Entran las Vecinas 3.ª y 4.ª)*

VECINA 1.ª

Me parece que llora la niña... Voy a ver... *(Entra en otra habitación y a poco vuelve a salir.)*

VECINA 2.ª

Tendrá hambre. ¡Pobre criatura! ¿Qué será de ella sin su madre?

VECINA 1.ª

No, no llora... Está muy quietecita... y se ríe... *(Vuelven las Vecinas 3.ª y 4.ª)*

VECINA 4.ª

¡Qué pena da!

VECINA 3.ª

Ya no conoce a nadie. Tié cogidas las manos de su madre y no hace más que mirarla con los ojos muy fijos. ¡Qué ojos! Pa tenerlos clavaos su madre pa siempre mientras viva.

VECINA 4.ª

¡Y quién pudiera morirse así, junto a la madre de una!... Que una... ¡Dios sabe a quién podrá una tener a su lao..., si es que tié una a alguien!

VECINA 3.ª

En un santo hospital o en mitá la calle.

ESCENA II

DICHAS y el MÉDICO

VECINA 2.ª

Aquí está el Médico... Muy buenas tardes, señor.

MÉDICO

Buenas tardes. ¿Hay novedad?

VECINA 1.ª

Ninguna. Entre usted; su madre está con ella.

MÉDICO

Vamos a ver. *(Entra.)*

VECINA 4.ª

Parece un buen señor este médico.

VECINA 1.ª

Yo tengo tan poca fe en ningún médico...

VECINA 3.ª

Éste es muy bueno. Cuando yo estuve con la pulmonía, si no hubiera sido por él... Ya me daban por muerta. *(Salen Fermina y el Médico.)*

FERMINA

¿Cómo la encuentra usted?

MÉDICO

¿Qué voy a decirle? Ya lo sabe usted. No puede hacerse nada.

FERMINA

¡Se me muere! ¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!

MÉDICO

¡Vamos, mujer, si ya es lo mejor!...

FERMINA

Pero no puede una conformarse; no hay conformidad. Con lo que yo tengo pasao por esta hija..., pa verla morirse así... Y esa criatura que deja en el mundo...

MÉDICO

Vamos, mujer... Aun volveré esta noche. Hasta luego. Buenas tardes.

VECINA 3.ª

Señor doctor, ya no se acuerda usted...

MÉDICO

¡Hola! ¿Qué hacéis aquí vosotras, mocitas?

VECINA 3.ª

Ya lo ve usted; por si sirve una de algo.

MÉDICO

Está bien. Te veo muy buena.

VECINA 3.ª

Sí, señor; gracias a Dios y a usted.

MÉDICO

Quedad con Dios.

VECINA 1.ª

Muy buenas tardes, señor doctor.

FERMINA

Y muchas gracias, señor; muchas gracias, que es usted muy bueno.

MÉDICO

¡Bah! Hasta la noche. *(Sale.)*

FERMINA

¿Y la niña? No quisiera verla.

VECINA 2.ª

Nosotras cuidamos de ella. No le pasa nada.

FERMINA

¿Qué será de esa criatura?

VECINA 4.ª

Usted tié que vivir pa ella.

FERMINA

¿Y qué puedo yo vivir? ¿Y de qué puedo yo servirla? Si no la he servido yo a mi hija... ¡Y ese hombre, ese mal hombre, que sabe que se está muriendo y no es pa venir a verla!... ¡Y es él quien la ha matao, ha sido él!...

VECINA 3.ª

No se atormente usted, Fermina; no piense usted ya en nada. Nada tié remedio, más que el que usted ponga. En su hija ya no tié usted que pensar. Al fin ella se quita de todo lo de este mundo,

y descansará la pobre, que bien tié pasao con su enfermedá... Y usted, ya lo sabe, viene usted a nuestra casa; allí puede usted tener a la niña; en otra parte no se lo consentirían; pero allí todas seremos a cuidarla y todas seremos a quererla... Ya verá usted... ¿Y ánde iba usted a dejarla si no, y cómo iba usted a pagar a cualquiera que quiera usted dejársela?...

FERMINA

Sí, sí; allá iremos...; trabajar, en ninguna parte es deshonra... Allá iremos y será la única parte en que haya caridá pa mí y pa esa criatura... Voy con mi hija; aunque ya nada siente, aunque ya ni me ve tan siquiera, no quiero dejarla... hasta lo último. *(Entra.)*

VECINA 2.ª

Hay que desengañarse; no hay como una madre en el mundo.

VECINA 3.ª

Cuando es una buena madre; que hay otras...

VECINA 4.ª

Yo no me acuerdo de la mía. Se murió siendo yo una chiquilla.

VECINA 3.ª

Yo de la mía sí me acuerdo... Más valía no acordarme.

ESCENA III

DICHAS y la SEÑÁ JULIA, muy desmejorada y mál vestida.

VECINA 1.ª

¿A quién busca usted, señora?

JULIA

¿Está la Fermina?

VECINA 1.ª

Sí, señora; con su hija está.

JULIA

¿Cómo sigue?

VECINA 2.ª

Muy malita; acabando.

JULIA

¡Pobre! ¿Podría ver a la Fermina? Tengo que hablarla dos palabras.

VECINA 2.ª

¿Su gracia de usted?

JULIA

Dígala usted que está aquí la señá Julia...; que no viene a nada malo; dígaselo usted.

VECINA 2.ª

¡Fermina!... *(Entra.)*

VECINA 1.ª

Tome usted asiento.

JULIA

Gracias.

VECINA 4.ª

Esta es la que vivía con el hombre... ¡Poca vergüenza!... A sus años...

VECINA 3.ª

Sí, ya la conozco. *(Salen Fermina y la Vecina 2.ª)*

JULIA

¡Fermina!... ¿Cómo está su hija?

FERMINA

¿Qué le importa a usted, y a qué tenía usted que haber venido? ¿Es que todavía quería usted atormentarla?

JULIA

No me hable usted así. He venido pa que sepa usted que Ricardo no está en mi casa... Como usted le ha mandao llamar, no quería yo que ustedes se creyesen que era yo la que no le dejaba venir. Por mí ya estaría aquí. Pero, ya digo, Ricardo no está en mi casa; dos meses hace que

se fué con una del teatro... después de haber arruinao mi casa, que me lo han embargao todo y no sé cómo podré salir adelante, ni lo que será de mí... Ahí tié usted...

FERMINA

Si tenía que ser... Ande vaya ese mal hombre...

JULIA

Dígaselo usted a su hija; que lo sepa, que es otra desgraciada como yo, como todas las mujeres...

FERMINA

¡Mi hija! A mi hija ya no le importa nada de este mundo, que está más cerca del otro. ¡La hija de mi vida!

JULIA

¿No tié remedio?

FERMINA

Nó, señora. Ahora parece más tranquila; se ha quedao dormida... Por eso me he atrevido a dejarla.

VECINA 3.ª

¿Se ha dormido? Pué que eso la mejore... y ¿quién sabe todavía?

FERMINA

No, no tié remedio.

JULIA

¡Lo que habrá usted pasao, Fermina! No se crea usted que no me tengo acordao de ustedes... No me guarden rencor...

FERMINA

Está usted perdonada de todo... Ese hombre es el que no tié perdón de Dios..., con una hija... Aunque no hubiera mirao más que a su hija... Espere usted... Me parece que he oído... Voy a ver... *(Entra.)*

VECINA 2.ª

A la madre es a quien hay que tenerla lástima.

FERMINA

(Dentro.) ¡Hija! ¡Hija mía! ¡Mi Carmen! ¿No me oyes? ¿Qué tiés? ¡Hija! ¡Hija! ¡Se me ha muerto! ¡Se me ha muerto!

VECINA 2.ª

¿Oyen ustedes?...

VECINA 1.ª

¡Vamos, Fermina!... *(Entran las Vecinas 1.ª y 2.ª)*

VECINA 3.ª

Yo no tengo valor para entrar.

VECINA 4.ª

Yo tampoco... Eso es que se ha muerto... ¡Dios

la haiga perdonao! *(Las Vecinas 1.ª y 2.ª traen a Fermina casi a rastras.)*

VECINA 2.ª

¡Vamos, Fermina!...

FERMINA

¡Déjenme, déjenme con ella! No quiero apartarme de su lado... ¡Y yo que creí que estaba dormida, y estaba muerta!... ¡Hija de mis entrañas! ¿Pa qué quiero yo vivir? ¡Llévame con ella, Dios mío; llévame con ella! ¡Déjenme, déjenme! ¡Si me parece mentira! ¡Si sabía que tenía que ser y no puedo creerlo!...

JULIA

¡Fermina!... *(La Vecina 3.ª ha entrado por la niña y la deja en brazos de Fermina.)*

VECINA 3.ª

¡Vamos, Fermina!... Mire usted... Es su hija... Esta criatura, que no le queda nadie más que usted en el mundo... Tié usted que pensar en ella..., y por ella tié usted que vivir...

FERMINA

¡Tengo que vivir! ¡Tengo que vivir!... Vuelta a empezar; como si ya no fuera bastante, que no acabará una nunca... ¡Esta hija, esta hija! A pasar por ella lo mismo que tengo pasao por su madre... Pa que algún día pueda decirme también,

como me dijo esa hija mía, que no lo olvidaré nunca: ¿Pa qué me ha traído usted a este mundo?... Y ésta también puede que lo diga algún día... ¿Pa qué me habrán traído a este mundo!... ¿Pa qué me habrán traído a este mundo!...

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

Páginas.

La Vestal de Occidente (drama en cuatro actos). 7

Una señora (novela escénica en tres actos). 99

Una pobre mujer (drama en tres actos). 161

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Sexta edición, esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición, notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 3,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 3,50 pesetas.

TEATRO

Precio de cada tomo: **3,50** pesetas.

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El Dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).

Tomo XII. - *El susto de la Condesa* (diálogo). - *Cuento inmoral* (monólogo).—*La Sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí.—*Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).

Tomo XIV.—*Manon Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV. — *La Princesa sin corazón* (cuento de hadas). — *El amor asusta* (comedia en un acto). — *La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó. — *Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).

Tomo XVI. — *La sonrisa de Gioconda* (boceto de comedia en un acto). — *La historia de Otelo* (boceto de comedia en un acto).—*El último minué* (boceto de comedia en un acto).—*Todos somos unos* (sainete lírico en un acto). *Los intereses creados* (comedia de polichinelas en dos actos, tres cuadros y un prólogo).

Tomo XVII.—*Señora ama* (comedia en tres actos).—*El marido de su viuda* (comedia en un acto).—*La fuerza bruta* (comedia en un acto y dos cuadros).

Tomo XVIII. -*De pequeñas causas...* (boceto de comedia en un acto). -*Hacia la verdad* (escenas de la vida moderna en tres cuadros).—*Por las nubes* (comedia en dos actos). - *De cerca* (comedia en un acto).—*¡A ver qué hace un hombre!*

Tomo XIX.—*La escuela de las Princesas* (comedia en tres actos). — *La señorita se aburre* (comedia en un acto), basada en una poesía de Tennyson. — *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros* (cuento en dos actos y siete cuadros). — *Ganarse la vida* (comedia en un acto).

Tomo XX. — *El nietecito* (comedia en un acto). — *La losa de los sueños* (comedia en dos actos). — *La Malquerida* (drama en tres actos).

Tomo XXI. — *El Destino manda* (drama en dos actos de M. Paul Hervieu). — *El collar de estrellas* (comedia en cuatro actos). — *La Verdad* (diálogo).

Tomo XXII. — *La propia estimación* (comedia en tres actos).—*Campo de armiño* (comedia en tres actos).

Tomo XXIII. — *La túnica amarilla* (leyenda china en tres actos. — Traducción). — *La ciudad alegre y confiada* (comedia en tres cuadros y un prólogo. Segunda parte de los *Los intereses creados).*

Tomo XXIV.— *El mal que nos hacen* (comedia en tres actos).— *Los cachorros* (comedia en tres actos). — *Caridad* (monólogo).

Tomo XXV. — *Mefistófela* (comedia-opereta en tres actos, en prosa), música del maestro Prudencio Muñoz. — *La Inmaculada de los Dolores* (novela escénica en cinco cuadros, considerados como tres actos).

Tomo XXVI. — *La ley de los hijos* (drama en tres actos).—*Por ser con todos leal, ser para todos traidor* (drama en tres actos). — *La honra de los hombres* (comedia en dos actos).

Tomo XXVII. — *La Vestal de Occidente* (drama en cuatro actos). — *Una señora* (novela escénica en tres actos). — *Una pobre mujer* (drama en tres actos).

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.27
c.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 10 06 15 002 0